

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DEL PERÚ**

Escuela de Posgrado



La Amazonía desde la mirada de tres viajeros en el siglo XIX:
Giuseppe Castrucci, Gaetano Osculati y Antonio Raimondi

Tesis para obtener el grado académico de Maestro en Historia que
presenta:

Antonio Francesco Migliori Ceffalo

Asesor:

Jorge Luis Lossio Chávez

Lima, 2024

Informe de Similitud

Yo, Jorge Luis Lossio Chávez, docente de la Escuela de Posgrado de la Pontificia Universidad Católica del Perú, asesor(a) de la tesis/el trabajo de investigación titulado La Amazonía desde la mirada de los tres viajeros en el siglo XIX: Giuseppe Emanuele Castrucci, Gaetano Osculati y Antonio Raimondi, del autor Antonio Francesco Migliori Ceffalo, dejo constancia de lo siguiente:

- El mencionado documento tiene un índice de puntuación de similitud de 17%. Así lo consigna el reporte de similitud emitido por el software *Turnitin* el 14/02/2024.
- He revisado con detalle dicho reporte y la Tesis o Trabajo de Suficiencia Profesional, y no se advierte indicios de plagio.
- Las citas a otros autores y sus respectivas referencias cumplen con las pautas académicas.

Lugar y fecha:

Lima, 14 de febrero de 2024.

Apellidos y nombres del asesor / de la asesora: <u>LOSSIO CHÁVEZ, JORGE LUIS</u>	
DNI: 10002555	Firma: 
ORCID: 0000-0001-9883-2048	

A Carlo Radicati di Primeglio, que, desde la infancia, me impactó con su visión de
coleccionista y su valoración de la cultura andina



Resumen

Esta tesis presenta los puntos de vista sobre la vida, los paisajes y los territorios de Amazonía formulados por tres viajeros europeos en el Perú del siglo XIX: Giuseppe Castrucci, Gaetano Osculati y Antonio Raimondi. En este trabajo se muestra como construyeron un imaginario sobre un mundo amazónico exótico a través de la producción textual y visual de sus viajes y que cumple un rol importante la noción de lo “pintoresco”. Se trata de tres representaciones relevantes porque amplios públicos europeos conocieron la región a través sus relatos, grabados, acuarelas y mapas. No obstante, a pesar del común fondo exotista, los tres viajeros también expresaron intereses y enfoques distintos en sus aproximaciones a la Amazonía como objeto de estudio. En el caso de Castrucci, su obra se enfocó en describir a los pobladores del oriente peruano y sus costumbres, que consideraba salvajes e incivilizadas. Osculati, por su lado, se interesó en explorar locaciones nuevas y exóticas, a la vez que perseguía ser reconocido en el ámbito científico como un expedicionario nacionalista. Finalmente, Raimondi trató de informar al público, a las autoridades y al mundo científico sobre las potencialidad de la región oriental para impulsar el desarrollo del país. Estas tres empresas científicas ocurrieron en un contexto muy específico del siglo XIX: el creciente nacionalismo y el del trabajo científico prestigios que se fundaba en la organización de exposiciones y gabinetes, y en la formación de asociaciones y colecciones científicas.

Abstract

This thesis presents Giuseppe Castrucci, Gaetano Osculati and Antonio Raimondi's approaches to the life, landscapes, and territory of the Amazon region. They were European travelers working in Peru during the 19th Century. My research shows how they produce an imaginary about an exotic Amazonian world through their traveler's textual and visual productions. They were relevant because of their stories, engravings, watercolors, and maps were known and praised as real portraits of Peruvian wild nature by European public. Although Castrucci, Osculati, and Raimondi share a common exotifying point of view, they also expressed different emphasis and interests on their approaches to the Amazon region as an object of inquiry. In the case of Castrucci, he focused on depicting Amazon's peoples and customs, that he considered savage and uncivilized. Osculati, in the other hand, was interested in exploring new and exotic places pursuing scientific recognition as a nationalist expeditionary. Finally, Raimondi wanted to inform the public, authorities, and the scientific world about the Amazonian region's potential to boost Peruvian development. These three travelers' endeavors flourished in a very specific 19th century context: the growing nationalism that included the use of science to gain prestige through exhibitions, cabinets, scientific associations, and scientific collections.

Índice

Resumen	4
Índice de figuras.....	6
Introducción.....	11
Capítulo 1. Proceso y visiones de la Amazonía.....	16
1.1 Naturalistas extranjeros en el Perú.....	17
1.2 La noción de lo pintoresco.....	25
Capítulo 2. Biografía y descripciones de los viajeros.....	36
2.1 Giuseppe Castrucci.....	37
2.2 Gaetano Osculati.....	57
2.3 Antonio Raimondi.....	99
Capítulo 3: El afán por coleccionar y la necesidad de conservar.....	122
3.1. Los viajeros del siglo XIX: Similitudes y diferencias sobre la Amazonía. Giuseppe Castrucci.....	127
3.2. Gaetano Osculati	130
3.3. Antonio Raimondi.....	131
3.4. Comparaciones y representación artística de algunos naturales amazónicos.....	133
Conclusiones.....	135
Referencias.....	138
Anexos.....	144

Índice de figuras

Figura 1.....	27
Figura 2.....	39
Figura 3.....	43
Figura 4.....	44
Figura 5.....	45
Figura 6.....	47
Figura 7.....	48
Figura 8.....	52
Figura 9.....	54
Figura 10.....	55
Figura 11.....	56
Figura 12.....	65
Figura 13.....	68
Figura 14.....	69
Figura 15.....	71
Figura 16.....	73
Figura 17.....	76
Figura 18.....	78

Figura 19.....	78
Figura 20.....	79
Figura 21.....	83
Figura 22.....	85
Figura 23.....	86
Figura 24.....	96
Figura 25.....	97
Figura 26.....	97
Figura 27.....	98
Figura 28.....	99
Figura 29.....	108
Figura 30.....	109
Figura 31.....	110
Figura 32.....	110
Figura 33.....	111
Figura 34.....	114
Figura 35.....	115
Figura 36.....	115
Figura 37.....	116
Figura 38.....	116



Figura 39.....	117
Figura 40.....	118
Figura 41.....	119
Figura 42.....	120
Figura 43.....	121
Figura 44.....	123
Figura 45.....	124
Figura 46.....	125
Figura 47.....	126
Figura 48.....	127
Figura 49.....	133
Figura 50.....	134
Figura 51.....	134
Figura 52.....	144
Figura 53.....	145
Figura 54.....	145
Figura 55.....	146
Figura 56.....	147
Figura 57.....	147
Figura 58.....	148

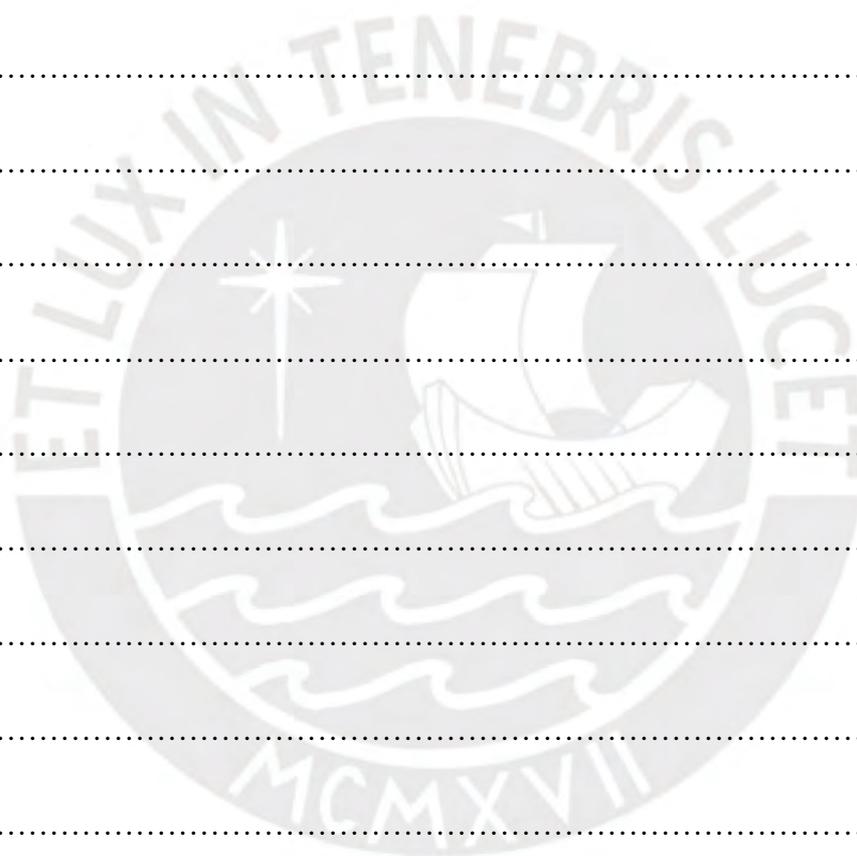


Figura 59.....	149
Figura 60.....	150
Figura 61.....	151
Figura 62.....	151
Figura 63.....	153
Figura 64.....	154
Figura 65.....	155
Figura 66.....	156
Figura 67.....	158
Figura 68.....	159
Figura 69.....	160



Introducción

Desde la antigüedad, la civilización occidental tuvo por política la “barbarización” del oriente como una forma de marcar superioridad sobre los mundos “alejados” y “exóticos”. Esta visión, que surgió desde los ámbitos militar y económico, en la lógica de la expansión colonialista, posteriormente se amplió sobre todos los ámbitos de la vida de los pueblos conquistados: su ciencia, su cultura, su religión, su antropología y su etnografía. En estas circunstancias, el naturalismo de campo se convirtió en una herramienta de investigación y de control sobre los “bárbaros”. Así, se construyó una narrativa simplista que exaltaba la superioridad Europa a la par que ocultaba las complejidades de las civilizaciones que eran representadas como fundamentalmente distintas de ella. De esta empresa también fueron partícipes las expediciones de los viajeros, aunque, simultáneamente, permitieran visibilizar y dar a conocer al mundo distintas comunidades, floras y faunas regionales. Este trabajo busca demostrar que los relatos e imágenes de los viajeros Giuseppe Castrucci, Gaetano Osculati y Antonio Raimondi, expedicionarios italianos del siglo XIX, contribuyeron a la construcción de un paisaje cultural europeo de la Amazonía como una tierra intangible, exótica y extraña.

Estos tres viajeros compartieron su condición de científicos aficionados, es decir, con una formación autodidacta en las ciencias naturales. Como los más célebres naturalistas europeos, participaron y registraron viajes científicos que cautivaron por décadas al mundo, y en su trabajo dieron a conocer a los lectores europeos las tradiciones, la vida social y la cultura de las poblaciones originarias de la Amazonía, a las que, conforme con la mentalidad eurocéntrica de su época, tuvieron en general por salvajes, crueles y sanguinarias. No obstante, también tuvieron concepciones particulares como consecuencia de sus propios sesgos e intereses. Por ejemplo, el sacerdote Castrucci miró a los pueblos amazónicos como candidatos a la evangelización y esperaba su pronta conversión. Osculati, en cambio, prefirió una aproximación exclusivamente científica por la formación universalista que tuvo como

miembro de una familia perteneciente a la burguesía. En el caso de Raimondi, su mirada y la forma de construir el paisaje lo convierte en el Marco Polo del siglo XIX, por su gran capacidad de acopiar información sistemática variada de otros mundos lejanos. Es decir, los tres viajeros italianos construyeron una narrativa científica, naturalista, anecdótica, pictórica, antropológica y etnográfica sobre la Amazonía al servicio de su subordinación e instrumentalización por parte de la civilización occidental.

Respecto a los estudios sobre viajeros y ciencia en los siglos XVIII y XIX existe ya una literatura abundante, pero que aun resulta insuficiente en cuanto a la exploración del territorio amazónico. De tal manera, que se debe a una región que mereció la atención del Estado peruano en una fase relativamente tardía, aunque en el pasado fue intermitente por algunos intentos de colonización, ocupación o asimilación. Primero, los incas intentaron entrar en ella, a través de algunas expediciones militares, y luego el gobierno español, a través, de sus misioneros religiosos, pero la ocupación de la selva por parte de los gobiernos de Lima no prosperó mucho. Luego, en épocas de la República, los gobiernos peruanos quisieron integrar a la selva amazónica en sus proyectos de integración y modernización del país e inauguran estos esfuerzos las primeras políticas del gobierno del presidente Ramón Castilla en 1845. (Lossio 2020). Estos apuntaban también a superar la antigua imagen de la Amazonía como *terra ultraincognita*, naturaleza hostil, fuente de constantes peligros, tierra de pueblos bárbaros y lugar inaccesible e indomable. Asimismo, en 1941 el presidente Manuel Prado declaró que 1942 era el año de celebración del IV Centenario del Descubrimiento del río Amazonas, el que fuera efectuado por la expedición de los capitanes españoles Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana en 1542, como parte de las entradas de los conquistadores, y que había conseguido reconocer que era el principal afluente de navegación desde el territorio peruano para llegar al Atlántico. La celebración oficial del IV Centenario fue la ocasión perfecta para la producción de una serie de discursos sobre la Amazonía, la nacionalidad, la

peruanidad y la formulación de nuevos proyectos de integración que promovieron la unión plena del oriente peruano con el resto del país.

Asimismo, entre los intentos de modernizar la región, la llamada “Era del Caucho” constituyó un hito histórico que ha merecido frecuente atención de los investigadores. Aunque la explotación de caucho, posterior a la Guerra del Pacífico, sirvió para el crecimiento económico del país y contribuyó a la ocupación de nuevas tierras por parte de colonos, misioneros y emprendedores, también significó la cruel explotación de los pueblos originarios por parte de los señores del caucho. Completamente desprotegidos por el Estado, los pobladores amazónicos fueron perseguidos por los caucheros, que organizaban redadas para apresarlos y luego someterlos a las durísimas condiciones del trabajo esclavo en las plantaciones de caucho. Simultáneamente en Lima, desde las narrativas periodísticas y visuales de la época se planteó un nuevo rostro del oriente peruano como una tierra de oportunidades, de esperanza y aventura. Así se buscaba reformular a la Amazonía como una nueva frontera histórica, al estilo del *Far West*, que espera que se cumpliera en ella las hazañas de nuevos colonizadores. Para intelectuales como Raúl Porras Barnechea, por ejemplo, la selva era un lugar pleno de aventuras y sus pioneros los promotores del futuro de la integración y del desarrollo de los pueblos. Por esa misma razón, exaltaba el empeño civilizador de las misiones, de la fundación en ella de ciudades virreinales y republicanas, que iniciaron ese proceso. Escribió que el paraíso amazónico “Sin Winchester ni hienas humanas, está allí en las inmediaciones de Iquitos” (Porras 1943). Se trató de una perspectiva paternalista y eurocéntrica, que concebía la integración de la Amazonía como exclusivo resultado de una colonización intensiva.

Por esos mismos años, en 1941, Ricardo Cavero Egúsqiza escribió *La Amazonía peruana*, un libro auspiciado por el Comité del IV Centenario del Descubrimiento del río Amazonas. Daba cuenta de detallados aspectos económicos y sociales de la selva del Perú y

constituyó un gran aporte para el mejor conocimiento del oriente peruano. No solo incluía información de carácter histórico, como los pormenores de las expediciones de los misioneros españoles y sus fundaciones durante el funcionamiento del virreinato del Perú, sino también una novedosa descripción de los poblados asentados a orillas del río Amazonas, a través de sendos capítulos dedicados a las regiones de Moyobamba y Amazonas.

A partir de década de 1960, las ciencias sociales iniciaron sus investigaciones amazónicas, entre las que destacó en 1973 *La sal de los cerros*, libro del antropólogo Stefano Varese, sobre la situación de los ashánincas de la Selva central, entonces también llamados campos. Años después, el gobierno liderado por Juan Velasco Alvarado (1968-1975) editó varios libros sobre las culturas de la selva, sus costumbres y sus cosmovisión debido su interés por revalorar la identidad y la cultura de los pueblos indígenas y apoyar el reconocimiento de sus principales derechos, entre ellos el de la propiedad de sus tierras. En este contexto, en 1973, Estuardo Núñez presentó un completo estudio e investigación sobre los viajeros extranjeros en la Amazonía, que reunió los diversos testimonios que dejaron sobre su paso por tierras peruanas entre los siglos XVI y XX. El estudio de Estuardo invita a valorar y continuar las investigaciones sobre la Amazonía para poner en valor la importancia de estas comunidades.

La Constitución de 1979 contenía un capítulo dedicado a las comunidades campesinas. En ella, una serie de sus artículos reconoció el derecho de las comunidades campesinas (descendientes de pueblos indígenas de la costa y sierra) y el de las comunidades nativas de la Amazonía a recibir educación en su propio idioma. A través de estas y otras instituciones jurídicas, la Constitución de 1979 promovió el reconocimiento de la diversidad cultural amazónica. Por lo tanto, el avance legal es un paso importante para el reconocimiento de las comunidades amazónicas.

En mi tesis elaboro un análisis de tipo comparativo de los escritos dejados por los tres viajeros italianos que pasaron por el oriente peruano, a partir de las descripciones que establecieron sus narrativas occidentales de la vida y el territorio selváticos, y en especial del paisaje amazónico. A partir de la aplicación de la metodología de interpretación de las fuentes pictóricas de trazados sobre los grabados y acuarelas de Castrucci, Osculati y Raimondi, contrasto la noción de “lo pintoresco”, muy activa en las representaciones pictóricas de la vida cotidiana del siglo XIX, con otras como “lo exótico” y el rol que desempeñan estas representaciones que se usan como medio de propaganda.



Capítulo 1

Proceso y visiones de la Amazonía

Las descripciones de los viajes de Marco Polo configuraron un imaginario oriental que, más tarde, el relato de los viajes de Cristóbal Colón aplicó sobre América. Los territorios, la naturaleza, los productos naturales y los nativos con los que el descubridor establece sus primeros contactos se refieren bajo una óptica orientalista, que transfiere al Nuevo Mundo la comprensión eurocéntrica que antes se aplicara sobre Asia. Desde la Edad Media, los relatos europeos sobre el Lejano Oriente lo concebían como la fuente de incontables riquezas y el territorio de imperios legendarios y todopoderosos como el del Gran Khan, emperador de la China, que Marco Polo había efectuado numerosas crónicas, y se convirtieron en parte de un imaginario occidental común, que se vio reforzado en el siglo XV con la impresión de libros con recopilaciones de historias y leyendas que subrayan la representación de Asia como un territorio de magia y riqueza. Antes que brindar información sobre realidades desconocidas, se trataba de descripciones que proyectan en oriente la voluntad de adecuarlo a la mirada europea y dominarlo, el tipo de práctica colonial que explica Edward Said en *Orientalismo*, (1978), en el que se muestra cómo Occidente, a través de la historia, sistemáticamente concibe al “otro” como la continuidad de su propia mirada. Del mismo modo, América y el Perú figuran con la apariencia de un nuevo oriente en la obra de los viajeros europeos del siglo XIX, un con el que construyen relaciones a partir de la investigación científica a fin de describirlo, difundirlo y colonizarlo. Además de domesticarlo más que civilizarlo, para dominarlo. Se trata de una óptica científica, colonial y orientalista de los pueblos originarios solo tienen dos descripciones posibles: lo que corresponde con seres puros, inocentes, que viven en contacto con un entorno natural que es la selva; es decir, la encarnación del “buen salvaje”, más animal que humano. Que se debe civilizar, doctrinar o domesticar. Por otra lado,

se entiende que los amazónicos, como seres bárbaros, paganos, viciosos, impíos, irascibles y caníbales, ejemplos de bestialismo.

1.1 Naturalistas europeos en el Perú

Con el término naturalista se puede entender al explorador de la naturaleza, en un sentido muy amplio, y, en un sentido más restringido, al científico especializado en un ámbito de ella. Para ser naturalista, en el siglo XIX, no se requería de tener una educación científica formal, pero sí vocación y voluntad autodidacta, la que implicaba someterse a lectura y el aprendizaje de los métodos de la investigación naturalista en los textos clásicos de la disciplina y estudiar y trabajar siguiendo el ejemplo de los grandes naturalistas viajeros.

De este modo, continuaban prácticas de observación y reflexión sistemática sobre los reinos de la naturales y el entorno geográfico que se remontaba a los albores de la civilización. Ya en la antigua China, por los años 1,100 a.C., funcionó uno de los primeros jardines zoológicos, bautizado elocuentemente como Ling-Yu o “Jardín de la inteligencia”. En esta dinámica cultural los pueblos antiguos desde los tiempos ancestrales, mantenían contacto con el mundo oriental, por eso, siempre el Asia fue necesario para los europeos por los recursos hacia Europa. Más tarde, en los siglos XVI y XVII, se imprimieron herbarios ilustrados, en cuya redacción la información estrictamente botánica se complementaba con la proveniente de los mitos y el folklore. No obstante, no se trataba de libros científicamente fiables porque se ocupaban tanto de las propiedades medicinales de las plantas como de su utilidad para encantamientos y maleficios; del mismo modo, se imprimieron bestiarios ilustrados, que se presentaban como retratos de animales reales, pero que también incluían criaturas fantásticas, y otras que, si bien eran reales, resultaban recibiendo atributos extraordinarios. En los siguientes siglos, el interés por el estudio de la naturaleza se vio intensificado por el descubrimiento de América y Oceanía, territorios hasta entonces ajenos a la mirada europea y

cuya flora, fauna y pueblos aún eran ajenos a cualquier principio de clasificación de sus reinos naturales. En esta tarea fue de gran utilidad el aporte del botánico Carl Von Linneo, quien crea, a mediados del siglo XVIII, un sistema de clasificación, el *Systema Naturae* o sistema de la naturaleza, el brinda un principio de organización científica, simple y eficiente, a la variedad de nuevas especies que recolectan los naturalistas en sus gabinetes. Con tan poderosa herramienta en su poder, los científicos naturalistas de los siglos XVIII y XIX emprenden una expediciones a las regiones tropicales del planeta, como lo era América del Sur, con fines clasificadores y recolectores. Arribaron empresas de exploración científica de primer orden en el siglo XVIII, como la de Charles-Marie de La Condamine y Louis Godin, que estuvieron acompañados por los oficiales españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, y la de Alessandro Malaspina, que incluyó a los botánicos Antonio Pineda, Tadeo Haenke y Luis Neé, así como la de Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland, que fue la más famosa de ellas por la difusión de sus escritos en Europa. Asimismo, en el siglo XIX, continuaron sus trabajos la de Charles Darwin y la de Comisión Científica del Pacífico, en la que participó el naturalista Marcos Jiménez de la Espada, de modo que, en conjunto, no solo enriquecieron sus colecciones con el descubrimiento y la clasificación de nuevas especies de los distintos reinos de la naturaleza americana, sino que ofrecieron una primera gran mirada general de la ciencia naturalista sobre el continente.

También, a través, de ellos la práctica científica en las colonias españolas recibió un nuevo impulso, en medio del influjo paulatino de los autores de la Ilustración europea, principalmente de Inglaterra y Francia, en la vida intelectual americana. Para Marcos Cueto, (1989): “El siglo XVIII significó un cambio en las actividades científicas coloniales. Este se debió en parte a que los naturalistas europeos incrementaron su interés por el estudio de la flora, fauna y minerales americanos. Durante ese siglo, los gobiernos europeos conciliaron los intereses de los naturalistas con consideraciones políticas y militares, a través de la

organización de una serie de expediciones científicas.” (Cueto, 1989). Ello implicó, en más de una ocasión, el paso y la estadía de los naturalistas expedicionarios en las principales ciudades coloniales y el intercambio de información y recientes lecturas con los sabios, profesores universitarios y científicos locales.

Estos, aunque limitados por la censura de la Corona española, tenían acceso a toda clase de libros, incluyendo algunos textos prohibidos por el Índice de la Inquisición, a través de la abundante circulación que existió entre particulares durante todo el periodo colonial, lo que, a su vez, permitió que algunas órdenes religiosas, coleccionistas y estudiosos, principalmente clérigos, tuvieran a su disposición bien surtidas bibliotecas. Según Cueto, la más notable fue la del Colegio Jesuita de San Pablo, que funcionó en la Lima de la segunda mitad del siglo XVIII y que conservó cerca de 40,000 volúmenes, entre los que se incluían textos de Francis Bacon, Isaac Newton y otros líderes de la revolución científica del siglo XVII. También figuraban doce volúmenes de las memorias científicas de la Academia de Ciencias de Francia, y trabajos de Francis Bacon, Galileo y Descartes, entre otros. (Cueto, 1989 quien cito a Pablo Macera 1943). Por lo mismo, si bien los naturalista expedicionarios europeos condujeron la primera gran clasificación de la naturaleza americana y el estudio de sus territorios, también encontraron en América, y particularmente en el Perú, una comunidad científica capaz de interpelarlos debido a su propio conocimiento de la ciencia europea y que, como eventualmente ocurrió, terminaría ejerciendo la ciencia naturalista desde su propia experiencia de observación y clasificación.

Esta progresiva familiaridad con el naturalismo y luego su ejercicio local tiene, sin duda, una razón importante en que el Perú, y específicamente Lima, fuera el punto de entrada al continente de la mayoría y las más importantes de esas empresas científicas. Señala Cueto:

Doce de dichas expediciones científico-políticas llegaron al Perú a partir de inicios del siglo XVIII, hasta comienzos del XIX. La primera lo hizo en 1709 y fue dirigida por el Padre Feuillé. La última fue dirigida en 1823 por Duperrey. La mayoría de dichas

expediciones se realizaron durante el reinado de Carlos III, el monarca español más identificado con el despotismo ilustrado del siglo XVIII. Según Isabel de la Peña, seis de estas expediciones fueron organizadas por la monarquía o ciudadanos franceses, una fue producto del esfuerzo conjunto entre las coronas de España y Francia, tres fueron españolas, otra fue británica, y la última, organizada por un ciudadano alemán. Todas tuvieron objetivos mixtos puesto que combinaron el estudio de la flora y la fauna con medidas geográficas y observaciones sociales, militares y políticas.” (Cueto, 1989, p. 37)

Es decir, siguiendo a Cueto, las numerosas expediciones no solo estudiaron el mundo natural sudamericano y lo dieron a conocer en Europa, sino que tuvieron impacto en la vida intelectual local, en sus estudiosos, en sus proyectos de investigación y en las instituciones científicas y educativas. Incluso algunos de los naturalistas europeos permanecieron en América luego de terminado el trabajo de la expedición que los trajo y participaron activamente en la vida científica local. Por ejemplo, el botánico español Juan Tafalla, que vino al Perú en 1785 con la expedición científica de Hipólito Ruiz y José Pavón, se quedó en la Audiencia de Quito para continuar independientemente los trabajos que iniciara con ella. En 1796, se convirtió en el primer titular del nuevo curso de Botánica de la Universidad de San Marcos de Lima y se dedicó a promover la creación del primer Jardín Botánico de la capital colonial.

De entre todas las expediciones de naturalistas europeos en América del Sur, el historiador Estuardo Núñez (1989) subraya la importancia de la que dirigió el francés Charles-Marie La Condamine (1701-1774), y que, teniendo por principal objetivo medir el meridiano terrestre a la altura del ecuador, cumplió también con una intensa labor recolectora y clasificatoria de especies americanas. Para efectuar la medición del meridiano tuvo que superar los Andes y cruzar la selva amazónica, es decir, atravesar América del Sur de una costa a la otra, por lo que Núñez lo señala como el primer naturalista y el primer hombre de ciencia

moderna que la recorrió y estudio el subcontinente. Regresado a Europa en 1745, La Condamine se dedicó a difundir las notas de su viaje excepcional y, con ellas, sus más notables observaciones: la descripción del curare, un veneno empleado por muchas poblaciones amerindias; su estudio sobre el árbol del caucho, del que tomó muestras que llevó a Francia; y su hallazgo de la especie de quina con mayor cantidad de quinina, lo que la hacía la más potente para el tratamiento de la malaria.

Con La Condamine también viajaron don Antonio de Ulloa (1716-1795) y don Jorge Juan Santacilia (1713-1773), dos hombres de ciencia españoles y destacados miembros de la marina, a lo que Felipe V, su soberano, encargó el estudio científico de la “conformación material y espiritual” de sus posesiones de ultramar. Ello significaba llevar a cabo dos investigaciones en paralelo: la primera, de carácter público, que consistía en dar cuenta de las condiciones geográficas, sociales, económicas e históricas de las posesiones americanas en términos de la ciencia del siglo; y la segunda, de carácter secreto, que se trataba recolectar información sobre la desorganización colonial, la corrupción administrativa, el contrabando y el estado de rebeldía latente entre los colonos. Con los resultados de la primera se publicó en 1748 la extensa e influyente *Relación histórica del viaje a la América Meridional (Vol. 1-4)*, obra de intensa consulta durante los siglos XVIII y XIX, prontamente traducida al francés (1752), al inglés (1760), al alemán (1751) y al holandés (1771), y con múltiples ediciones posteriores (Núñez 1989). En cambio, las notas secretas de Jorge y Juan sobre los serios obstáculos que enfrentaba la administración virreinal solo se publicaron tardíamente, luego de que se completara la independencia sudamericana, en 1826, luego de la independencia de las colonias, con el título *Noticias Secretas de América (Vol. 1 y 2)*.

Otra importante expedición científica a Sudamérica fue la de los botánicos Hipólito Ruiz López y José Antonio Pavón y Jiménez en 1777, que se propuso recoger y clasificar la variada flora de los territorios de Perú y Chile. Estuvieron acompañados por el botánico y

médico francés Joseph Dombey y contaron con la asistencia de dos dibujantes, y, aunque el principio la expedición se planificó para que la expedición durara cuatro años, recién emprendieron el regreso a Europa en 1788 debido a que enfrentó numerosos contratiempos, entre incendios y pérdida de valiosos especímenes, y, antes que concluir su trabajo, los naturalistas tuvieron que interrumpir su trabajo porque recibieron la orden de la Corona de volver a la brevedad posible. Llevaron 29 cajas con destino a Europa en dos barcos, en las que empacaron 3000 descripciones de plantas y 586 dibujos. 17 de ellas llevaban su colección completa de plantas, 10 destinadas a España y 7 a Francia. Por un lado, la colección española la constituyeron 275 plantas prensadas, así como una variedad de bulbos, raíces, frutos, semillas y plantas vivas. La francesa, en cambio, constaba de 284 plantas secas y una colección de minerales, además de algunas piezas arqueológicas (Barnes, 2016). Ya en Europa, los botánicos dieron a conocer los resultados de su expedición a través de los cuatro volúmenes de *Flora peruviana et chilensis* (Madrid, Edit. Sancha, 1798-1802) precedidos de un *Pródromo* (Madrid, 1792, 175p.), que expuso tanto la organización de la expedición como su proyecto de inventario botánico, así como la organización de la expedición. Contenía una breve “Descripción de Lima” de Hipólito Ruiz, que Estuardo Núñez (2009) elogia porque “demuestra la agudeza de su don de observador y la sensibilidad de un buen escritor”.

Por su parte el brigadier Alessandro Malaspina (1756-1810), luego de realizar sus primeras expediciones en las Filipinas al mando de la fragata Astrea, encabezó un “viaje científico y político alrededor del mundo”, que se propuso visitar todas las posesiones españolas de ultramar y, por lo mismo, llegó a América en 1789 y recorrió sus costas, circunnavegándola, desde Montevideo, Uruguay, hasta el puerto de Acapulco, México, que se convirtió en su base de operaciones en 1791, luego de lo cual enrumbo hacia Oceanía por el Océano Pacífico. Lamentablemente, luego de su regreso a Europa, las notas de viaje de Malaspina fueron confiscadas por la Corona por su participación en un complot fracasado contra Manuel Godoy,

valido del rey Carlos IV, se le encarceló y, finalmente, se exilió en Italia, donde murió en 1810. Como consecuencia de ello, su informe solo pudo publicarse en 1885, muy tardíamente, y con partes faltantes. Según Estuardo Núñez (1989), el informe reservado de Malaspina sobre el estado político de las colonias, que antecedió en 10 años a la apreciaciones semejantes que efectuó el naturalista alemán Alexander Von Humboldt, fue de las pruebas que se esgrimió en contra para condenarlo a prisión. Al parecer sus recomendaciones no fueron muy bien vistas ya que planteaba una nueva organización para el gobierno de las colonias, que las desvinculaba de la autoridad real. Malaspina, inspirado por ideas liberales, abogaba por un régimen propio para las colonias, que se fundara en su autonomía, y, por lo mismo, se colocaba en una posición contraria a la política del Corona.

A la de Malaspina, siguió las más celebre de las expediciones a las regiones tropicales: la de Alejandro von Humboldt (1769-1859) y Aimé Bonpland (1773-1858). Humboldt, en rigor, fue el más polifacético de los viajeros europeos: fue geógrafo, astrónomo, humanista, naturalista y explorador; es decir, se ocupó de la mayoría de las ramas que conformaban los estudios naturalistas. Sus viajes de exploración lo llevaron desde Europa a América del Sur y América del Norte hasta Asia Central. Se formó en una gran variedad de disciplinas científicas como la etnografía, la antropología, la física, la zoología, ornitología, la climatología, la oceanografía, la astronomía, la geografía, la geología, la mineralogía, la botánica y la vulcanología. En 1798 viajó de su natal Prusia a Madrid, donde obtuvo permiso del rey Carlos IV para viajar por su propia cuenta por las posesiones españolas en las Américas y el Pacífico y asesorar, según su ciencia, a las autoridades coloniales en la reforma económica y administrativa. Junto con el naturalista, médico y botánico Aimé Bonpland, Humboldt se embarcó en el puerto de La Coruña (Galicia) en junio de 1799, y desembarcaron en Cumaná (Venezuela) al mes siguiente. Entre los meses de abril y julio de 1800, recorrieron el río Orinoco y muchos de sus tributarios, y confirmaron la conexión entre los sistemas fluviales de

los ríos Orinoco y Amazonas, a través del río Negro y el Cassiquire; también exploraron, los Andes entre los meses de junio de 1801 a diciembre de 1802, a los que ascendieron por el camino a Bogotá, siguiendo el curso del río Magdalena, y una vez en ellos recorrieron la Cordillera Central hacia Quito, y luego hacia Lima. En sus viajes, realizó muchas mediciones, observaciones y colecciones sobre geografía, el clima, la antropología y la historia natural de las posesiones españolas. Muchas fueron por primera vez de alta precisión por la moderna colección de instrumental científico que reunieron para ponerlos al servicio de su exploración del Nuevo Mundo: sextantes, cronómetros, barómetros, termómetros y eudiómetros para analizar la atmósfera y agujas magnetizadas balanceadas en círculos graduados para medir la fuerza magnética. Gracias al permiso real concedido a la expedición, Humboldt tuvo acceso libre a los funcionarios y archivos coloniales, lo que le permitió realizar estudios con base estadística sobre la población, la sociedad y la economía de las posesiones españolas en el Nuevo Mundo, así como compilar mapas e historias de las Américas anteriores y posteriores al establecimiento de la población colonial. (“Cuadernos Literarios, cuadernos de viaje”, 2009). Luego de volver a Europa, publicó durante treinta años y en treinta volúmenes los textos de sus investigaciones en Sudamérica bajo el título de *Viaje a las regiones equinociales del nuevo continente*.

En opiniones de Estuardo Núñez (2009), Humboldt: “Abrió las compuertas de una nueva era en la observación de la realidad americana. Sin perder su fuerza ideal, sin despojarse de su intuición poética ni de su sentido universal de la vida, Humboldt empieza a usar un método más positivo, una observación más sistemática de los fenómenos concretos.” (p.180)

Finalmente, Charles Darwin encabezó la primera expedición liderada por un científico de formación profesional, puesto que estudió medicina y filosofía en las universidades de Edimburgo y Cambridge, aunque orientándolas a la investigación en las Ciencias Naturales. En Cambridge leyó *Viaje a las regiones equinociales* de Humboldt, que lo influencia tanto en

su vocación de viajero y naturista como en sus investigaciones posteriores. Durante tres años su embarcación, el Beagle, recorrió los litorales de Brasil, Argentina, las islas Malvinas, Uruguay, Chile, Perú y las islas Galápagos (Ecuador). También efectuó excursiones tierra adentro en Argentina y Uruguay (1832-1833) y la parte central de Chile (1834-1835). Luego el Beagle prosiguió su ruta hacia Tahití, Nueva Zelanda, Australia, el cabo de Buena Esperanza (África), Brasil, las islas Azores, para finalmente volver a Inglaterra en octubre de 1836. Desde ese momento, Darwin se abocó al estudio cuidadoso de las colecciones que había reunido, lo que fue el punto de partida de las reflexiones que lo llevaron a publicar en 1859 su obra maestra y piedra de toque de la teoría evolucionista decimonónica, *On the Origin of Species by Means of Natural Selection*. Esta obra significó un gran avance en los estudios naturalistas del mundo.

A estas alturas del siglo XIX, la naturaleza americana es un objeto de estudio bien establecido en las representaciones de las ciencias naturales modernas, con cada vez más abundante bibliografía, y con una serie de características materiales y espirituales que se consideran distintivas de ella. Junto con el estudio de su flora y fauna, los libros de los viajeros, desde La Condamine hasta Darwin, han construido un naturalismo americano concentrado en la cuidadosa observación de sus paisajes costeros y en sus montañas más notables, y en la medición de sus topografías, en relación no solo con el conocimiento científico sino que han apuntado hacia la mejor gestión económica de sus recursos naturales. No obstante, aún los bosques tropicales de la Amazonía, que despliegan por Perú, Brasil, Colombia, Venezuela y las Guayanas, quedan por explorar casi en su totalidad y pasan a convertirse en un objeto del mayor interés para los investigadores europeos y luego los gobiernos locales, que anticipan obtener de la comercialización de sus recursos naturales notables beneficios.

La noción de lo pintoresco

En el siglo XIX, pues, las expediciones de naturalistas viajeros se adentran en la Amazonía, en tierras nunca antes recorridas por científicos occidentales, aquellas que

figuraban en el mapa de los viajes de Humboldt como *terra ultraincognita*. Se trata de una empresa que conforme avanza intensifica las conexiones entre aventura científica y aventura comercial, y en la que el cuidadoso estudio de las conexiones fluviales que garanticen una vía navegable entre el Pacífico y el Atlántico no solo constituyen un logro científico sino uno económico de consecuencias mayores para el comercio internacional en Sudamérica, y entre ella y Europa. Se hace evidente que explorar el sistema fluvial Amazonas es facilitar el establecimiento de una ruta de transporte de océano a océano para las naves mercantes de la media docena de países con acceso al gran río y, consecuentemente, la creación de un inmenso mercado comercial en torno de él, con todo el desarrollo económico que eso significa. En tal marco de expectativas, el progreso de las etapas iniciales de la exploración conlleva el florecimiento de mayores actividades económicas en la selva ya cartografiada. Además, los descubrimientos zoológicos, botánicos y etnográficos de los investigadores, alimentan más el interés y las fantasías sobre la Amazonía; la dotan de un imaginario para su idealización; la vuelven un mundo exótico y de imágenes pintorescas.

Se sabe que el término pintoresco se empezó a emplear regularmente en la Inglaterra del siglo XVIII, en relación con trabajos pictóricos claramente afiliados con el movimiento romántico. Se le tomó del italiano *pittresco*, que significa “a la manera del pintor” o “similar a la pintura”, y se le usó para señalar aquello que, por su singularidad, era digno de ser pintado, y no aludía a algún objeto en particular sino a todo estímulo visual que producía la impresión de singularidad. En este sentido, todo indica que el pintor, escritor y arquitecto Giorgio Vasari (1511-1574) fue el primero en emplearlo. En su libro de biografías de artistas italianos del siglo XVI, *La vite de i più eccellenti pittori, scultori e architettori*, (es decir, *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores*), que publicó en Florencia en 1550, utilizó el término *alla pittoresca* para referirse a todo aquel objeto que tenía la capacidad para crear y producir nuevos efectos dentro del ámbito de la pintura. En la base de lo pintoresco se halla,

pues, la novedad, la singularidad de un objeto o una escena que produce admiración, sorpresa o curiosidad, pero los efectos de lo que destaca por su carácter único también pueden ser completamente opuestos: la estridentica, lo estrafalario, la rareza o la anormalidad.

En el ámbito de la pintura, lo pintoresco se asoció principalmente con los paisajes en los que el artista trataba de recrear una noción ideal de la naturaleza y, por ello, deslizaba su representación a escenas de carácter casi fantástico. En el espíritu del Romanticismo los pintores retrataban una naturaleza idealizada, sentimental y escenográfica, en la que la imaginación imponía la presencia de paisajes exóticos, vestigios de construcciones antiguas, ruinas, animales poco comunes o excéntricos. Tal fue el caso de la pintura conocida como la Alegoría de América, aparecida en la obra de Giulio Ferrario, *Il costume antico e moderno*, editada en Milán entre 1820 y 1821 en 24 volúmenes.

Figura 1. *Alegoría de América en Giulio Ferrario, Il costume antico e moderno o, storia del governo, della milizia, della religione, delle arti, scienze ed usanze di tutti i popoli antichi e moderni, provata coi monumenti dell'antichità e rappresentata cogli analoghi disegni dal dottor Giulio Ferrario: América Vol.1, 1826.*

Fuente: Agostino Codazzi (p. 69)



En esta pintura, efectuada por el pintor milanés Agostino Codazzi de inicios del siglo XIX, figura una alegoría de América bajo la forma de joven mujer desnuda, armada de arco y flechas, a cuyos pies están esparcidos restos de animales cazados, así como una cabeza humana, lo que subraya tanto la abundancia de recursos a disposición de la mujer como su carácter salvaje, una concepción del nuevo mundo que se remonta al siglo XVI. El fondo montañoso sobre el cual se destaca el cuerpo de la feroz mujer es retomado de una de las ilustraciones de Alexander von Humboldt en su "Vues des Cordillères et monumenys des peuples de l'Amérique, Atlas Pittoresque". Se trata de una concepción de América con un largo recorrido en el tiempo, que reaparece en las ilustraciones de los viajeros europeos del nuevo mundo en el siglo XIX.

Como sus predecesores, los viajeros decimonónicos que recorren la Amazonía dejan un extenso trabajo ilustrativo, que se nutre de bocetos, apuntes, grabados, acuarelas etc. que registran paisajes, tipos humanos y costumbres como parte de la recolección de información durante sus viajes. Son objetos y escenas singulares de por sí debido al énfasis del explorador por distinguir el valor de sus hallazgos pero a ello se suma su interés por llamar la atención su público europeo y, en ese punto del siglo XIX, también norteamericano. Es un trabajo en el que predomina, por ello, lo que tiene aire excéntrico, curioso, remoto, es decir lo exótico, que incorpora no pocas veces dosis de fantasía, y que, frecuentemente, transita del cuaderno de apuntes del explorador prestigioso a las colecciones oficiales, a las particulares, y que luego suele reproducirse en estampas y postales por Europa y América del Norte, y de este modo se compone para Occidente el imaginario de la Amazonía que queda por explorar.

Con esta práctica, los viajeros europeos que exploran la Amazonía continúan el género de las representaciones artísticas y científicas de paisajes y especies que Humboldt pone en práctica en Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente. Sus vastas colecciones de

ilustraciones apelan al registro artístico de la naturaleza americana como una metodología de observación y divulgación científica, y convierten a la representación artística en una herramienta del trabajo naturalista. Los exploradores de la Amazonía, siguiendo la práctica artística de Humboldt, escogen ilustrar los paisajes, especies y personajes que su mirada descubre a partir del deslumbramiento o la atracción, pero también a través del miedo o el rechazo. Se concentran, pues, en el retrato de un mundo pintoresco: primigenio, extravagante, algo extraviado en el tiempo. Sobre este, la mirada de científico procura que la ilustración se ciña a diversos patrones técnicos que aseguran su utilidad para la explicación naturalista.

Se tratan, de este modo, de documentos visuales de primer valor histórico. Burke los denomina “testimonio ocular” puesto que el análisis de las imágenes brinda información distinta de la consignada por la mera escritura, y la interacción de imágenes y texto revelan configuraciones hasta entonces inadvertidas en la composición y los contenidos de las fuentes históricas. Por lo mismo, el estudio de las imágenes, bajo criterios rigurosamente académicos, permite ampliar el rango del análisis histórico y del conocimiento que se tiene del pasado en especializaciones tan diversas como la historia de las ideas, de la cultura o de las sensibilidades, y a la vez que estimula nuevos tipos investigaciones y prácticas historiográficas.

En lo que compete a las ilustraciones de los viajeros que exploran la Amazonía, su caracterización como pintoresquismo se debe añadir, por rigor histórico, su rol fundacional. Son imágenes que inauguran la representación de vastos territorios del Perú y América no solo en ámbito científico, sino para público generales, es decir, establecen constantes visuales ampliamente divulgadas y, por lo mismo, muy influyentes. Asimismo, al provenir de la práctica naturalista, que asegura la fidelidad científica de las ilustraciones a los modelos de la realidad, estas se ofrecen y circulan en tanto piezas de conocimiento verdadero. Ello se refuerza con la opción de los viajeros por enfatizar con la imagen su aproximación *in situ*, su carácter testimonial, su papel documental, a través de encuadrarla en sus entornos naturales, en la

posición en que lo intercepta el paso del explorador o con el perfil que ofrece espontáneamente a la mirada del naturalista . Se trata de tipo de tratamiento pictórico que también emplea las artes y que Ernst Gombrich identifica como “punto de vista testigo” y que ha rastreado en piezas artísticas de culturas antiguas, específicamente en arte griego, y que se define por escoger un punto vista intencionalmente limitado pero inequívocamente fiable para asegurar la fidelidad de una representación. (Panofsky 1953). Es también una toma de postura sobre la obra pictórica como representación rigurosa de la realidad, que recupera, por ejemplo, el “estilo de testigo ocular” del pintor italiano Vittore Carpaccio, a fines del siglo XVI y comienzos del siglo XVII. Carpaccio busca la veracidad de sus representaciones apelando a la pintura de imágenes que define como fidedignas a partir de someterlas a los criterios de verificación del testimonio y la prueba, un tipo de investigación artística bastante recurrente hasta mediados del siglo XIX. En sentido inverso, el explorador naturalista del siglo XIX añade a las artes visuales aproximaciones a los objetos nuevas bajo los nombres estilos “documental” o “etnográfico”, aquellos en que las imágenes se tratan como parte del proceso de recolección de datos o, en general, el trabajo de campo propio de las expediciones científicas.

Desde luego, las imágenes de testigos oculares, comprometidos con el verismo, no garantizan, de ningún modo, que sus representaciones excluyan la influencia de las corrientes estéticas en pinturas, las idealizaciones largamente vigentes o el énfasis en estereotipos culturales propios, que intervienen en todos los niveles de la representación. Así, las convergencias entre los rasgos propios de la pintura romántica de paisajes en el S. XIX y las ilustraciones de Castrucci, Osculati y Raimondi son innegables. Del romanticismo y su gusto por lo pintoresco toman recursos pictóricos para destacar una imagen como singular, el recurso a idealizar los paisajes selváticos, la distribución en clave escenográfica de los distintos elementos de la ilustración, la estrategia para emplear alguno de ellos como símbolo de alguna experiencia emotiva del observador ante el paisaje. Como la pinturas románticas, son

representaciones de tipo intelectual, no un registro milimétrico de la realidad. En ellas, la naturaleza también responde a una serie de convicciones artísticas, además de las científicas.

De este modo también cabe entender el trabajo del padre Castrucci como texto e ilustración. Sus notas sobre los nativos de las selvas expresan frecuente asombro sobre su desnudez, la que Castrucci asume como suma de la barbarie y el primitivismo de los grupos humanos de la foresta amazónica. Los dibuja con trazos simples, que recuerdan el estilo de las ilustraciones medievales que iluminan las copias más celebradas de la Biblia o las miniaturas con que se adornan los manuscritos más valiosos de una biblioteca en los *scriptoria* o en los talleres especializados de los monasterios, es decir, son fuentes pictóricas que revelan tanto la veracidad del viaje, como la modulación de representación por los marcos de una práctica estética y de una disciplina moral y científica.

En el caso de Osculati, opera también la primacía que el romanticismo da a las imágenes pintorescos. Prefiere ilustrar pueblos remotos, de escasas viviendas; retrata personalidades de las villas selváticas cuando son cargados por indios o llevados en andas, pobladores de la Amazonía en hamacas, semi-desnudos; casuchas muy rudimentarias en medio de la siempre abundante vegetaciones; embarcaciones simples como canoas, piraguas, balsas que navegan ríos desconocidos; y animales salvajes de la Amazonía. También retrata con fines etnográficos a personajes con atuendos nativos exóticos, en especial los que lucen las prendas de guerreros, con plumas, lanza en mano y pintura facial; y dibuja una notable variedad de armas nativas. Osculati reúne los testimonios visuales de fragmentos de un mundo que lo impresiona por remoto, primigenio, bárbaro, y que irradia un atractivo primitivismo que también es rasgo de la pintura romántica, devota de incluir vistazos de ruinas medievales en sus paisajes idealizados. Por su parte en Raimondi las ilustraciones idealizan la naturaleza subrayando el colorido de la flora y la excentricidad de la fauna, remarcando el carácter prolífico de la

naturaleza, su condición de maravilla del nuevo mundo; hace de la abundancia el pintoresquismo de la Amazonía.

También el estilo del trazo de las ilustraciones se conecta con los marcos que brindan las corrientes estéticas en vigor, la mirada orientalista europea, las prescripciones científicas del viajero y las preferencias de sus auditores, y todo ello también revela el análisis de las imágenes en las obras de Castrucci, Osculati y Raimondi. Así, en las ilustraciones del clérigo Castrucci para versión en italiano de su obra, impresa en 1854, se representan diversos grupos étnicos de la Amazonía bajo los patrones clasicistas del trazo de tipo manierista, y ello favorece la representación inocente de los rostros de las poblaciones nativas, lo que facilita entenderlos como seres puros, especialmente cuando se les enmarca en el escenario de una naturaleza paradisiaca, por lo mismo, dóciles, lo que implica en la época una predisposición a la educación y a los progresos de la civilización. En cambio, en las ilustraciones impresas en 1849, para la edición en español, que circula tanto en España como en Sudamérica, las mismas poblaciones lucen más grotescas, más bárbaras, bizarras, ingobernables, más próximas al perfil de criaturas salvajes e indomables, y de las cuales los mejores ejemplos son los “Gívaros” y los “Záparos, las etnias consideradas más violentas y cuyas imágenes resultan más abundantes. Ello se debe a que esta primera edición emplea el estilo propio de los grabados para libros científicos en español y los patrones que son tradicionales para representar los pueblos nativos a principios del siglo XIX, con los que el público hispanohablante ya está familiarizado. No obstante, si bien esa razón justifica el aspecto de las ilustraciones de 1849, en cambio el de la de 1856 puede no explicarse completamente por pretender satisfacer probables preferencias paternalistas del público europeo respecto de la representación de los indígenas. No cabe descartar un cambio de perspectiva intelectual de Castrucci hacia ellos, a los que con anterioridad había calificado, por lo general, como impíos y salvajes. Bajo cualquiera de ambos supuesto, no obstante, destaca plasticidad de la representación artística, que incluye sin

contradicción las marcas de verismo que requiere el testimonio ocular como y los signos de las preferencias subjetivas del viajero occidental.

Un fenómeno parecidos se puede ver en las ilustraciones de Gaetano Osculati, en las que también la representación varía de carácter a partir del cambio en el estilo del trazo, aunque en este caso no se trata del retrato de las etnias amazónicas, sino de los paisajes y de los personajes de tipo costumbrista, propios del siglo XIX, que figuran en la primera edición del relato de sus viajes en 1850. En la segunda edición de 1854, las ilustraciones adoptan un estilo más moderno, que dotan al mundo primitivo de la Amazonía de un aura dinámica que parece dotarlo de una predisposición originaria a civilización. En el caso de Antonio Raimondi, no se trata de ilustraciones detalladas, sino del uso del esbozo, y por ello las funciones del trazo de reducen a conseguir con los elementos indispensables los rasgos mínimos que garanticen la representación. No obstante, visiblemente prefiere bocetear a las poblaciones nativas en sus prendas cotidianas y cumpliendo sus actividades corrientes, y no en situaciones pintorescas o exóticas. En contraste, son los paisajes selváticos los que introduce siempre como como indómitos y desafiantes, ricos en recursos que son estímulos explícitos para incentivas su explotación. Aquí algunas consideraciones sobre las ilustraciones e imagen.

Según Burke “el testimonio de las imágenes, como el de los textos, plantea problemas de contexto, de función, de retórica, de calidad del recuerdo (si data de poco o mucho después del acontecimiento), si se trata de un testimonio secundario, etc. Por eso algunas imágenes ofrecen un testimonio más fiable que otras” (p.13). Se refiere, en este caso, a las imágenes que se realizaron a modo de documento, con el objetivo primordial de registrar los restos, por ejemplo, de la antigua Roma, o la apariencia o las costumbres de las culturas oriente. Para Burke también tienen ese fin las imágenes de los indios de Virginia realizadas por el artista isabelino John White (fl.1584-1593), hechas *in situ*, así como las de los hawaianos y los tahitianos que hicieron los dibujantes que acompañaban al capitán Cook y a otros exploradores,

precisamente con el fin de dejar constancia de sus descubrimientos. Ello, por supuesto, no las excluye de servir a otros fines, que deben de ser precisados también por el análisis histórico.

Explica:

En el caso de White, por ejemplo, debemos tener en cuenta que intervino personalmente en la colonización de Virginia y que quizá intentó dar una buena impresión del país omitiendo las escenas de desnudos, sacrificios humanos y cualquier otra que pudiera asustar a los potenciales colonos. Los historiadores que utilizan este tipo de documentos no pueden ignorar la posibilidad de la propaganda, o de las visiones estereotipadas del «otro», ni olvidar la importancia de las convenciones plásticas admitidas como algo natural en determinadas culturas o en determinados géneros, como, por ejemplo, los cuadros de batallas (pp. 16-17).

En líneas generales, Peter Burke se opone a la comprensión historiográfica de la imagen como un eje decorativo de los textos y respalda su cabal comprensión como documento histórico. Para su tratamiento riguroso, recurre a la obra de Panofsky, quien define un método objetivo para el estudio de los testimonios visuales y, en general, para formular una historia de la imagen, a partir del examen de las imágenes en tres niveles. El primero es el pre iconográfico, que consiste en la interpretación primaria o natural de lo que contempla a simple vista el espectador de una obra de arte, es decir, el ámbito de las apreciaciones generales. El segundo es el iconográfico, que compete al desentrañamiento de los contenidos temáticos afines a las figuras o a los objetos figurados en la representación, un tipo de comprensión que implica acudir a la tradición cultural a la que pertenece, principalmente a fuentes icónicas y literarias, para acceder a los detalles de la imagen. El tercero, el nivel iconológico, es el más complejo y se corresponde con el significado intrínseco o dimensión profunda de una obra de arte; es acceder al concepto o las ideas que se esconden en los asuntos o temas figurados y determinar sus alcancen en un contexto cultural determinado, con lo que se accede a los terrenos del

simbolismo y la interpretación. El estudio de las ilustraciones e imágenes requiere de una teorización para comprender una imagen desde varios ángulos. Indudablemente toda ilustración es un documento histórico que evidencia vida cotidiana y una fuente visual. Estas reflexiones intelectuales sobre las representaciones e imágenes contribuyen a mi estudio sobre los viajeros naturalistas.

En la obra de Burke existen otros temas a considerar conforme al análisis de la imagen como por ejemplo el tema de lo real e irreal, donde se hace una advertencia a los investigadores de la imagen, de que se debe ser conscientes del tono satírico que están incluidas muchas veces en las imágenes, ya que no se puede permitir el lujo de olvidar la posibilidad de idealización de las escenas.

Otros temas referentes al análisis de la imagen con respecto a otras culturas que están más allá del mundo occidental será lo tratado en “el estereotipo de los otros”, donde se hace clara referencia a la problemática que existe en torno a las imágenes de otras culturas, con otras costumbres, de lugares, paisajes exóticos y ciudades diferentes a las conocidas dentro del mundo moderno occidental. En este pasaje se trata de buscar dos tipos de mecanismos a considerar; uno será el asimilar al otro, a través de cambios o comparaciones que se acerquen al mundo ya conocido de Europa, y el otro, el otro caso provocando una inversión cultural, imaginando a una cultura opuesta. A través de una serie de ejemplos pictóricos y recursos argumentativos el autor hace notar que existe una mirada occidentalizada negativa sobre el lejano oriente, o todo lo que se considera al estilo de vida de occidente, importantes observaciones a considerar a la hora de revisar imágenes que nos dejan ver costumbres, tradiciones, vestuario y formas de actuar de los habitantes de la selva amazónica. Burke muestra la idea del estereotipo como una sustancia de conexión que existe entre la imagen visual y la mental. Al mismo tiempo esto va creando también imágenes estereotipadas dando ideas de razas monstruosas rescatadas de la mentalidad medieval, ubicadas en tierras nunca

antes vistas o por descubrir, como sucede en lugares exóticos de pueblos de aborígenes, o nativos de otros continentes, o salvajes.

El autor al respecto del canibalismo nos da un ejemplo sobre los estereotipos o construcciones que se dieron por algunas difusiones de xilografías o estampas difundidas por Alemania, años después de la llegada de los portugueses al Brasil en los años 1500, donde se aprecia la imagen de fragmentos de un cuerpo humano mutilado colgando de un árbol, mientras que en la escena es compartida por un salvaje situado en el extremo izquierdo que devora el brazo de un hombre.

Las imágenes no son un reflejo de una determinada realidad social ni un sistema de signos carentes de relación con la realidad social, sino que ocupan múltiples posiciones intermedias entre ambos extremos.

Capítulo 2

Biografía y descripciones de los viajeros

En el siglo XIX, los viajeros europeos que recorren las regiones amazónicas para enmarcarlas en los catálogos de las ciencias naturales occidentales asumen dos posturas distintas respecto de sus obligaciones como hombres de ciencia en territorios inexplorados y que, desde una mirada orientalista, están dominadas por el salvajismo, el primitivismo y la barbarie. La primera consiste en ceñirse al cumplimiento protocolos propios del trabajo de campo de las variadas disciplinas científicas que practican y, por lo mismo, actuar solo como observadores, clasificadores y recolectores nuevas especies. La segunda, en cambio, implica emprenden simultáneamente la erradicación del salvajismo y la barbarie amazónicas mediante la domesticación, la iniciación en los usos europeos e incluso la educación de los nativos que se cruzan en su viaje. En esta última opción coinciden tanto los exploradores misioneros como

los científicos que no distingue la expansión de ideal civilizatorio de la del dominio imperialista europeo. Prosiguen, por lo mismo, la retórica de los informes y recuentos de los evangelizadores agustinos y franciscanos de la época virreinal, que invariablemente se definen por el establecimiento de una relación paternalista con los indios para el mejor cumplimiento de las obligaciones pedagógicas de la civilización europea, que entonces España representa y que en el siglo XIX administran los imperios coloniales que la sucedieron. Por lo mismo, aunque profesen el científicismo naturalista más riguroso y los prejuicios orientalistas, los trabajos y las ilustraciones de Castrucci, Osculati y Raimondi expresan en diferentes grados la convicción redentorista de la Europa decimonónica en los efectos benéficos de introducir su ciencia y su moral como centro de la educación de los pueblos antes privados de ellas.

2.1. La vida y la obra de Castrucci

El primero de los viajeros de cuyo trabajo se ocupa esta investigación es el misionero franciscano Giuseppe Emanuele Castrucci, quien nació en Vernazza, en el noroeste de Italia, en 1813, y falleció en 1888.

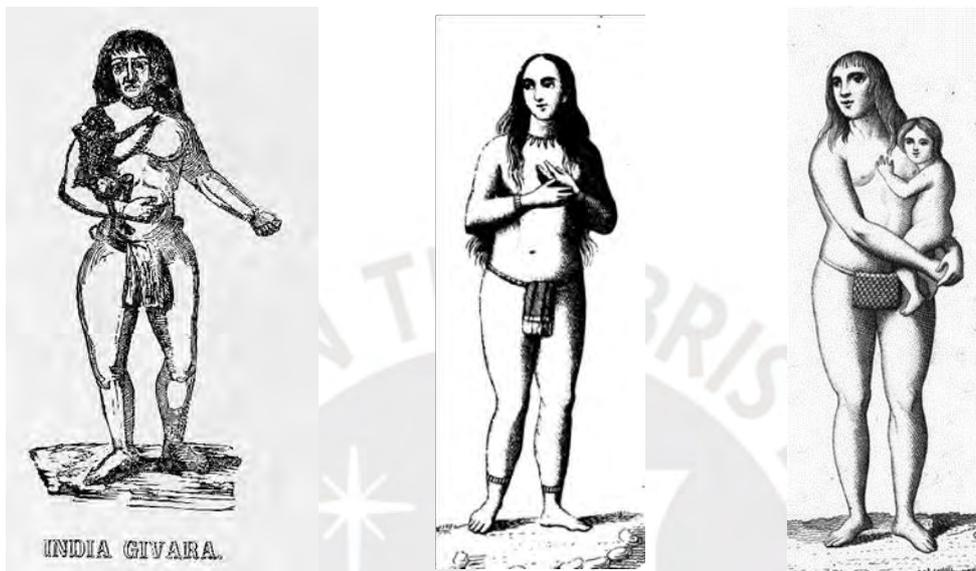
Desde 1835 o 1836 a 1851 viajó a las misiones franciscanas de la Amazonía peruana, donde recogió importantes testimonios etnológicos y etnográficos que le permitieron, años más tarde, organizar un interesante museo personal. En su viaje, recorrió el área al sur del Napo donde visitó poblaciones indígenas con las que también se encontraría luego Osculati, con cuya presencia en América Castrucci coincide en parte (Osculati 2003). Entre 1845 y 1846, recorrió también la distancia entre Trujillo y Andoas, población situada en el curso medio del río Pastaza, y entre junio y julio de 1846 alcanzó el curso del río Bobonaza (Ecuador) y marchó hacia el norte, visitando cinco pueblos de záparos y llegando a un poblado cercano al Río Napo, que también visita Osculati un año después. A mediados de 1848, el clérigo italiano pasa al oeste del río Pastaza y visita la

tierra de los jíbaros (actualmente, Morona-Santiago, provincia de Ecuador), que tienen con fama de etnia agresiva y peligrosa, sobre todo por su costumbre de reducir las cabezas de sus enemigos. En 1850, vuelve a recorrer las cuencas del río Pastaza y del río Bobonaza, y retoma su contacto con jíbaros y záparos. Al año siguiente, visita la tribu de los muratos, un grupo étnico de ascendencia candoshi, y alcanza el río Amazonas, en cuyas orillas se cruza con variedad de poblaciones nativas como los mayorunas, iquitos, orejones, yaguas, marubos y ticunas. Estas circunstancias permiten que su trabajo se enfoque en la caracterización antropológica de los distintos pueblos originarios que encuentra en su camino. Se trata de una investigación exhaustiva y exotista a la vez. Luego, edita sus notas de viaje en español y unos años después en italiano, y así las publica a ambos lados del Atlántico. En Europa se le retira de la orden franciscana por razones que se desconocen.

La revisión de sus diarios de viajero, que publicó bajo el nombre de *Viaje practicado desde el Callao hasta las misiones de las dos tribus de infieles Zaparos y Givaros*, permite no solo precisar la trayectoria de sus viajes pioneros sino que brinda acceso al trabajo diario que efectúa para obtener representaciones lo mismo pintorescas que fidedignas de los nativos:

El 19 subimos y atravesamos unos cerritos muy montañosos, con bosques espesísimos, y después bajamos por una escalera de 34 escalones, compuestos de sogas de bejuco, cuyo descenso es muy vertical y tan parado, que intimida al más atrevido. En seguida atravesamos a nado el río Cachipuerto, y llegamos por fin al pueblo de Balsapuerto. Este pueblo es la residencia de un gobernador general de las misiones; tiene como 450 habitantes, todos indios conversos... (Castrucci, 1849, p.10)

Figura 2. *Tres nativas amazónicas usando atuendo conocido como “Tapa-rabo” de los pueblos jíbaro, mayoruna e iquitos*



Fuentes: Castrucci (1849-1854), jíbaro, (p.2) y mayoruna e iquitos (p.64)

En las imágenes de la Figura 2, Castrucci, hace referencia al tipo de vestimenta utilizada por diversas etnias amazónicas. En sus observaciones, siempre subraya la simpleza de las prendas, que usan ambos sexos, y cuyas breves dimensiones le resultan sorprendentes. Reitera que apenas les cubren “las partes íntimas”. También le llaman la atención los materiales con las que las confeccionan; en el caso de los jíbaros, con corteza de árbol o tocuyo. Precisa el caso del árbol “llanchama”, de cuya corteza nos dice, “los salvajes benefician sus taparrabos y cobertores” y que se usa también como febrífugo o reductor de fiebres.(p. 100).

Luego de dos semanas, Castrucci prosigue su camino a Yurimaguas. Como otros viajeros de la época, enumera la producción agraria local para dar cuenta del nivel de progreso de la villa:

El 31 después de ocho horas de bajada, llegamos al pueblo de Yurimaguas, situado en la confluencia del Cachiaco y del Guallaga. Aquí reside un Vicario general de las

Misiones: produce cacao, arroz, cera, vainilla, plátanos y yucas. Su población consta de 250 indios conversos. Su temperamento es algo variable (pp. 10 -11).

Del mismo modo, al trasladarse al siguiente pueblo, Santa Cruz, la introduce en sus notas por sus características etnográficas y su productividad agrícola:

El 2 de enero de 1846 me he embarcado en el río Huallaga, uno de los tributarios del gran Marañón, y con siete bogas he llegado a Santa Cruz, siempre con la gran molestia de mosquitos y zancudos, de que abunda el tránsito con profusión. Este pueblo tiene como 250 neófitos, y está situado en una quebrada del Huallaga, y produce los mismos elementos que Yurimaguas (p. 11)

En esta anotación figuran por primera vez los comentarios sobre inconvenientes que le producen los mosquitos y zancudos, que se vuelve recurrentes y, hacia el final del libro, predominantes. Se trata de “Las penalidades que sufren los misioneros en las montañas” debido a que las plagas de tales insectos se vuelven incluso obstáculos materiales para proseguir la investigación debido a “que impiden el tránsito de un lugar á otro” (pp. 42,43). Las advertencias contra mosquitos y zancudos constituyen parte central del cuerpo de advertencias y recomendaciones de Castrucci para los misioneros que viajen por la Amazonía. Incluso incluye las prevenciones de los pobladores locales contra ellos, a los que entienden como vectores de enfermedades. Comenta respecto de la salud de los nativos “que son propensos á una erupción carachosa herpética. Se cree que esta enfermedad es causada por la multitud enorme de mosquitos y zancudos que abundan por la zona” (pp.40-41).

Sigue el viaje por nuevas tierras y poblaciones, a las que presenta ciñéndose a la fórmula de consignar la producción agrícola característica y el censo indígena locales:

El día 17, dejando el Marañón, entramos en el río Pastaza; continuamos todo el día con lluvias muy abundantes, y el día 18, á las tres de la tarde, nos hallamos en la isla de Ciriacu. Esta es muy abundante de vainilla: de aquí pasamos el mismo día al pueblecito

de Santander, situado a la orilla del Pastaza: tiene como 100 indios neófitos, pero su temperamento es muy enfermizo, sus producciones y costumbres son como la de los pueblos anteriores. (p.12)

Asimismo, Castrucci escoge el registro de incidencias exóticas y violentas que motivan el asombro, el horror y la piedad, vinculadas con las poblaciones nativas y la fauna amazónica. Ello ocurre, por ejemplo, al referir el encuentro con una anaconda (*Eunectes murinus*), un tipo de serpiente constrictor de la familia de las boas (*Boidae*), y animal mágico y hasta sagrado para los nativos de la Amazonía, en circunstancias de atravesar un territorio dominado por la criminalidad y la barbarie indígenas:

El 26 llegamos a la quebrada de Vituyacu; aquí suelen salir los infieles de las dos tribus Machines y Moratos. Estos van en grandes canoas con el fin infame de asaltar y asesinar: continuamos por el mismo hasta el día 6 de Febrero, que llegamos á una pequeña isla, donde hallamos un reptil monstruoso, que los Indios llaman en su lengua Yacu Mama, que quiere decir la madre del agua, como de 15 varas de largo, y de grueso dos, cuyo conjunto causaba horror. Dicha culebra se logró matar mediante cinco tiros con escopeta (Castrucci, 1849, p. 13).

Más adelante, Castrucci (1849) cuenta sobre la desazón que provocan los crímenes sanguinarios de los jíbaros, que tienen lugar el 14 de febrero, entre los indígenas miembros de otras etnias. En este caso, es una secuencia de hechos truculenta: asesinan a tres nativos y raptan a sus esposas y a cuatro de sus hijos. Se trata de hechos cruentos, que se fundan, explica el misionero, en la falta de moral y la lujuria de los jíbaros. Como consecuencia ello, los indígenas de las etnias más pacíficos huyen de inmediato hacia las orillas del Amazonas:

El 13 continuamos nuestro camino, y encontramos á la orilla del Pastaza muchos indios de Andoas, que habían fugado de la catástrofe acaecida cerca de aquel pueblo, de miedo

de los Givaros: lo mismo sucedió el 14, aumentándose el número de los dispersos por las playas y por los bosques de las orillas del río (p.14)

Asimismo, de su estadía en el pequeño pueblo de Pinches, “poblado por 100 indios conversos, cuyo carácter es muy dulce” (p.13), Castruccio recuerda la presencia de pecaríes de collar (*Pecari tajacu*), también conocidos como sajinos o cerdos monteses, una especie perteneciente a la familia de los tayasuidos (*Tayassuidae*), de carne muy apreciada para la alimentación humana, y que es originaria de Centro y Sudamérica. Aunque el misionero se refiera a ellos como “javalíes” (jabalíes), es decir, aludiendo a la especie euroasiática (*Sus scrofa*), la información sobre sus peculiaridades solo abunda en subrayar su condición de especie exótica, propio de pintoresquismo amazónico.

Respecto de la flora, privilegia el registro de especies originarias de América de las que se sabe o a las que se le atribuye utilidad medicinal o cosmética, como la vainilla, (p.34). En la edición italiana de 1854, Castrucci añade “El estoraque” (resina natural obtenida de la vainilla), que “es de dos calidades. Esto da una fruta como un guisante dentro de una cáscara delgada, su cáscara al ser muy olorosa sirve como incienso. El árbol por medio de una incisión da el famoso bálsamo peruano”. (p.98).

Figura 3. Ilustración que representa a una pareja de indios moratos o muratos (*Indi Morrati*)



Indi Morrati

Fuente: Castrucci (1854) indios muratos, (p.57)

En cuanto a las ilustraciones de tipo etnográfico, la Figura 3 es la representación a una pareja de nativos amazónicos conocidos como los muratos, a los que Castrucci también llama *morrati* o *moratos*. Habitaban cerca del distrito de Andoas, en la provincia de Datem del Marañón, en el departamento de Loreto. Los muratos pertenecieron a los achuar o grupo etnolingüístico achuar, una rama de la familia jíbaro. En la actualidad se los conoce como los *candoshi* o *shapra*, y habitan las riberas de los ríos Huitoyacu, Chapuli, Morona y Pastaza, de la región Loreto. Su lengua es el *candoshi* o *kandozi*, que proviene de *kadoashi*, un nombre masculino indígena con que se alude un loro con plumas amarillas en la frente. No obstante, según Surrallés (2003), se trata del nombre propio de un antiguo e importante jefe jíbaro, que luego ha sido adoptado por todo su grupo étnico.

Figura 4. Ilustración que representa a un guerrero jíbaro



Castrucci 1849 (p.24)

A partir de la Figura 4, las ilustraciones de Castrucci enfatizan la representación del nativo amazónico como “bárbaro: se le dibuja semidesnudo, descalzo, muchas veces armado para indicar su frecuente ocupación bélica, visto de espaldas para destacar su larga cabellera que asemeja la crin de un animal salvaje, siempre vestido invariablemente con una especie de taparrabo. En el siglo XIX, este tipo de representación conjuga infinidad de signos de salvajismo y barbarie; se trata de un hombre determinado únicamente por la naturaleza en sus usos y costumbres, lo que significa primitivismo y atraso respecto del progreso y la modernidad que predicaban la ciencia y la cultura europea; aún más, son sus opuestos. Por ello, convergen en la figura del jíbaro, al que los expedicionarios suelen concebir como la más belicosa e indomable

de las etnias amazónicas, un arquetipo de barbarie, es decir, una idealización de esa condición. Simultáneamente, la ilustración de Castrucci carece de fondo, es decir, se inclina por las convenciones en vigor sobre las imágenes útiles para las prácticas clasificatorias, en este caso antropológicas, desprovistas de escenario, lo que refuerza la representación del jíbaro como una abstracción antes que como un individuo concreto

Figura 5. *Ilustración representativa de una pareja de indios jíbaros (Indi Chivari)*



Fuente: Castrucci 1854, (p.36)

Estas constantes en la representación figuraron de modo regular en el registro de las dos expediciones que asegura el libro, una a la tierra de los záparos y otra a la de los jíbaros. El objetivo de ambos recorridos es, además de científico, explícitamente civilizatorio y evangelizador. Así, Castrucci (1849) declara que:

el 1º de junio de 1846, para dar exacto cumplimiento a mi instituto de Misionero, con inminente peligro de mi vida, he emprendido mi marcha, con dirección a los infieles; me he embarcado en el puerto de Andoas con tres indios de los más resignados por la religión y por la fe de N.S.J.C., y escogimos por lo pronto a la nación Zápara. El primer día llegamos á un punto á la orilla del Pastaza, en donde había mandado hacer un desmonte y sembrar víveres, para que pudiesen aquí

aquellos infieles que hubiesen abrazado el Evangelio, formar una nueva población, y cultivar la fe de N.S.J.C. (p.15)

Se trata de una expedición con fines pedagógicos y morales, que se encuentra permanentemente amenazada por la violencia arquetípica del jíbaro, el bárbaro ejemplar: “Al otro día dejamos el Pastaza y entramos en el río Bobonaza, y para evitar alguna sorpresa de la emboscada de los Gívaros que se hallan muy cerca, tomamos la precaución de hacer vigilar de noche a nuestros alrededores”. (p.15).

En el viaje de Castrucci, además, la vida cotidiana se presenta como un desfile de incidentes excepcionales que subrayan la condición exótica, pintoresca, de todos los nativos y de todas las especies de la naturaleza amazónica. Incluso los indígenas cristianizados revierten a su condición bárbara bajo la presión de alguna circunstancia extrema como, por ejemplo, el hambre:

El 18 el poco fiambre que quedaba, se hallaba enteramente podrido, lo cual nos entristecía, por la poca esperanza que nos quedaba de no hallar nada en aquellos puntos; nada menos, que los indios Intentaron de comerse el perro que me pertenecía y nos acompañaba, aunque otros más razonables se oponían, para no disgustarme. (Castrucci, 1849, p. 18).

De modo correspondiente, referir los intentos de su expedición para resolver el problema del aprovisionamiento le sirve Castrucci para destacar los singulares empleos culinarios de las carnes de mono y de tortuga en la Amazonía y los métodos bárbaros de despellejamiento y cocido a los que los nativos las someten. También refiere Castrucci (1849) un encuentro repentino con un lagarto, un signo elocuente del peligro que acecha cotidianamente en tierras exóticas y bárbaras. Señala: “Como a las cuatro de la tarde encontramos una grande laguna, y como hallamos un grande lagarto que descansaba en ella encima de un anciano madero, ni yo, ni mis compañeros, nos atrevimos a atravesarla”

(p. 19). El naturalista evidencia los peligros de la Amazonía y las tensiones que se vivía de manera cotidiana en una selva exótica y peligrosa.

El padre Castrucci en muchos momentos se refirió al peligro que encierra el toparse con animales salvajes dándole al recuento una nota pintoresca, de escena de aventura sacada de un mundo remoto que se vincula a los recuentos traídos por exploradores y viajeros del oriente.

En la Figura 6, se representa al indio záparo en condición salvaje: con taparrabo, descalzo y con un pescado en una mano.

Figura 6. *Ilustración de un indio záparo*



Fuente: Castrucci 1849 (p.15)

Figura 7. Ilustración de una pareja de indios záparos (*Indi Zappari*)



Castrucci 1854 (p.27)

En la Figura 7 se observa una pareja de indios záparos, que habitaron en las proximidades del río Napo en el siglo XIX. Fueron considerados indios belicosos y asesinos como los jíbaros. Hoy se reparten entre Perú y Ecuador, pero la mayoría de ellos residen en Pastaza, en territorio ecuatoriano.

En medio de los riesgos y peligros de la Amazonía y, en particular, del ímpetu asesino de los jíbaros y zápalos, resulta inminente la irrupción de la muerte en el relato de Castrucci, que es tan repentina como el encuentro con las fieras o una carga de indígenas asesinos en la espera. Así, el clérigo refiere:

A las tres de la mañana me desperté con una gritería de llantos que he oído; pregunté a mi sacristán el motivo de esa bulla, se me contestó que un parvulito se

estaba muriendo; inmediatamente me levanté, pedí un poco de agua y lo bautizé, y a las cinco de la mañana murió, y a las ocho fue enterrado (Castrucci, 1849, pp.20-21).

No obstante, la muertes imprevisibles le permiten a Castrucci recolectar información de campo sobre las prácticas mortuorias de las poblaciones nativas, además de las creencias que entran en juego en ellas, asuntos que le competen como etnógrafo y evangelizador.

Observo y analizo que hoy se puede ver en los pueblos remotos de la selva peruana, que al fallecer un niño o varios de alguna enfermedad contagiosa en la aldea inmediatamente las mujeres del poblado se reúnen para envolver los cuerpos en mantas blancas, a modo de velatorio lloran sus pérdidas, aunque en algunos casos los individuos aún no hayan fallecido del todo, y estén todavía agonizando o a través de esos envoltorios presentan algún tipo de movimientos, esto se debe a que muchos de los pueblos alejados no cuentan con caminos de fácil acceso a las ciudades principales no tienen acceso una posta médica que les facilite dar asistencia inmediata a los pacientes. A veces, trasladar al enfermo se demoran mucho las embarcaciones que van en los ríos y afluentes hacia las grandes ciudades, entonces el consejo de mujeres del poblado se reúnen y prefieren considerar al enfermo ya difunto, resignándose y envolviéndolo con sábanas blancas mientras que grupos de hombres de la comarca a su vez aprovechan de esos momentos de velo, para clavar unas tablas a un lado de esta macabra escena y así hacer a modo de cajón rústico el ataúd donde será depositado el difunto. Cuando es un niño de corta edad, que no ha alcanzado la edad escolar, un ser inocente, cándido se acostumbraba para la época de llamar al pequeño difunto con el nombre de Párvulo, y párvula para el caso, si se trata de una niña.

Las notas sobre las prácticas mortuorias de los indígenas amazónicos le sirven a Castrucci para abordar el comentario de otros de sus usos y costumbres, y, eventualmente, presentar una reflexión el funcionamiento de sus sociedades. En relación a la interpretación y estudio de los viajeros se trata de describir todo, sobre la fauna, la flora y vida comunitaria de manera general y particular, no tienen un orden, pero si la intención de comprender y sistematizar lo que ellos observan. La intención es mostrar un plano general sobre estos nuevos mundos y que sirvan de estudio. A continuación, Castrucci relata sobre la autoridad de los Záparos:

Cada poblacion es independiente una de otra, y todas tienen un jefe, que es elegido entre ellos, y este se llama Curaca; pero este jefe es solo un simulacro de autoridad, pues nadie le obedece, y creo que tan solo lo conservan por costumbre.

(Viaje practicado desde el Callao hasta las misiones de las dos tribus de infieles Zaparos y Gibaros, por el padre Fray Manuel Castrucci de Vernazza de la orden de San Francisco de Asis. 1849 p. 22)

Castrucci (1849) añadió lo siguiente:

Las casas se forman de rajas de un árbol que se llama tarrapoto, y cubiertas de crisnejas ú hojas y ramas de palmas; tienen la forma de una jaula, y son por lo regular de 25 varas de largo y 18 de ancho. En cada una de ellas viven como 25 ó 30 personas. Duermen en una especie de hamacas de chambira, y tienen siempre al lado de cada una de estas una candela que arde infaliblemente toda la noche: cada hombre es casado con tres o cuatro mujeres, y tanto puede la costumbre, que estas conservan la mejor armonía entre sí. Son muy supersticiosos, y no creen en divinidad alguna, ni tienen idea de la inmortalidad del alma, mientras que colocan su fé en una yerva que se llama pirri-pirri, y creen que ésta muy mascada y escupida al aire, tenga la virtud de contener las lluvias, vientos y demás intemperies (pp. 22-24).

A lo que Castrucci (1849) lo observó y escribió:

Sus armaduras consisten en cerbatanas, lanzas de chonta, y algunas de acero, que cambian con los conversos colindantes con productos que ellos tienen, con sus respectivos broqueles o escudos de madera para defenderse. misma casa donde viven, con dos lanzas de chonta, una tinaja de chicha ó masato, con algunas yucas y plátanos. Si es mujer, con todas sus alhajas, que son unas gargantillas de dientes de monas, con unos cuantos plátanos y yucas, y si es párvulo, con un cántaro de leche sacado de los pechos de la madre (pp. 22- 24).

Según, Mayor y Bodmer (2009):

La planta conocida como Piri-Piri, [*Eleutherine bulbosa*] es una hierba medicinal que es muy usada hasta la actualidad. Algunos naturales la tienen de manera ornamental debido al atractivo de su forma y el color llamativo de sus flores. Los lugareños la siguen utilizando como cicatrizante, para ayudar en la conjuntivitis, también en casos de diarrea, disentería, espasmos. Los bulbos de esta planta pueden usarse a modo de emplastos en golpes y dislocaduras, también sirve para parar la hemorragia en úlceras gástricas, esta planta se la puede beber haciendo una infusión de las hojas para aliviar la tos, entre otros usos (p.116).

Figura 8. *Representación de un indio záparo*



Castrucci 1849 (p.32)

Apreciamos en esta representación un cazador cotidiano de la Amazonía, con tocado de plumas en la cabeza, taparrabo en la cintura con estuche de dardos y porta una pukuna o cerbatana en una mano y un ave domesticada o loro de las amazonas (*Chrysotis amazonas*) en la otra mano.

MISIÓN A LOS JÍBAROS

Terminado su tiempo en las tierras de los záparos, Castrucci (1849) empieza su expedición en dominios jíbaros:

El 17 seguimos nuestro rumbo con lluvias por el Pastaza arriba, que era muy lleno, y de consiguiente avanzamos muy poco, y dormimos á la orilla de una quebrada que se llama Espingoyacu, abrigados por un pequeño rancho de palmas. La noche fue agitada por el continuo bramido de los tigres, y silbidos que se oían de los salvajes Gíbaros, por lo que dormimos muy poco (p.25)

En sus anotaciones, Castrucci perfecciona la imagen del jíbaro como arquetipo del bárbaro y le añade el aura de la leyenda. Cuenta que los conquistadores españoles los nombraron *jibaros* o *xivaros* como sinónimo de salvajes, horrorizados por el ritual del *tsantsa*, que consistía en reducir la cabeza del enemigo vencido en combate para conservarla como testimonio de victoria. Se les reducía y conservaba no solo para alardear de su número, sino para evitar que el espíritu del muerto, el *muisak*, regresara para vengarse de su matador. Para los jíbaros, el ritual de la reducción aseguraba el encierro el alma del muerto en su propia cabeza o envoltorio. A partir de estos primeros encuentros, surgen las leyendas sobre los reductores de cabezas indomables, que no aceptan la autoridad de los caciques. A ello se suma lo que dicen los otros grupos étnicos de los jíbaros a Castrucci: son belicosos, de mal carácter, violentos, cometen todo tipo de atrocidades con las poblaciones vecinas, las que suelen rematar con el rapto de niños y mujeres. Rebeldes permanentes frente a las autoridades peruanas y ecuatorianas, los peligrosos jíbaros se alzan como la fuente de emociones y peligros más intensa para los viajeros de la Amazonía, los agentes enfáticos de su barbarie, y, por lo mismo, objetos de interés tanto de los científicos como de los públicos ilustrados europeos del siglo XIX, que encuentran en esta idealización orientalista del nativo amazónica tanto el atractivo de lo pintoresco como de lo exótico.

A continuación, Castrucci (1849) refiere la organización social de los jíbaros y sus usos y costumbres de modo semejante a la de los pueblos záparos. En ese caso, sin embargo, se cuida de negar que la realidad de tales lógicas los civilice por definición; son, más bien, las que competen a una “sociedad bárbara”:

La Givaria es una nación que contiene como cerca de 1600 individuos poco más ó menos. Cada pueblo es independiente uno de otro, y se gobiernan por medio de un Curaca, que es elegido a pluralidad de votos, cuya autoridad aunque es muy poco obedecida, conserva sin embargo una forma de democrático en lo absoluto, que carece de reglas y sumisión, lo que constituye un pueblo verdaderamente bárbaro (p.28)

Figura 9. *Detalle de dos dibujos (grabado) de guerreros jíbaros*



Fuentes: Castrucci, detalle izquierdo, retrato de indios jíbaros, indi chivari, en *Viaggio da Lima ad alcune tribù barbare del Perú e lungo il fiume delle Amazzoni*. 1854 (p.36) y detalle de indio Jíbaro

Visto de espalda, (*Viaje practicado desde el Callao hasta las misiones de las dos tribus de infieles Zaparos y Gibaros, por el padre Fray Manuel Castrucci de Vernazza de la orden de San Francisco de Asis*. 1849 (p.25)

Castrucci, además de nombrar a los pueblos záparo y jíbaro, de reconocida ferocidad, describe también a los indios marubos (Marubbi), yaguas (Jaguas), moratos (Morrati), mayoruna (Majoruna), iquitos (Iquitos) y ticunas (Ticuna), considerados en su mayoría como salvajes, incivilizados e infieles. Las notas de Castrucci y sus ilustraciones se enfocaban

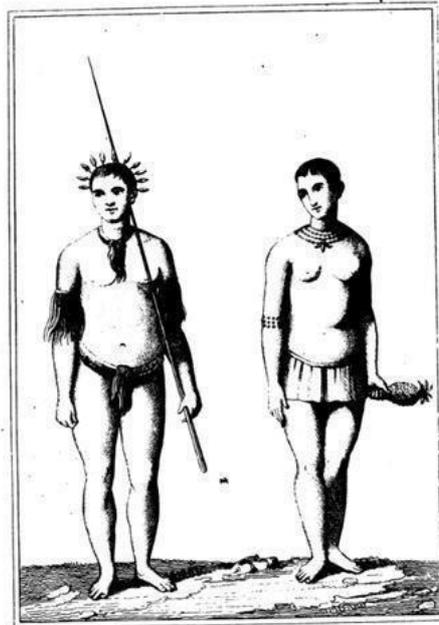
también en comparaciones entre la apariencia, el vestidos y los adornos que diferencian una etnia indígena de la otra con el fin de ofrecer una guía de identificación precisa.

En la Figura 10 y en la Figura 11 se contrastan las apariencias de dos pobladores nativos de etnias distintas a fin de identificarlas correctamente.

Figura 10. Detalles de dibujos grabados de nativos



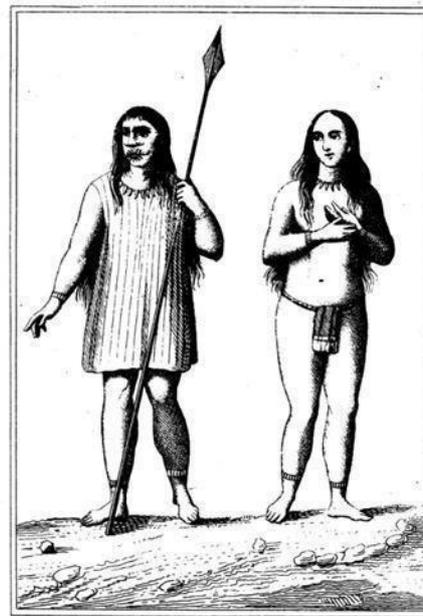
Indio Murubli



Indio Tuguas



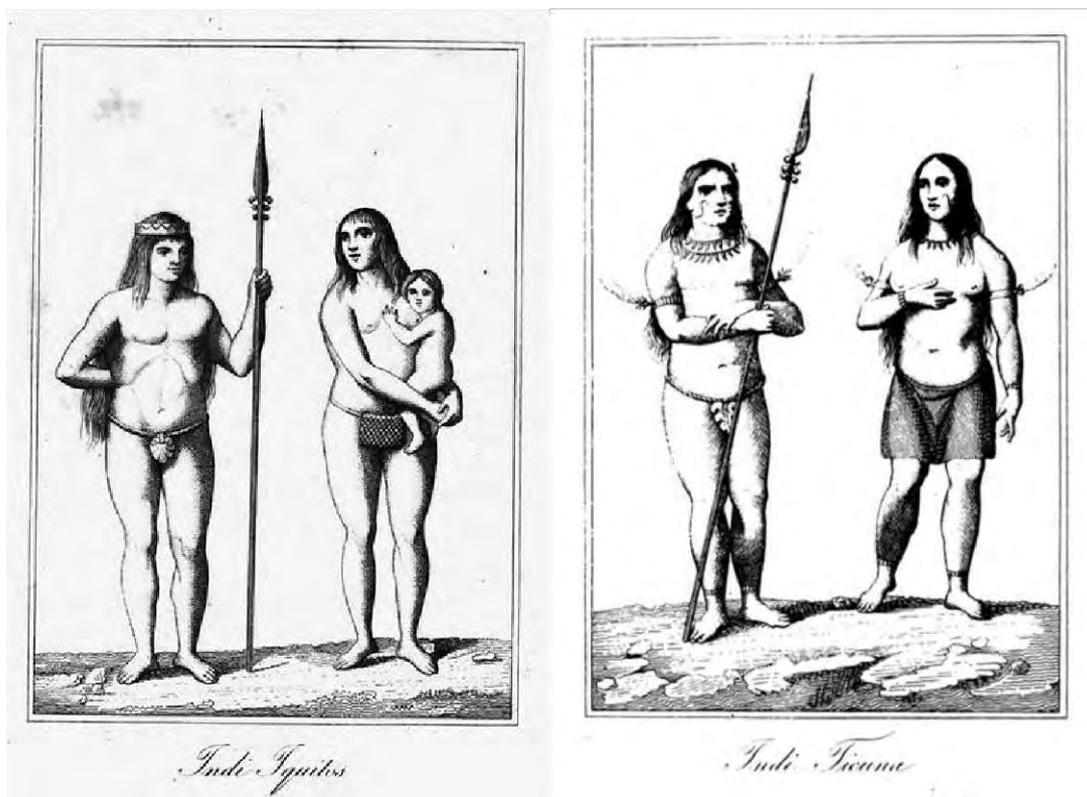
Indio Moruti



Indio Magerana

Fuente: Viaggio da Lima ad alcune tribù barbare del Perú e lungo il fiume delle Amazzoni. 1854 (pág. III, XVII, 57, 64)

Figura 11. *Detalles de dibujos grabados de nativos*



Viaggio da Lima ad alcune tribù barbare del Perú e lungo il fiume delle Amazzoni. 1854 (pp. 65, 67)

Junto a su notable registro etnográfico, el clérigo italiano también dedica algunas notas a la descripción de las montañas de Maynas, su geología, sus aguas termales, su clima y la de las diversas especies naturales cuya presencia constata: anfibios, galápagos, peces, reses, minas y sal de piedra. También dedica un acápite a las penurias de los misioneros en las montañas y les ofrece consejos para que las alivien partir de su propia experiencia.

2.2: Gaetano Osculati

Las referencias siguientes corresponde al libro clásico del naturalista viajero, *Exploraciones de las regiones ecuatoriales*. El segundo viajero decimonónico del que trata esta tesis es el italiano Gaetano Osculati. Nació el 29 de noviembre de 1809 en el pueblo de San Giorgio, perteneciente entonces al municipio de Veduggio al Lambro y actualmente al de Biassono, localidad y comuna de la provincia de Monza y Brianza, en la región de Lombardía. Fue hijo primogénito de Gerolamo Osculati y de Maddalena Piatti, una pareja de ricos burgueses lombardos, con cuyas rentas Gaetano financió la integridad de sus futuros viajes de exploración.

Osculati, como miembro de una familia rica, se formó con los preceptores de la Orden de Clérigos Regulares de San Pablo, que ejercían su ministerio en la Iglesia de San Bernabé de Milán y, por lo mismo, los llamaban barnabitas. Lo educaron en los estudios de segunda enseñanza, de género clásico y filosófico, para que siguiera luego medicina en la Universidad de Milán. Aunque empezó la carrera, la abandonó porque le exigía una dedicación que no se ajustaba con sus aptitudes y carácter aventureros. Luego tomó un curso de ciencias en el puerto Livorno, en Toscana, que le sirvió para estudiar matemáticas. En algún momento obtuvo el título de capitán de la marina mercante y a los veinte años ya practicaba como subalterno en buques de carga, con los que recorrió toda Europa y tocó costas del Cercano Oriente. No obstante, finalmente reacio a recibir órdenes, empleó sus rentas familiares para embarcarse solo y por su cuenta a los veintitrés años, en dirección de Egipto, desde donde recorrió Palestina, Siria y Asia Menor, lo que avivó su gusto por la naturaleza, las antigüedades, la naturaleza y lo exótico.

En 1834, emprendió un segundo y más difícil viaje, esta vez hacia Montevideo, capital de la novel república oriental de Uruguay, en el nuevo mundo, a la que arribó el 30 de junio del mismo año. Luego, el 2 de agosto, partió de Montevideo, adentrándose por el interior del país, hacia la colonia del Sacramento, en compañía del naturalista Mollard di Mansiglia, con el plan de recolectar muestras de especies en el trayecto. Continuaron hacia el pueblo de Soriano y la confluencia del río Negro y el río Uruguay, subieron en busca de materia fósil hasta Paysandú. Antes de girar hacia el este, cruzaron el río Uruguay y entraron a Argentina, se sumaron a una caravana desde Entre Ríos hasta Santa Fe, descendieron por el curso del río Paraná y llegaron a Buenos Aires.

Después de unos meses de descanso y de estudio en la capital argentina, Osculati decidió viajar a Mendoza y cruzar los Andes en dirección de Santiago de Chile. Lo hizo el 10 de enero de 1836 por la ruta más larga y fácil, la de Uspallata. Estuvo en capital chilena cinco meses y luego, el 10 de agosto, continuó su travesía hacia Bolivia y Perú las líneas de buques franceses e ingleses que recorrían hacia el norte la línea del litoral. Así, pudo visitar el puerto boliviano de Cobija y los peruanos de Iquique, Arica, Islay, Quilca, Arequipa y Callao. Hacia el 23 de septiembre llegó a Lima, pero quedó varado uno mes en la capital del Perú porque la continuación de la guerra civil entre José Luis Orbegoso y Felipe Santiago Salaverry había obligado a cerrar el puerto del Callao. No obstante, consiguió volver a Europa por el puerto español de Cádiz el mismo año 1836, después una travesía de seis meses en barco por la ruta del Cabo de Hornos. Osculati regresaba también con abundantes notas de índole científica sobre la naturaleza sudamericana y las colecciones etnográficas y entomológicas que confeccionó en sus viajes, lo que siempre fue su primera prioridad. En 1841, salió de viaje de nuevo, esta vez hacia Persia e Indostán, en compañía del pintor Felice De Vecchi, amigo suyo y también apasionado por la arqueología y las ciencias naturales.

Los dos viajeros salieron a caballo de Milán el 3 de mayo, llegaron a Viena y cruzaron en barco el río Danubio y llegaron a Constantinopla doce días después. Pasaron luego por Sinope, Trebisonda y Erzurum, capital de Armenia, y luego siguieron la ruta del río Murad o Éufrates oriental hasta pasar por las faldas del monte Ararat. A través de Khoy y el Gran Lago Salado de Urmia, alcanzaron la ciudad de Tabriz y luego la de Teherán por la ruta de las caravanas.

Dejaron atrás la capital de Persia para ir, pasando por Isfahán, a la ciudad santa de Kun. Luego partieron rumbo a Kasham donde fueron atacados por la tribu de Luristán. De la región de Yazd, a finales de noviembre, siguieron en dirección suroeste, pasaron por segunda vez la cadena de los Rudes y visitaron las bellezas arqueológicas de la gran Persépolis. Se detuvieron en Shiraz para honrar la tumba del profeta persa Hafiz, alcanzaron a celebrar la Navidad entre las palmeras en el valle de Kazerum, y el último día de 1841, se asomaron a las aguas del Golfo Pérsico, en Bushir, después de cuatro meses de viaje por tierra. Allí participaron de un banquete ofrecido por el jeque y luego se embarcaron rumbo a Mascát, la capital de Omán, en cuyos puertos atracaron el 6 de febrero de 1842. A continuación, se aventuraron a cruzar el Mar Árabe sobre una vieja barcaza árabe y llegaron a la célebre ciudad india de Bombay el 20 de febrero. Desde ella efectuaron varios viajes en palanquín a las ciudades vecinas, siendo el más largo de ellos el que los llevó Poona, a 120 kilómetros al sudeste, el punto geográfico más oriental que alcanzaron. Después de un año de salir de Milán, por fin se embarcaron de vuelta en un barco británico, con el que tocaron el puerto de Adén y llegaron hasta Suez, al otro lado del Mar Rojo. Siguieron hasta Cairo y alcanzaron Alejandría siguiendo la orilla del río Nilo. Ahí se embarcaron de nuevo, pero tuvieron que permanecer 14 días en cuarentena en un hospital de la isla de Sira en las Cícladas por la cuarentena de la peste, hasta que un buque austríaco los llevó a Trieste. Pusieron pie en la ciudad, y en Europa, el 20 de julio de 1842. A lo largo del viaje, Osculati había juntado una colección de escarabajos que luego estudiaron y clasificaron

los entomólogos Massimiliano Spinola (1780-1857) y Félix Édouard-Guérin Méneville (1799-1874).

Desde su regreso de esta expedición, Osculati se abocó a planificar su siguiente recorrido, que previó en gran parte como una circunnavegación, y que debía llevarlo a territorios que desconocía de la India y a explorar la remota Oceanía. Pero el barco francés con el que zarpó en 1846, y que debía llevarlo a recorrer el litoral africano, se incendió en la entrada al estrecho de Gibraltar. Decidió proseguir con menos recursos y adaptando su itinerario y sus expectativas por coleccionar nuevas especies naturales a las posibilidades que le brindaran las rutas menos exigentes del hemisferio norte. Estaba en esta nueva empresa, en la proximidad de las islas Bermudas, en América septentrional, cuando lo sorprendió un huracán que terminó con sus esperanzas de poder alcanzar Cantón y proseguir con su circunnavegación. Bajo tales circunstancias, y dada la localización de su barco, decidió que la mejor posibilidad de continuar alguna expedición con significado para la investigación naturalista, era enrumbar hacia las selva ecuatoriales sudamericanas sobre las que escribió el alemán Humboldt y continuar con su trabajo.

Así, Osculati desembarcó por primera vez en Guayaquil, Ecuador, el 2 de abril de 1847, continuo su ruta a canoa por el río Babahoyo, y cruzó los Andes occidental a lomo de Mula en Guaranda, y finalmente ingresó el 27 del mismo mes a la ciudad de Quito. Tenía la intención de seguir los pasos del conquistador español Francisco de Orellana y subir por el río Napo hasta su confluencia con el río Amazonas, con el propósito de alcanzar su desembocadura en el Océano Atlántico. Quiso subir a la cima del volcán Pichincha (4,852m), siguiendo las huella de Humboldt, pero no lo consiguió. No obstante, regresó a la capital de Ecuador con varios ejemplares de plantas y aves para sus colecciones. Luego, partió el 7 de junio para Papallacta a través de los pasos de la cordillera de Guamani, en la que tuvo la oportunidad de observar fósiles gigantes de especies animales. Se internó, a continuación, en las bosques y los pantanos de la

selva alta, en los que el constante mal tiempo y la fatiga de vadear la crecida de los ríos perjudicó sus buenas relaciones con la cuadrilla de portadores indígenas, quienes al final lo abandonaron al descampado sin provisiones. Luego de dos semanas de existencia silvestre, Osculati, valiéndose solo de una brújula y de un mapa, consiguió enrumbarse en dirección contraria a la ruta con la que se internó en la selva.

Afortunadamente, en el ínterin la gobernación local y el propio presidente del de la República de Ecuador, don Vicente Ramón Roca (1792-1858), ordenaron su búsqueda. Lo encontró una cuadrilla de indios, que lo llevó en una camilla a Puerto Napo, a donde llegó el 28 de julio, y donde tuvo que permanecer seis meses para que sanaran las dolorosas heridas de su pies. Como se le había vuelto rutina, aprovechó el descanso forzado para recolectar especímenes zoológicos y botánicos locales, al igual que material etnográfico sobre los indios quiijos, la población originaria de la región.

El 26 de octubre de 1847, Osculati por fin pudo continuar su empresa de abrirse camino hacia Atlántico. Descendió en canoa por el río Napo, llegó el 1º de noviembre a Santa Rosa de Oas, y luego cruzó por las confluencias del Napo con los ríos Suno y Coca. Ahí divisó en las playas varias d aldeas habitadas de indios záparos, que se convirtieron en su objeto favorito de observación etnográfica. Prosiguió su navegación por el Napo en permanente tensión porque le llegaron noticias de sangrientas luchas intertribales, en las que estaban involucrados los indios anguteros, con los que tuvo trato, y que era conocidos por su ferocidad. Por fin, alcanzó primero las bocas de los ríos Aguarico y Curaray, y el 29 de noviembre llegó a la confluencia del Napo con el Amazonas, en Perú. Al día siguiente, comenzó a navegar por las aguas del río Amazonas, y el 1º de diciembre llegó al pueblo de Pebas, en los límites orientales de la provincia peruana de Maynas. Ahí trabó alguna familiaridad con indios yaguas, orejones, ticunas y mayorunas. Prosiguió, luego, su navegación sin incidencias, hasta que desembarcó en la ciudad y puerto de Manaos, en la confluencia del Amazonas con Río Negro, el 3 de febrero de 1848. Ahí se

hospedó en la casa de un paisano italiano y aprovechó esa facilidad para efectuar expediciones zoológicas en los alrededores y desenterrar vasijas de los antiguos indios manaos por casi un mes.

Salió el 9 de marzo con una tripulación de nativos cocamas y superó en pocos días la confluencia del Amazonas con los ríos Madeiras y Trombetas. Decidió desembarcar en Santarém, en la desembocadura del río Tapajós, en cuyas proximidades habitaban indios mundurucús, y cuyas costumbres quiso investigar en detalle porque practican un extraño ritual de reducción de cabezas, semejante al de los jíbaros; adicionalmente, recogió información sobre la flora circundante, en especial sobre plantas medicinales. Se volvió a embarcar para la última etapa de su viaje por el Amazonas. Una vez que cruzó la confluencia del río Xingú y descendió por costa meridional de la isla de Gurupá, solo se detuvo para circunnavegar la enorme isla de Marajó justo antes del encuentro del caudal fluvial con las olas del océano. Al fin, Osculati completó su largo descenso desde los Andes hasta el Atlántico el 30 de marzo de 1848, cuando arribó a la ciudad de Belém, capital del estado brasileño de Pará, sobre la desembocadura del río Amazonas.

En Belén, se enteró casi de inmediato de que estaba ocurriendo un levantamiento revolucionario en Francia y que la agitación liberal ya se extendía hasta Milán. Por ello, prefirió renunciar a continuar su viaje por tierras brasileñas y se embarcó rumbo a Europa el 9 de abril. Luego de una ausencia de casi dos años, puso pie en su Lombardía natal el 15 de julio de 1848.

En 1850, publicó en Milán y por cuenta propia las notas, los dibujos y los catálogos científicos que reunió durante su aventura sudamericana bajo el título de *Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo e il fiume delle Amazzoni. Frammento di un viaggio fatto nelle due Americhe negli anni 1846-47-48*. Aunque la obra recibió el favor de los lectores y hasta se vio favorecida por el orgullo patriótico de los italianos, su autor se empeñó en publicar

una segunda edición, revisada y corregida, luego de que algunos naturalistas criticaran la exactitud de sus datos científicos y geográfico, la que también se imprimió por cuenta propia y vio la luz en 1854. Luego, Osculati se dio donó parte de sus colecciones americanas al Museo de Historia Natural de Milán, en el que permanecieron hasta bien entrada la Segunda Guerra Mundial, cuando el edificio del museo y casi todas sus colecciones fueron destruidas por bombardeos aéreos en agosto de 1943.

En 1848, cuando Osculati volvió a Milán, tomó por esposa Lucia Cecilia Tagini, con la que engendró dos hijas. Retirado de la vida pública, murió en el barrio milanés de Affori en 1894. A lo largo de su vida recibió honores de numerosas instituciones científicas europeas: fue nombrado miembro de la Sociedad Geográfica de París en 1845, así como de la Real Academia Perolitana de Messina. También entró a formar parte de la Academia de los Aspirantes Naturalistas de Nápoles en 1846 y se convirtió en miembro honorario de la Universidad de Ciencias, Letras y Artes de Bérgamo en 1857. En 1880, el rey Umberto I del entonces flamante nuevo Reino de Italia, que resultó de la reunificación de la Península Itálica, lo investió con el título honorario de Caballero de la Orden de San Mauricio. Fue uno de los más renombrados viajeros italianos del siglo XIX. Ahora, vamos a conocer su perspectiva referente a la Amazonía.

En las notas de viaje de Osculati sobre la Amazonía, así como en las de Castrucci, la retórica exotista que figura a los indios como bárbaros y salvajes compite con un optimismo moderado sobre la posibilidad de que puedan ser reeducados por los misioneros y científicos para participar plenamente de los beneficios de la civilización. En esta conversión, parece que no juega ningún rol de relevancia la intervención de algún agente de la expansión imperialista, de sus pedagogías domesticadoras o de su institucionalidad colonial. Para Osculati, la formación cristiana y su prédica del amor al prójimo, a la naturaleza y al conocimiento en general, son, en cambio, los más decididos y comprobados agentes civilizatorios. Por ejemplo,

por la práctica del amor al prójimo los viajeros con formación cristiana, laicos o sacerdotes, censuran la barbarie de los nativos, que es degradante, y advierten cómo rechazarla. Con ello extienden las prácticas civilizadas al campo de los usos y costumbres de los nativos, del mismo modo que las expediciones autofinanciadas de los naturalistas amplían a diario los conocimientos científicos de la civilización europea sin otro motivo que el amor a la ciencia.

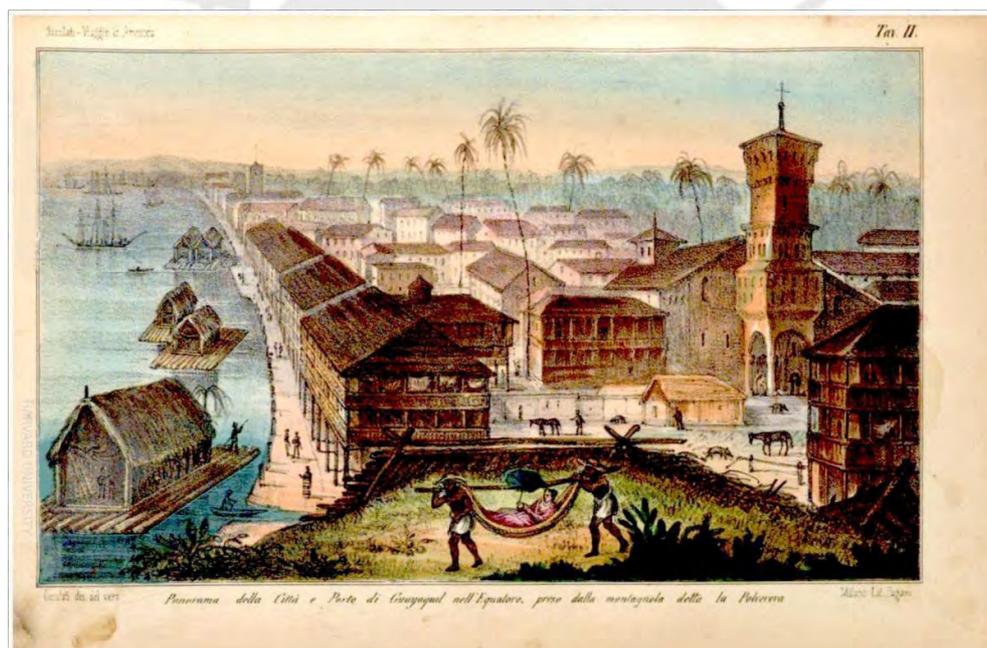
Osculati (1854) refiere así la partida de Guayaquil con dirección al otro extremo del subcontinente:

Ahora, el 9 de abril de 1847, antes del alba y con marea alta, zarpamos de Guayaquil y luego de dos paradas para el descanso de los remeros, llegamos por la noche a un pueblo llamado Las Calles, lugar con inmensas plantaciones de cacao, y allí nos quedamos para esperar la nueva marea. Los terrenos en ambas orillas son boscosos e inundados; durante el día observamos un archipiélago de islas flotantes formadas por hierbas, cañas y ramas, desprendidas de las orillas, que continuamente bajan o remontan el río, según la corriente producida por la marea. En una de éstas vimos a un cabrito que estaba balando, sorprendido tal vez por la corriente mientras pastaba. Enseguida mis remeros lo cogieron y nos sirvió de comida, sustrayéndolo al menos a los colmillos de los innumerables cocodrilos que infestan el río, en el cual nadan impávidos sin hacer caso de la proximidad del hombre. Los bosques están poblados por monos llamados araguatos y chotos y sus gritos, como lamentos, se oyen a gran distancia. (p.71)

Ni bien inicia el viaje, Osculati testimonia la exuberancia del territorio y la imparable actividad de la flora y la fauna locales, que una vez más redundan en la conjunción de abundancia y salvajismo en la representación de la selva amazónica. Subraya su exotismo y misterio que el despliegue vital de la fauna del río quedé definido, justo antes de la puesta del sol, por el griterío de unos monos que deben estar a gran distancia, además de cubiertos por el

espesor de la selva, y de los que el explorador solo sabe los nombres que les dan los nativos: araguatos y chotos. En realidad, son los hoy muy conocidos monos aulladores, llamados también cotos (¿chotos?), araguatos o carayás, y pertenecientes al género de los primates platirrinos, el único dentro de la subfamilia *Alouattinae* y que viven en las zonas tropicales de América, desde el sur de México hasta el norte de Argentina. Se le relaciona frecuentemente con el mono aullador rojo, llamado aullador colorado o mono congo, que constituye otro tipo dentro de la misma especie.

Figura 12. *Panorama de la ciudad y Puerto de Guayaquil en el Ecuador, tomado desde la colina llamada La Polvorera.*



Osculati 1854 (p.347)

En la Figura 12, se ilustra la ciudad de Guayaquil, con el fondo de una Amazonía idealizada, y que recuerda las representaciones fantasiosas de las ciudades del Medio Oriente. Bajo esos modelos, la imagen incluye torres altas y palmeras ornamentales de tronco espigados, un muelle largo del que parten y al que arriban varias balsas y, en la posición central inferior de la imagen, la escena de dos indios sirvientes que cargan, en una hamaca, a una joven que se

protege de la luminosidad del día con una sombrilla. Se trata de una representación orientalizada del mundo amazónico ecuatoriano, que responde a las preconcepciones del público europeo del siglo XIX sobre el carácter exótico de Sudamérica.

Osculati (1854) prosigue así el relato de su navegación por el río Guayas:

El día 12 llegamos a mediodía a Bodegas; en la pequeña pulpería (posada) totalmente aislada en medio del agua donde paramos, pasé la noche entera atormentado por los mosquitos, a pesar de tener mosquitero, tan indispensable allá que lo usan los propios indios. (p.72).

En esta nota, el relato del viaje introduce un tópico higienista frecuente en las notas de los exploradores que se internan en las selvas: las advertencias contra las nubes de mosquitos, especialmente en los contornos de los ríos. Conforme con ello, previene que perturban el ánimo, molestan el sueño, y transmiten graves enfermedades, como la malaria, con sus picaduras que provocan erupciones y escozor en la piel. Sin embargo, aunque se traten de observaciones verificables y de utilidad, también conforman un lista de detalles cuya consistencia y verosimilitud se añade a las del retrato exótico de la Amazonía. Por ejemplo, las advertencias explícitas y reiteradas sobre el peligro de entrar contacto con mosquitos buscan prevenir el peligro de subestimarlos a partir de evaluar únicamente su figura, como ocurre en el caso de la mayoría de las fieras salvajes, cuya apariencia es una advertencia en sí mismo. No obstante, las advertencias también añaden amplitud, relevancia y especificidad al retrato naturalista de los mosquitos y, sobre todo, subraya su inclusión en la lista de las especies potencialmente letales como las fieras, aunque en su mayoría de rasgos resulten distintas. Es una descripción que sintoniza la letal singularidad de los mosquitos con el primer plano de los especímenes pintorescos por salvajes que reúne la mirada orientalista europea en el retrato de la selva amazónica.

A continuación, en sus notas de viaje, el viajero italiano describe su estadía en Bodegas, un pueblito localizado en la orilla derecha del Amazonas, de negocios muy animados, que se ha transformado en un próspero emporio comercial para las provincias del norte de Ecuador. Llega en temporada de lluvias, cuando el río se desborda y se producen frecuentes inundaciones. Le sorprende que los pobladores locales tengan que recurrir a sus botes para navegar por las calles inundadas hasta sus hogares, pero no que ingresen a ellas por las puertas, sino por las ventanas, y no por las del primer piso, cubierto bajo las aguas del desborde, sino por las del segundo. No obstante, precisa, en realidad ya se han inundado dos pisos si se consideraba que las viviendas de Bodegas, “casi todas de bambú” eran “levantadas sobre elevados pilotes”, es decir, que la altura de la crecida no era la de las habitaciones bajas sino la de estas más la de los pilotes, que por otra parte, el nivel de las aguas había superado en un instante. (Osculati, 1854, p.72)

Cuando las inundaciones pasan, prosigue el viajero, los habitantes de los pueblos destruidos quedan a la intemperie y, por lo mismo, a merced de las fieras salvajes que la estación de lluvias también desplaza. Muchas de ellas, atrapadas por los desbordamientos, son arrastradas por kilómetros para luego quedar varadas, vivas o muertas, incluso dentro de casas abandonadas o en la copa de los árboles. Por eso, en las semanas que siguen al final de las lluvias, son frecuentes los encuentros letales con caimanes, nadadores expertos, los que, justo por habitar en el río, son los primeros en ser atrapados por el torrente de las crecidas .

Figura 13. *Ejemplar de caimán, posiblemente disecado y transportado por Osculati, en el Museo Cívico de Historia Natural de Milán.*

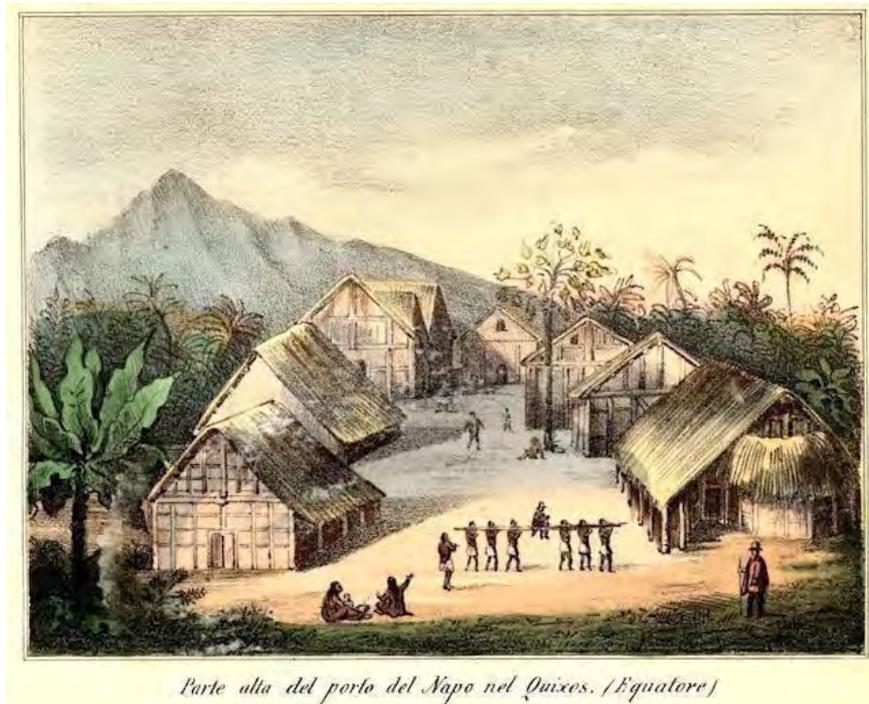


Foto tomada in situ– Italia, 12 de mayo de 2016 / sección zoología, invertebrados, entomología, sala 11.

Osculati (1854) prosigue su registro naturalista con la descripción de estos peligrosos reptiles, que destaca sus enormes dimensiones y sus conductas repulsivas, que terminan por conferirle un aura monstruosa y, por lo mismo, el aspecto primitivo, raro y llamativo de lo pintoresco.

En sus recorridos por la selva, Osculati también observó las costumbres de los nativos, en especial las de sus indios cargadores. Así, anotó que efectuaban paradas de descanso para, en primer lugar, reparar el cansancio que les dejaban los caminos de la selva y, en segundo, para recobrase del desgaste de abrir nuevos caminos y afirmarlos solamente mediante fuertes y profundas pisadas, en las que enfocaban todo el peso de sus cuerpos.

Figura 14. Ilustración que muestra la parte alta del puerto de Napo en Quijos, Ecuador



Fuente: Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo e il fiume delle Amazzoni (1854). (p. 356)

En la Figura 14 se puede apreciar un paisaje propio de la zona del Napo en Quijos, que se caracteriza por su notable vegetación selvática. Al fondo, aparecen cerros de poca altitud, que lucen como alguno de los muchos asociados al sistema orográfico andino. En el primer plano destaca un poblado propio de la región, con cabañas de techos de dos aguas, cubiertos por hojas de palmera, la techumbre impermeable favorece de arquitectura amazónica. En lo que se distingue como su calle principal, no muy transitada, pasean pobladores nativos así como forasteros, quizás atraídos por los paisajes pintorescos y exóticos de los alrededores del pueblo. Como si fuera un potentado del Lejano Oriente, un forastero es transportado en su anda por una cuadrilla de indios, que pasa justo por el medio de la calle principal. Así, el forastero que satisface su deseo de una vida oriental con su visita al Napo se sitúa como motivo principal de la composición pictórica. También es una posición de honor en la jerarquía social si compara su posición elevada, signo de distinción, con la de los portadores indios, que son su subordinados. Del mismo modo, por debajo del extranjero en el anda, hay una pareja india

sentada en el suelo, que se localiza en el mismo espacio público, es decir, en la calle principal, con el encumbrado forastero. Pero frente a este, la posición de ambos en la composición es excéntrica, lateral y, por el empleo del suelo como diván, notoriamente más modesta que la de quien se sienta en un anda. Su figura, aunque pretenda aderezos orientales, es la de un extranjero occidental, frente a los nativos semidesnudos y que, por lo mismo, continúan en un estadio salvaje. A esta distinción de principio se añade otra distinción jerárquica implícita en la distribución espacial y conceptual de las imágenes: la superioridad del civilizado extranjero sobre los bárbaros locales que lo acarrearán y los que ignoran el uso de las sillas y se sientan en el suelo. Bajo esta perspectiva, el extranjero vestido según la moda de la época y que usa una rama como si fuera un bastón también figura el progreso moderno y la sofisticación como opuesto al atraso, el primitivismo y la desnudez que caracteriza a los demás personajes de la ilustración. Además del orientalismo, ella escenifica la jerarquía social y de la cultura que supone un territorio colonial o que funciona como tal: la posición dominadora la ejercen los extranjeros civilizados, clasistas, racistas, que gozan del bienestar y del tiempo para pasear que le dan sus rentas, y la posición dominada es la de los pueblos indígenas colonizados, bárbaros, empobrecidos, atrasados y racializados. El traje del viajero se relaciona con una serie de vivencias que experimentó en la indómita selva.

En este camino, Osculati (1854), señaló:

La mañana del día 24, habiendo bajado la creciente, quise buscar con el jefe y otro indio un sitio más fácil para pasar el río, dejando a los otros de guardia en el tambo. Iba por la orilla cuando, en cierto momento, me di cuenta de la súbita desaparición del jefe. Volví al instante con el indio que por haber estado siempre a mi lado no había podido fugar, y con gran sorpresa y dolor encontré mis baúles abiertos, las provisiones robadas, así como las prendas de vestir y todos los cargueros desaparecidos. ¿Qué hacer en

situación tan desesperada? Se me ocurrió ir al instante en búsqueda de los indios, pero tuve que abandonar de inmediato ese plan para impedir por lo menos la huida del único indio que me quedaba. (p.130).

Al regresar al tambo, y ver que el indio ya no estaba, grité súbitamente, llamándolo en voz alta por su nombre varias veces, pero siempre fue en vano; estaba solo, completamente solo. También él me había abandonado, llevándose la red donde había guardado las escasas provisiones se había internado en el bosque rumbo a Baeza. (p.132)

En el pasaje anterior el viajero milanés, es abandonado en medio de la selva por la compañía de indios que el contrató, llevándose al parecer varias de sus pertenencias dejándolo en la soledad de la naturaleza, haciendo muchas reflexiones al respecto sobre la ingratitud de los indios, sobre la inclemencia de la naturaleza, las lluvias torrenciales que lo iban acabando, sobre la ruina en que se encontraba en términos generales y si después de esa mala experiencia podría llegar a salir triunfante. De tal manera, que las imágenes en general ayudan a entender la ruta del viajero y sus experiencias. Esta experiencia provoca en él desconfianza por las penurias que tuvo que enfrentar.

Figura 15. *Vista oriental de un poblado de Archidona*



Osculati, Exploraciones de las regiones ecuatoriales a lo largo del Napo y del río de las Amazonas. 2003 (p.

En la imagen anterior, la de la Figura 15, se aprecia a un indio o posible chimbador (del quichua de Ecuador *chimbana*: pasar, atravesar; o del quechua de Perú *chimpay*: cruzar un río), quien carga a sus espaldas a un hombre vestido como en las ciudades; es decir, como civilizado, forastero o viajero. Sin embargo, ambos no se alistan a cruzar puentes, ríos o crecidas, sino que se dirigen al espesor de la selva para atravesarlo. No se trata del tipo de servicio de un chimbador, pero es uno que cualquiera de los chimbadores puede ofrecer a petición; tampoco es común que un viajero se trepe a las espaldas de otro para internarse en la selva, pero puede ocurrir y ocurre por infinidad de motivos (el más obvio, por cuestiones de edad), y, por lo mismo, también que consiga un chimbador para que le haga cruzar la Amazonía. Bajo tal premisa, la imagen de la Figura 15 consigue la representación de un servicio infrecuente, pero no insólito.

A continuación del indio que carga al extranjero, figura otro que lo sigue, y que probablemente sea un mitayero, es decir, un cazador montaraz de la Amazonía, por el tipo de bolsa que carga y que distingue a su oficio. Con ella, recolecta frutos y raíces durante sus jornadas de caza a fin de alimentarse, y acomoda junto a ellas las piezas de caza que su destreza consigue mientras el sol brilla en lo alto. Experto conocedor de las vida y costumbres de los animales, imita sus sonidos para llamar su atención y así emboscarlos (Según la imagen n° 15). En la siguiente cita, el viajero sigue explicando sus vivencias cotidianas.

Al respecto, Osculati (1854) explicaba:

El 25 de junio me ocupé durante toda la jornada de atrincherar mejor la choza, a pesar de que ya no tenía miedo de ser asaltado por los cargueros, que sólo hubieran podido hacerme daño la noche anterior. No tenía que combatir más que a un enemigo: las fieras. Después de serias reflexiones sobre la manera de salir de tal situación, me pareció que la mejor cosa era esperar allí por lo menos una semana, convencido que mientras tanto algún indio pasaría por allá y me prestaría socorro; en caso contrario, me vería obligado

a poner en camino, sea para regresar a Baeza o para continuar el viaje hacia Archidona, aunque fácilmente en ambos casos, sin un guía, a más de tres jornadas de cualquier lugar habitado, corría el riesgo de extraviarme en aquellas inmensas soledades. Procuré dividir el poco pan tostado que me quedaba en varias raciones para que me sirviera de comida todos esos días, calculando de tres a cuatro onzas por cada una. Recogí todos los huesos descarnados del oso que los indios habían tirado al momento de su fuga, corté su piel conservando la de la cabeza y patas, más suave, para asarla y sequé el resto para que me sirviera de abrigo contra la lluvia, que se filtraba través del follaje de la choza (p.133).

Figura 16. Demora del autor en las selvas de Quijos, abandonado por los guías



Fuente: Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo e il fiume delle Amazzoni 1854 (p. 355)

En la ilustración de la Figura 16, se observa la figura del viajero Osculati, rodeado de exuberante vegetación, pero solo, en un pequeño campamento improvisado que construyó para guarecerse de las lluvias, cuando fue abandonado por la compañía de indios guías. Por lo tanto, esta forma narrativa del viajero lo convierte en un cronista de su propia experiencia en la Amazonía.

Así relata Osculati estas circunstancias (1854):

El 27 la lluvia continuó todo el día, el río seguía creciendo, no había logrado encender el fuego y el valor, que hasta ese momento no me había faltado, estuvo a punto de ceder paso

a la desesperación. Por la noche fui preso del espanto al oír en la selva un ruido que iba acercándose cada vez más, me paré de golpe y estuve en silencio con mi carabina en la mano (pp.134- 135).

Las experiencias del viajero, Osculati (1854), lo expresó en cada momento:

El 29 y 30 de junio, por el diluvio ininterrumpido, tuve que quedarme recostado sobre mis baúles cubriéndome con la piel del oso, que comenzaba a pudrirse y ya estaba llena de gusanos, y sustentándome con un poco de pan tostado empapado en miel, y una infusión de café en aguafría (p.135).

La situación se presentó compleja y el miedo se apoderó de Osculati (1854):

El primero de julio (séptimo día) había casi perdido toda esperanza de escapar vivo de esa tétrica soledad, porque la creciente del río seguía con la misma violencia; no me era ya posible mover porque me encontraba entre dos ríos que nacían ambos en el Antisana y por tanto tenían el mismo régimen de crecientes, y ni el uno ni el otro se podían vadear en aquel momento. El undécimo día me preocupé de cubrir con grandes hojas los baúles que más me interesaban y hacer los preparativos para la partida, y comí un poco más que de costumbre porque había logrado matar un tucán (*Ramphastus dicolorus*) que se había posado en un árbol cercano. El duodécimo día las aguas habían bajado dos metros. Formé dos pequeños paquetes con los objetos más necesarios, poniendo en cada uno la mitad de los víveres que pensaba transportar al otro lado del río en dos viajes, porque me parecía muy arriesgado llevar todo de una vez. Después de poner los objetos preciosos, reloj, dinero y brújula en mi gorro, que aseguré bien sobre mi cabeza, me arrojé a nado con el bulto sobre la cabeza. Aunque experto nadador, la extrema postración de mis fuerzas me impidió vencer la corriente, y antes de poder llegar a la otra orilla fui arrastrado por unos trescientos pasos más abajo, golpeándome contra las

rocas con riesgo de perder la vida; solté entonces el bulto que me impedía actuar con más fuerza y me agarré de una rama mediante la cual logré ganar la orilla, pero con las manos y los pies lastimados (pp.135- 137). El arrojo y valentía es constante por describir y conocer esta Amazonía por la exposición constante a todos los peligros. La experiencia que tuvo hoy permite valorar su obra para reconocer la importancia de la selva indómita.

Al final de todas las peripecias, el viajero italiano regresó al tambo de Baeza, se encontró con el dueño reconociéndolo y dándole inmediatamente algo con que saciar el hambre. Osculati le pregunta sobre el paradero de sus cargadores, respondiéndole que se habían detenido para avisarle sobre su muerte, sucedida en el paso de Cosanga.

Quince días después de recuperado, Osculati retomó su viaje por la selva en compañía de un grupo de indios quijos, y llegó finalmente al poblado de Archidona. De ahí se dirigió al río Misanguallí, y pasó a la desembocadura del río Napo.

Figura 17. Maloca o choza de los indios záparos abijekiras a la orillas del Napo



Osculati, Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo e il fiume delle Amazzoni 1854 (p. 357)

En la ilustración de la Figura 17, se observa una escena de la vida de los indios záparos. La posición yacientes y relajada que adoptan algunos de ellos indica que disfrutaban despreocupadamente del paraíso selvático que los rodea, y la composición en su conjunto consigue que los quehaceres de los záparos, antes que obligaciones, luzcan como pasatiempos. Aquí la vida de los nativos trasunta el perfil de una utopía oriental, en la que trabajo, placer e incluso el despliegue ingenuo de la sensualidad convergen sin conflicto. En la imagen, el grupo de indios záparos se sitúa bajo la sombra de una construcción de madera con techo de hojas de palmera, conocida como “maloca”. Es un tipo de casa comunal ancestral, que emplean numerosas comunidades que habitan las orillas del Amazonas y que, por lo mismo, recibe

nombres distintos según el territorio en que se localice, la etnia a la que pertenezca y lengua que esta utilice, su función principal es de un espacio ritual extremadamente sencillo, en la que los principios femeninos y masculinos de la naturaleza acogen y albergan a los miembros de la comunidad que la ha construido y la mantiene en uso. Tales principios se simbolizan a través de distintos elementos de su arquitectura, en los que predomina el principio femenino y su permanente disposición a brindar amparo y protección, las tareas principales para las que se erige la maloca. Sus interiores son amplios para acoger a varias personas, y cuenta con hamacas, generalmente de lona, que se fijan a dos puntos firmes de la techumbre.

En el primer plano, los záparos semidesnudos cumplen con distintas actividades domésticas: el encendido del fuego, la crianza de niños, la salida para cazar, la recolección de frutos o el uso la canoa (una embarcación pequeña, característica de la Amazonía). Constituyen el ámbito del trabajo de la sociedad edénica: la caza, la recolección, la pesca y, por el hombre foráneo que se acomoda en la canoa, el desarrollo del comercio fluvial a escala pequeña. Bajo la protección ritual de la maloca, los záparos participan la única economía posible para un paraíso orientalista: una primitiva que no acumula capitales y, por lo mismo, no permite la transformación de las jerarquías y ni sus vínculos tradicionales. El conjunto de indígenas constituye, pues, un mundo primitivo y costumbrista, incompatible con los logros de la civilización, aunque esta vez, sus habitantes luzcan también capaces de disfrutar del paraíso que habitan y de gozar la vida comunitaria en la selva.

En la Figura 18 y en la 19, se muestran detalles de la imagen de los indios quiijos.

Figura 18. Detalle de ilustración que muestra a dos indios yumbos o indios quijos cargueros en viaje. (Nota: obsérvese el remate encima de los canastos: en el de la mujer aparece un mono, y en el del hombre un ave)



Osculati, Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo e il fiume delle Amazzoni 1854 (p. 351)

Figura 19. Detalle de india quijos o yumbo



Osculati, 1854 (p. 351)

Figura 20. Detalle de indios Yumbo, con pintura corporal (cargadores)



Osculati, 1854 (p. 351)

En las ilustraciones de la Figura 20, se aprecia a los indios yumbos del Ecuador, que en la actualidad han desaparecido. En ellas destacan sus vestidos y pinturas corporales, las que pigmentaban con achiote y huito que contribuían a la decoración corporal y facial.

Osculati (1854) refiere su indumentaria:

Su vestido consiste en un pedazo de tela llamada *cushma* que tiñen de color café, en la cual hacen un hueco en la mitad por el que meten la cabeza, de manera que esta tela les sirve como camisa y poncho, llevan también unos pantalones cortos, llamados balán, de la misma tela, teñida con el mismo color. Van descalzos. Se arreglan la cabeza como nuestros frailes, dejando una corona de cabellos bastante largos; en los días de fiesta los hombres llevan una especie de corona en la cabeza formada con plumas de pajaritos y un collar, también de plumas, de variopintos colores, que es su ornamento principal (pp.153-155). El vestido es parte de su vida cotidiana y aquí observamos una descripción de carácter antropológica costumbrista. En la siguiente descripción explica el uso de las bebidas.

El rol del naturalista en Osculati 1854 era evidente:

Los habitantes de Quixos, como ya dije, hacen un uso desmedido de bebidas embriagantes llamadas *chicha de palanda*; *de yuca*, *de isiaspa*, *pachac*, *bananas*, *vinillo* y *chonta*. Estos nombres cambian según las sustancias de las cuales se extraen y según su forma de preparación (pp.158-159). Estas acciones eran parte de sus ceremonias comunitarias.

Las creencias de los naturales se evidenciaban en estos relatos de Osculati (1854):

Como los otros indios, éstos piensan que la mayoría de las enfermedades provienen de espíritus malignos y brujerías. Por eso se sirven de remedios análogos y tienen sus brujos, en los cuales tienen la fe más absoluta. Las enfermedades más comunes en aquellas selvas son la hepatitis, las fiebres catarrales intermitentes, los dolores de cabeza y las diarreas producidas la mayoría de las veces por el desorden de su vida, por las comidas y frutas, y por la humedad y el calor excesivo (p.162).

Estas descripciones de Osculati evidenciaban las complejidades de los pueblos:

Los Yumbos se sirven de hierbas, raíces y jugos de plantas para hacer sustancias medicinales, y no aprecian en absoluto a los médicos blancos, ninguno de los cuales se arriesgaría a recetar remedios que ellos no conocen bien, porque en caso contrario podría atribuirse al médico el empeoramiento de la enfermedad o la muerte. Por eso nadie se ocupa de darles ni el mínimo socorro (p. 163).

Osculati (1854) prosiguió:

Saltando a tierra en el punto donde el Coca se une con el Napo, no pude dejar de recordar la gloriosa bajada, río abajo, de Orellana en 1542. Desde el Coca, Orellana audazmente emprendió viaje, antes que nadie, hasta llegar al Amazonas, rey de los ríos. Después de la unión del Coca con el Napo, el lecho del río y las orillas están cubiertas de finísima arena, en la que no se puede encontrar ni la más pequeña piedrita. Cruzamos la isla

Manduro, que lleva el nombre del río que desemboca allí. Luego de pasar la entrada del río Yuyucyacu se encuentra la isla de Balsa-shicta. Poco antes de tocarla, los indios de mi canoa, que iban siempre adelante, vieron una danta, o sea, un tapir, que estaba tranquilamente en la orilla, y se fueron enseguida para allá haciendo señas a los demás para que se acercaran. Armados de lanzas y fusiles perseguimos al animal que, ni bien nos vio, entró al agua, y sacaba de vez en cuando la cabeza para tomar aliento. Tuvimos que perseguirlo con las canoas y, tras una hora de caza, ayudados por los perros que también se habían lanzado al agua, después de unos cuantos intentos con lanza y fusil logramos matarlo justo cuando, cansado, quería subir a la orilla. Esta presa nos obligó a hacer alto en esa isla hasta el día siguiente, para ahumar la carne y transformarla en *michira*, como dicen los indios, o sea, friendo una parte en su grasa y cubriéndola de sal. Con este sistema se logra conservarla varias semanas. Los indios, impacientes por devorar la carne, no me dejaron tiempo para enseñarles la manera de quitarle la piel para conservarla como yo quería; y el animal, cortado en cuartos, fue distribuido en partes iguales entre nuestras canoas. Este animal conocido en América meridional con el nombre de *danta*, es el *Tapirus americanus* de los naturalistas; es muy común en todo Quixos y a lo largo del Napo y Amazonas, vive de frutos, hierbas y semillas; el macho tiene una linda crin y el lomo un poco curvado; es agilísimo en la natación y puede estar hasta ocho minutos bajo el agua sin respirar. Se domestica fácilmente. Hay algunos que pesan de 300 a 500 libras. Se diferencia del que se encuentra en los Andes sólo porque tiene una mancha blanca en la punta de las orejas, las cuales, en el otro, están teñidas uniformemente de un color marrón oscuro. Su estatura es más o menos la de un burro; tiene una pequeña trompa formada por el labio superior, que es móvil y salido. Tiene un poco de pelusa en la cola, su cuero tiene un dedo de grosor y es usado por los

talabarteros en el Ecuador. Los indios usan sus uñas contra la epilepsia. Se encuentra el tapir solitario en todas las selvas de América meridional (pp. 206-208).

Para Osculati (1854) la ruta del río significó:

El lecho del Napo vuelve a estrecharse hasta la desembocadura del Turuca-yacu, donde descansamos en un banco de arena y comimos, en el suelo se veían las huellas de capibaras y tapires que habían cruzado el río. Salimos juntos a las 10 con las otras canoas. Todas las selvas a lo largo de las dos orillas estaban pobladas de una infinidad de monos llamados *bracilargos* o *Ateles*, *Belzebu*, *Chrysurus*, *Seniculus* y *Ursinus*, llamados por los indios cotos o rugientes, cuyos tristes gritos llenaban el aire. Continúa el recorrido y El explorador hace un alto en unas playas arenosas donde encontraron especímenes de tortugas. Apenas pusimos pie en tierra, siguiendo las huellas de unas grandes tortugas, encontramos un hueco tapado con un poco de arena donde había 124 huevos recién puestos. A lo largo de todo el Napo y Amazonas se encuentran dos especies de estos reptiles, cuya carne es muy sabrosa y nutritiva. Los individuos de la especie más grande miden dos metros y ponen huevos (de 135 a 140) de cáscara dura, y son los *Podocnemis expansa*. La otra especie, más pequeña, pone menos huevos cubiertos simplemente con una película, y es la *Podocnemis sextuberculata*. La primera fue descrita y dibujada en la obra de Spitz y Martius, la otra es una especie nueva descrita por mi distinguido amigo el Dr. Cornalia (pp. 208-209). ver anexo [1]

El viajero Osculati (1854) continúa su trayecto, tratando de llegar a la desembocadura del Amazonas, y en el viaje, se encuentra con una aldea de indios záparas.

Al acercarnos a la playa veíamos magníficas selvas de bananos y otros frutales. Cinco familias Záparas, de treinta personas en total, estaban alojadas en una única *maloca* (choza grande). Cuando llegamos estaban en plena fiesta, desde hacía por lo menos tres días, y nos acogieron con gran gentileza, enseñaron enseguida la gran cantidad de chicha

que habían preparado para esa fiesta y nos brindaron varias frutas. Nos invitaron también a disfrutar comiendo seis monos y dos ardillas (*¿Sciurus igniventris?*) que estaban cocinándose, o mejor dorándose, sobre unas brazas. Nos ofrecieron también una choza que había quedado vacía para ampararnos durante la noche, y allá colgamos las hamacas y preparamos nuestra comida, que era carne de tapir ahumada, una ardilla, un mono asado y aguardiente de caña (p.211).

Figura 21. Detalle de ilustración de un indio záparo con vestimenta de cacería y otro con vestimenta de guerra.



Osculati, Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo e il fiume delle Amazzoni 1854 (p. 357)

Osculati (1854) se refiere del modo siguiente a los usos de los záparos:

Por ser las costumbres de estos salvajes completamente distintos de las de los Quixos, me parece oportuno describirlas brevemente aprovechando las noticias recogidas en el mismo lugar o transmitidas por los compañeros de viaje. Los Záparos, unos 20.000 individuos, ocupan esa parte del territorio que está entre el Napo y el Pastaza hasta la desembocadura del Curaray. Son de carácter pacífico, hospitalarios, vivos, inteligentes; viven en rancherías formadas por cabañas más o menos numerosas y alejadas las unas de las otras (pp. 213-214).

A propósito del aspecto de los géneros y de los usos propios de cada cual,

Osculati señalaba:

Las mujeres están completamente desnudas, salvo una pequeña faja de corteza en la cadera que a duras penas les tapa el sexo, y se perforan las orejas adornándolas luego con una pequeña caña o fajitos de plumas de pájaros. Los hombres son muy hábiles en el empleo del arco, lanza, pucuna (cerbatana) y macana (clava de madera), porque desde la infancia están acostumbrados a usar todas esas armas; también saben lanzar pedazos de madera con punta contra árboles y animales, que descubren con mucha astucia, aun cuando sus huellas sean casi invisibles. Cuando van de viaje en alguna expedición, llevan consigo una bolsita que ellos mismos preparan, tejida con chambira, con todo lo necesario para encender fuego, y otros pequeños objetos, por ejemplo el aritataro, que es una peineta formada con pequeñas astillas artísticamente atadas con hilos de chambira, un frasquito con veneno para la punta de sus flechas, anzuelos de hueso, llamados *suicha*, y yesca, preparada con un hongo que crece en abundancia en esas selvas. Alumbran sus casas con resina de copal y varias semillas aceitosas, que colocan en una especie de candelero de caña, como un trípode o, más simplemente, en un palo que hincan en el suelo. Cuelgan sus armas en los travesaños que sostienen el techo de su choza, y plantan las lanzas en la mitad de ella. Duermen todos juntos en las hamacas, que son redes suspendidas a varias brazas del suelo. (p. 215)

Luego Osculati (1854) anota que presencia una cacería de animales:

Después del almuerzo fuimos a una cacería con los más hábiles de aquellos salvajes, y volvimos trayendo pájaros y monos en buen número, matados casi todos con cerbatanas y virotes o dardos envenenados, de los cuales guardé varios ejemplares para enriquecer mi colección (p.219)

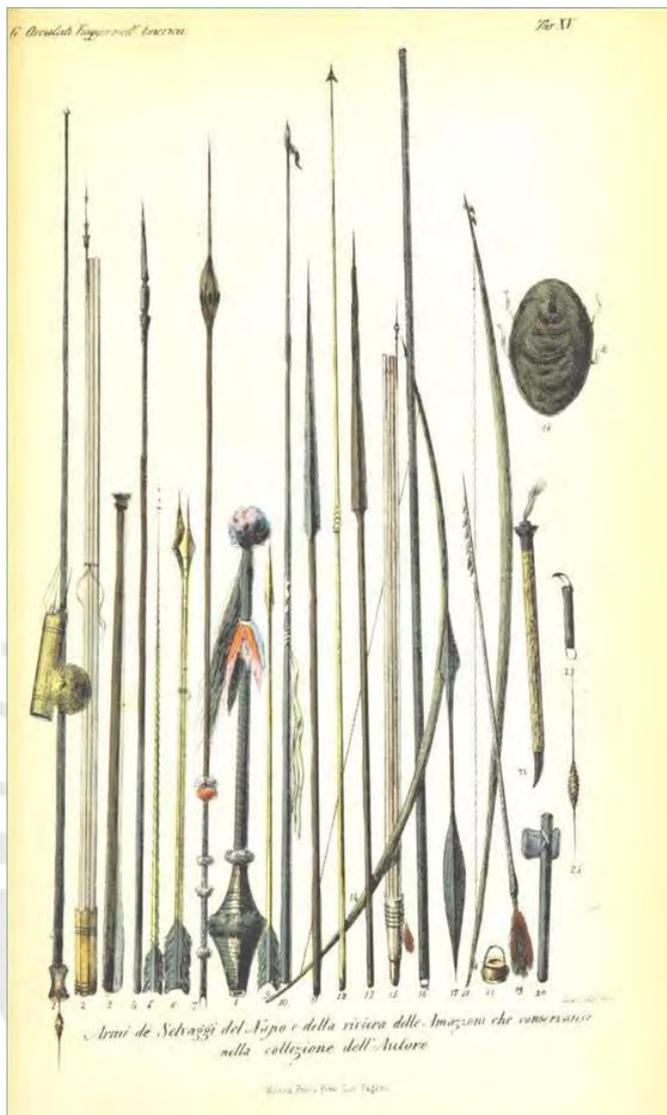
La premura con que me veían recoger los insectos y las mariposas que se hallan en gran cantidad en los bosques, les daba motivo para reírse a mis expensas, al ignorar ellos para qué podían servirme ensartados en alfileres o muertos en aguardiente” (p.219).

Figura 22. *Escena de oso hormiguero gigante atacado por un jaguar, posiblemente traídos por Gaetano Osculati, actualmente en el Museo Cívico de Historia Natural de Milán*



Foto tomada in situ, Italia, 12 de mayo de 2016/sección zoología, invertebrados, entomología, sala 11

Figura 23. Armas de selváticos del Napo y del Amazonas que están conservadas en la colección de Osculati



Osculati, Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo e il fiume delle Amazzoni 1854 (p.360)

Sobre los manatíes (*Manatus americanus*) llamadas también vacas marinas, el explorador italiano explica:

Este cetáceo, llamado también vaca marina, tiene el cuerpo largo, con una piel gris desnuda y ligeramente estriada, muy gruesa, parecida a la del hipopótamo. Tiene dos aletas con huellas de uñas, bigotes duros, que pican y sirven como defensa, y un hocico

parecido al de las vacas. El cuerpo es redondo, parecido al de las focas, con la cabeza cónica, las fosas nasales anchísimas y una cola plana como un remo. Comen hierbas acuáticas, especialmente una llamada gramalote, y se los puede cazar con arpones cuando sacan la cabeza a flor del agua para acercarse a la orilla (Osculati, 1854, p.222).

El viajero continúa su trayecto esta vez encontrando a su paso a miembros de la tribu de los Santa Marías, localizados cerca al canal de Santa María, del cual proviene su nombre, siendo pueblos de nativos que están a la defensiva, siendo muy desconfiados, ya que en todo momento tenían la idea que cualquier contacto que tengan con otras personas, se toparán con indios angoterres o anguterres, uno de los pueblos considerados como enemigos. Más tarde se hicieron presentes los encabellados, conocidos comúnmente como los anguterres o angoterres, secoyas o tucanos. (p.226) ver anexo [2].

A continuación, Osculati (1854) reanuda su camino:

Cuando llegamos al comienzo del Urituyacu nos detuvimos en la orilla llamada Guama. Se veían pasar nubes de loros y bandadas de patos. En la orilla izquierda, poco lejos de allá, vimos a algunos salvajes que nos invitaban a acercarnos. Pero sabíamos que una parada hubiera sido peligrosa y por eso me limité a hacer acercar un poco más a la orilla la canoa para preguntarles que querían. Después de poco lanzaron algunas flechas contra las canoas, que por suerte no llegaron a alcanzarnos por la mucha distancia. No pude contener mi indignación por esa vil traición y disparé al aire con mi fusil. Al instante desaparecieron todos. En un espacio de unas tres pértigas cuadradas, sin plantas, porque habían sido taladas, había dos techos abiertos bajo los cuales se encontraban varias hamacas. En la orilla del río observamos que había pescados y carne de monos colgadas para secarse. No permití a ninguno de los bogas que bajaran para robar esas provisiones como querían hacerlo, porque esa audacia podía ser fatal (pp. 229-230).

Sobre la tribu de los anguteros, Osculati (1854) se extiende:

Eran de la tribu de los Anguteros, de la nación de los Encabellados, que no tributaban a ningún gobierno y vivían independientes entre el Aguarico y el Napo. Son considerados los más feroces y belicosos salvajes de estas zonas y hasta se los cree antropófagos, según afirman sus vecinos los Abjiras e Iquitos, hacia los cuales sienten un odio implacable y con los que combaten continuamente. Se dividen en muchas tribus, cada cual con su idioma; entre estas tribus están los Anguteros y Cotos, que son los únicos de todo el grupo que viven en las orillas del Napo. La mayoría iba desnuda, algunos tenían fajas de corteza, el cuerpo pintado de rojo, el pelo negro, larguísimo y suelto; usaban lanzas y arcos como los Záparos. Como no pude comunicarme con ellos no pude saber nada más sobre sus tribus; los bogas sólo me repetían que son muy valientes y extremadamente feroces. (p.230).

Prosigue el trayecto y Osculati (1854) refiere que no pierde oportunidad de practicar la caza en todas las pausas, ya sea para alimentarse, sumar especímenes a su colección, o capturar otros que con los que completar las colecciones del museo cívico de Milán. Al día siguiente sigue diluviando, y hacia el amanecer distingue una tropa de pecaríes (*Dicotyles labiatus*) de unos 50 o 60 integrantes, que cruzaban a nado el río:

Nos dedicamos a cazarles y algunos indios, por el entusiasmo, hasta se tiraron al agua con sus lanzas e hirieron dos justamente cuando estaban a punto de tocar la orilla para entrar al bosque. Comimos enseguida una parte de su agradable carne, y la otra fue guardada para el día siguiente.” (p.234)

La descripción de la zona y la vida cotidiana es fascinante para el italiano Osculati (1854):

Mis bogas, por medio de flechas envenenadas cogieron muchos monos como el coata (*Ateles belzebus*), el guarapato (*Ateles marginatus*), el choro (*Cebus griseus*), de los

cuales preparé las especies que aún no poseía. En un bosque encontré un grueso sapo, que a duras penas pude poner en alcohol, porque los indios querían asarlo y comerlo como comida riquísima. El día 25, después de 3 horas de viaje, llegamos a Lagartococha o laguna de los caimanes, que nadaban audazmente o se daban vueltas en el lodo sin hacer nos absolutamente caso. Todas las ciénagas a lo largo del Napo, y hasta el más pequeño estanque, están infestados de caimanes y serpientes de agua llamadas *mamayacu* (madre del río), de 50 a 60 pies de largo, tanto que resultaría muy peligroso bañarse allá sin precauciones (pp.234-235).

En este punto, Osculati deja atrás el Ecuador. Entra al Perú por debajo de desembocadura del río Napo, y llega a la aldea de Pebas, en la orilla izquierda del alto Marañón, en la provincia de Maynas. Aquí se encuentra con indios yaguas evangelizados y también con indios orejones:

La población está compuesta de Yaguas y Orejones (con orejas grandes). Estos viven más en el interior, y solo van al pueblo unos pocos que ya son cristianos en los días de fiesta. Hay unas cincuenta familias que tienen sus casas, entre yaguas, Orejones y peruanos de Moyobamba, que viven en chozas de paja bastante grandes. Los yaguas son pacíficos, guapos, bastante altos, inteligentes, y se consideran descendientes de los Incas, Su aspecto es totalmente distinto del que observé a lo largo del Napo; van desnudos y sólo llevan unos adornos en brazos y piernas. La mayoría tiene pelo castaño muy corto, y cara y cuerpo tatuados. Sus armas son cerbatanas, arcos y flechas, y éstas las usan no solo para cazar, sino también para la pesca. Los Yaguas, Orejones y Ticunas son famosos por la fabricación de ciertos venenos activísimos, que matan en dos o tres minutos cualquier animal herido con sus flechas. Hay varios métodos usados por estas tribus para elaborar estas drogas. El más conocido es el de los Ticunas, sobre el cual no pude informarme porque a pesar de hacer grandes promesas a los indios se mostraron

reacios a revelar su secreto. Por lo que pude conocer de los misioneros, supe que usan jugos de plantas como de vururú, curare y algunas lianas llamadas *supayhuasca* (soga del diablo), que ellos conocen perfectamente, y las hacen hervir con cabezas de hormigas congo y otros insectos venenosos, que recogen antes de preparar ese mortífero extracto. El veneno ticuna o curare, mezclado con el de llamas, fabricado por los indios llamas del Ucayali, se llama veneno general, o sea útil para matar a un hombre o a un animal, ave o reptil cualquiera. En cambio, el ticuna usado solo no sirve más que para cuadrúpedos y aves. Lo que puedo afirmar es que yo mismo maté monos, halcones, sapos, etc. Con veneno ticuna, muy rápidamente, usando una pequeña flecha bañada de ese jugo (pp. 253-254). El carácter narrativo del naturalista es vital en cada descripción que él realiza y lo manifiesta en sus textos.

Aquí Osculati (1854) explicaba sobre la vida cotidiana:

La aldea es pequeña, y recientemente fue fundada y poblada. Los Mayorunas, habitantes de las selvas cercanas, entre los cuales recién empieza a introducirse algún elemento de civilización, tienen caracteres y costumbres especiales. La mayoría lleva barba y hay muchos, hombres y mujeres, con el pelo rojizo, lo mismo que los vellos. Para darse un aspecto belicoso se perforan los labios y les ponen unas astillas que se mueven cuando hablan o ríen, y el resultado es realmente repulsivo. La mayor parte del año viven en las selvas, al menos durante la época de caza, pero los que no han entrado todavía en contacto con la civilización rara vez se acercan a la orilla del río. Algunos los creen antropófagos (p.256). Una descripción antropológica sobre el cuerpo de los amazónicos. También él hace referencia sobre las comunidades.

Osculati (1854) hace referencia a la ciudad de Loreto:

Loreto es una pequeña aldea situada en una llanura alta a la izquierda del Amazonas, a pocas leguas de la frontera entre Perú y Brasil. Las casas son fabricadas, en parte, con

palizadas dobles enlucidas con arcilla, con la cual se llenan también los huecos de las paredes. Los techos son de paja. No hay nada especial en este pueblo. La iglesia es chiquita, situada en un lugar alto. Cinco o seis comerciantes portugueses hacen un importante comercio con zarzaparrilla, veneno ticuna y harina de mandioca, que reciben a cambio de objetos fabricados en Europa, sobre todo herramientas. La población de Loreto es de unas 200 personas, casi todas ticunas. Ver anexo [3] (p.258)

Los Ticunas son, como los Yaguas, buenos, pacíficos y trabajadores; tienen generalmente el pelo negro, los que viven en la selva van completamente desnudos salvo una especie de faldita adelante, se adornan brazos y piernas con anillos de piel de iguana y otros reptiles; amarran a sus brazos dos largos manojos de plumas de colores de garzas o de guacamayos. Tienen el cuerpo tatuado y se hacen pulseras y collares con cuentas de vidrio. No pude quedarme hasta el día de la fiesta de la Virgen de Loreto, a la cual llegan indios muy a menudo. En caso de fiesta pública, llegan de todas partes no sólo Ticunas, sino Orejones y Yaguas (p. 258)

El día 10 salí de Loreto en una *montaria* (canoa con ocho bogas, y después de seis horas de monótona navegación llegué a Tabatinga. Antes de llegar se ven, en la orilla izquierda, varios estratos de una tierra rojiza o arcilla usada por los pintores y vendida en Brasil; se la conoce con el nombre de Tabatinga. El presidio de Tabatinga, tierra fronteriza entre Brasil y Perú, está formado por un comandante y treinta soldados, la mayoría hombres insubordinados y de mala fama, turbulentos y ladrones, mandados allá como castigo de varias partes del Imperio (pp. 258-259).

En pleno viaje, el explorador italiano testimonia:

Llegué por la noche a São Paulo de Olivença, y tuve que esperar siguiente para presentarme a las autoridades del país, o sea al comandante, que al instante me asignó una casa donde podía vivir todo el tiempo que considerara conveniente, sin tener que

pagar nada. Tenía que pasar necesariamente unos días allá para encontrar algunos hombres indispensables para bogar (p.265)



En las numerosas excursiones que hice por aquellas selvas, donde recogía todo lo que podía interesar a un zoólogo, descubrí una nueva clase de cantárida, que produce el mismo efecto de nuestra *Lytta vescicatoria*. Era idéntica a ésta salvo por el color perfectamente negro de los élitros y de todo el resto, y las antenas un poco más largas que el cuerpo. Le puse el nombre de *Lytta amazónica*. Este coleóptero era muy común cerca de Egas, sobre todo al lado del cementerio, encima de una loma (p.278)

Osculati también se refirió a una especie de sanguijuelas bastante gruesas, las que “seguramente podrían usarse en medicina, y crear una lucrativa, rama de comercio”. Aludía parte del siglo XVIII y XIX en muchas ciudades modernas, todavía se acostumbraba a hacer uso de sanguijuelas para fines medicinales.

Prosigue su registro de la fauna amazónica:

Se encuentran en lagunas y bosques, donde hay también horribles cocodrilos y jaguares, unas gruesas culebras, que son la boa constrictor y el *sucrusjú*. Este último es un reptil que vive en el agua de los estanques y llega a ser enormemente grueso y largo, de más de 30 pies, y a pesar de que es inofensivo se afirma que con su aliento puede atraer a los otros animales, como aves, sapos y pequeños mamíferos para comerlos. En algunas partes del río Amazonas, sobre todo en el Yupurá, los tapuyos comen las gruesas culebras que logran matar. Cuando ven una recostada en la orilla de un río se acercan despacito con un cuchillo y, antes de que la culebra logre desenroscarse del árbol, la agarran en varias partes del cuerpo y el más valiente la coge del cuello para que no pueda morder. Pero la fuerza de ese monstruoso reptil es tal que logra arrastrar consigo al agua a los hombres antes de ser cortada en pedazos; y esos valientes salvajes se dejan arrastrar y encuentran más fácil cortar la culebra en el agua; luego sale cada cual con su pedazo. Dicen que la carne del *sucrusjú* (anaconda) es muy rica. Cuando tienen éxito en esa curiosa cacería hacen fiesta por varios días. Esa culebra es la misma que se encuentra

también en el Napo, y que es llamada allá yacumama (madre del río); yo pude llevar a Europa una de esas culebras muerta, capturada cerca de Egas en el lago (Osculati, 1854, pp.279-280), ver anexo [4].

Sobre los tigres:

Numerosos tigres negros habían sido muertos en ese bosque en distintas épocas, y muchos indios habían sido destrozados o mal heridos sin que hasta esa fecha se encontrase un sistema para alejarlos. El jaguar negro es la especie más feroz y asalta también a la gente, pero por suerte se ha convertido en la especie más rara que cualquier otra de tigres. La que llaman *susuruana* en el Río Negro es la *Felis concolor*, y es el *Cuguar* o Puma (león de América), enteramente de color rojizo, grande y sin manchas, con cola larga que termina con un penacho, en forma de clava (p.290), ver anexo [5].

Sobre los indios los mundurucús:

Los Mundurucús viven dispersos en el territorio comprendido entre el río Madeira y el Tapajós y también más allá, reunidos en grupos llamados campinas y malocas, en pequeñas tribus. Van completamente desnudos, con el cuerpo tatuado, y no les falta valor en las expediciones que hacen a menudo contra los Araras y Parentintins. Cuando el mundurucú llega a matar a su enemigo, en seguida le corta la cabeza, la lleva a su choza y la prepara en forma curiosa. Por el hueco occipital saca el cerebro, lava cuidadosamente el cráneo, lo llena de algodón, y después de secarlo y limpiarlo de toda la sangre, lo cuelga encima del hogar para que reciba calor suficiente a fin de secar completamente las carnes; quita solamente los ojos, que sustituye con algodón de colores. Hecho lo cual tiene expuesta la cabeza fuera de la choza, o la lleva en la punta de una lanza cuando hay alguna fiesta. De la misma forma conserva también las cabezas de los parientes, pero las mantiene separadas de las de los enemigos y las usa en fiestas distintas (pp. 307-308), ver anexo [6].

Caracterización de mundurucús:

Son salvajes crédulos, supersticiosos; tienen fe en la aparición de espíritus, en la magia encantamientos, y veneran a sus pajés o adivinos, creen que sólo mueren naturalmente los que ven adelgazar día a día y acabar por consunción. En caso de muerte súbita, al igual que los Xíbaros, la atribuyen a algún enemigo oculto. (p.308).

El pasaje anterior se asemeja al del padre Castrucci sobre los mundurucús pues Osculati emplea aquí los mismos términos y casi las mismas formas que clérigo italiano. Probablemente, Osculati alcanzó a revisar las observaciones de su predecesor para formarse una impresión general de la zona selvática.

Osculati (1854) manifiesta un evidente orgullo por sus descubrimientos:

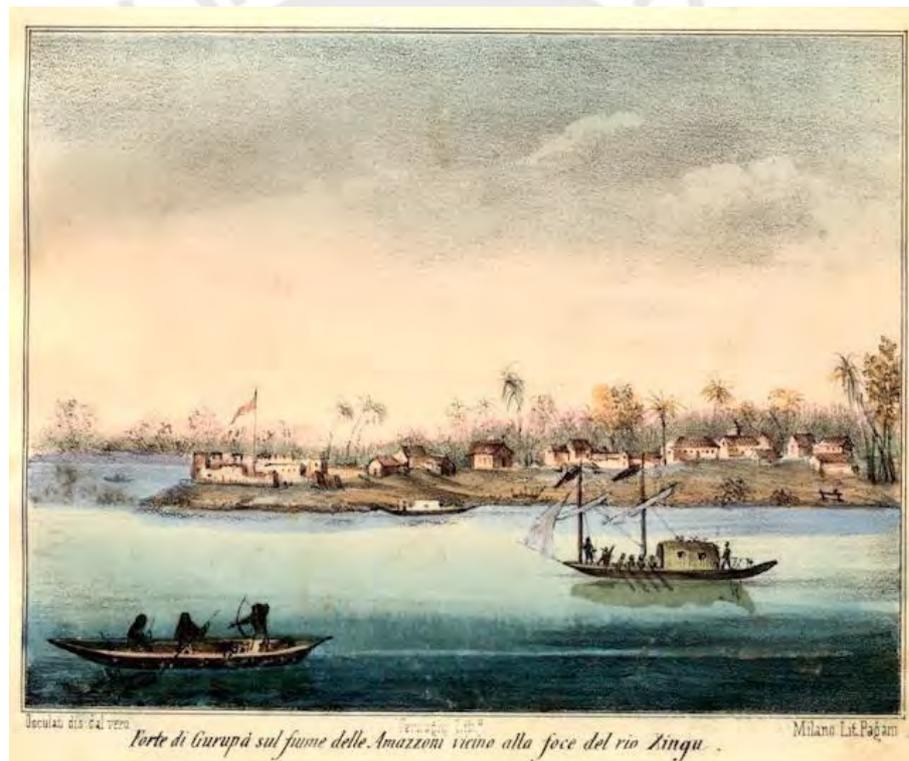
Después de tantos sacrificios soportados con ánimo inmutable, el único pensamiento que me consolaba en ese momento era el de llevar todas mis colecciones, que no solo servirían como eterno recuerdo de mis viajes, sino aumentarían también el patrimonio de las ciencias y darían un poco más de gloria a mi patria. En efecto, además de una infinidad de apuntes y dibujos de los lugares que recorrí, y de muchas costumbres de los salvajes, tenía también una colección casi completa de armas, adornos de plumas, utensilios y venenos de esas tribus, y había recogido en seis grandes cajas el fruto de mis excursiones científicas, sin contar las que ya había mandado desde los Estados Unidos, Canadá y Las Antillas, al Museo Cívico de Milán. (p.315)

De Manaos, Osculati continuó hasta la ciudad de Belén o Gran Pará, donde concluyó su gran travesía por las selvas del Amazonas, y desde allí partió de regreso a su patria. En Milán, lo visitó el Emperador Pedro II del Brasil y se refirió a él con el apelativo de “Marco Polo del Brasil”. Más tarde, fue condecorado por el Rey Humberto de Italia por realizar su ya célebre travesía.

Logró dar a conocer las notas de su viaje bajo el nombre de Breves notas sobre el idioma Záparo completadas de un ensayo de Diccionario y de algunas frases para el uso de los viajeros. También recopiló un interesante catálogo de las armas, instrumentos, adornos y utensilios de caza y pesca de las diferentes tribus asentadas a lo largo de las orillas de los ríos Napo y Amazonas. Además compuso una completa clasificación de insectos coleópteros e himenópteros y presentó a los naturalistas europeos un nuevo género de insecto coleóptero, el *Boeoscelis osculati* o *Neoscelis osculati*.

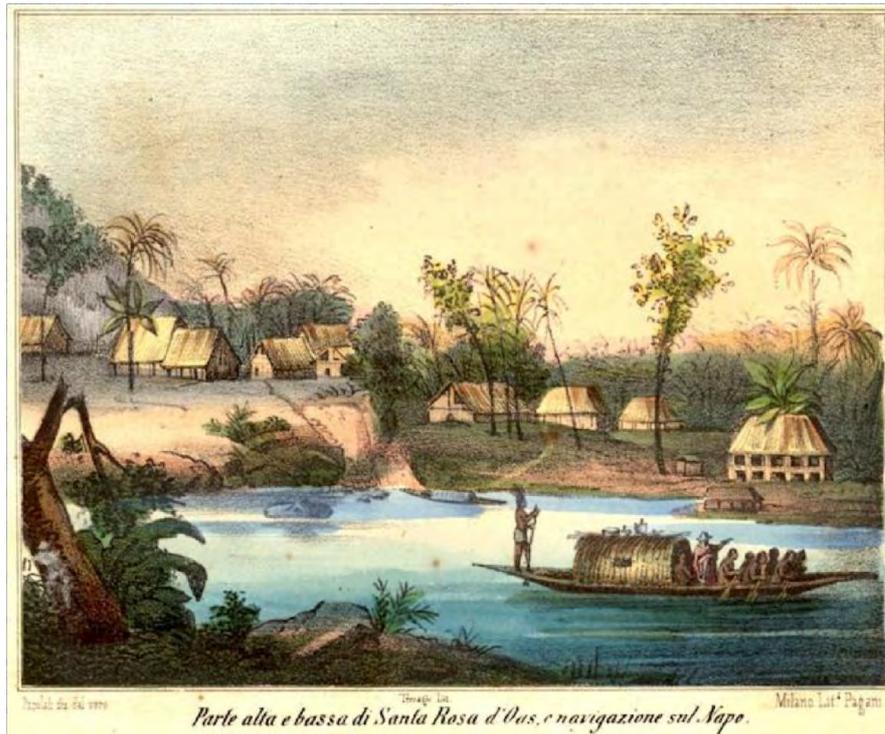
Otras ilustraciones de paisajes de la zona tórrida por Gaetano Osculati

Figura 24. Fuerte de Gurupá sobre el río de las Amazonas, cerca de las aguas del río Xingú



Osculati, Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo e il fiume delle Amazzoni 1854 (p. 359)

Figura 25. *Parte alta y baja de Santa Rosa de Oas y navegación por el río Napo*



Osculati, *Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo e il fiume delle Amazzoni* 1854 (p. 357)

Figura 26. *Pueblo del Suno y tambo en la isla de Cacao*



Osculati, *Exploraciones de las regiones ecuatoriales a lo largo del Napo y del río de las Amazonas*. 2003 (p.297)

Figura 27. Pueblo de Laguano, vista de la isla Arackuna sobre el río Napo



Osculati, Exploraciones de las regiones ecuatoriales a lo largo del Napo y del río de las Amazonas. 2003 (p. 194)

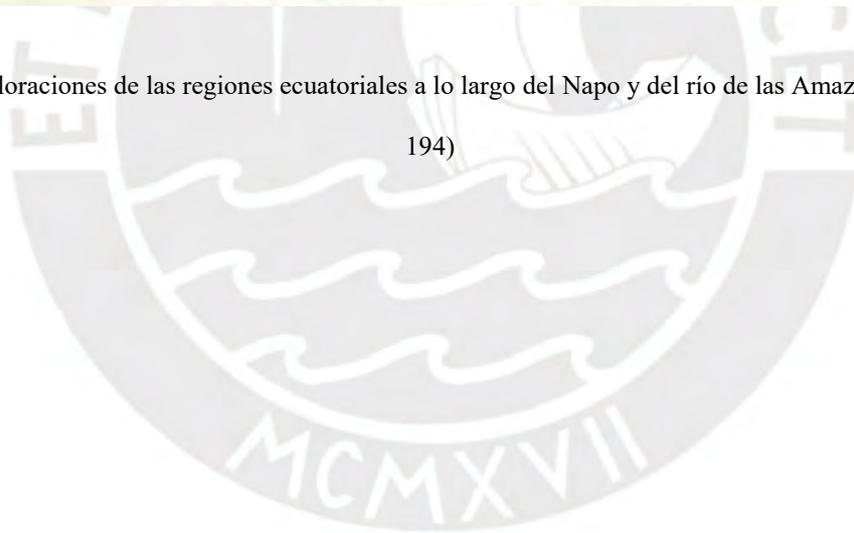
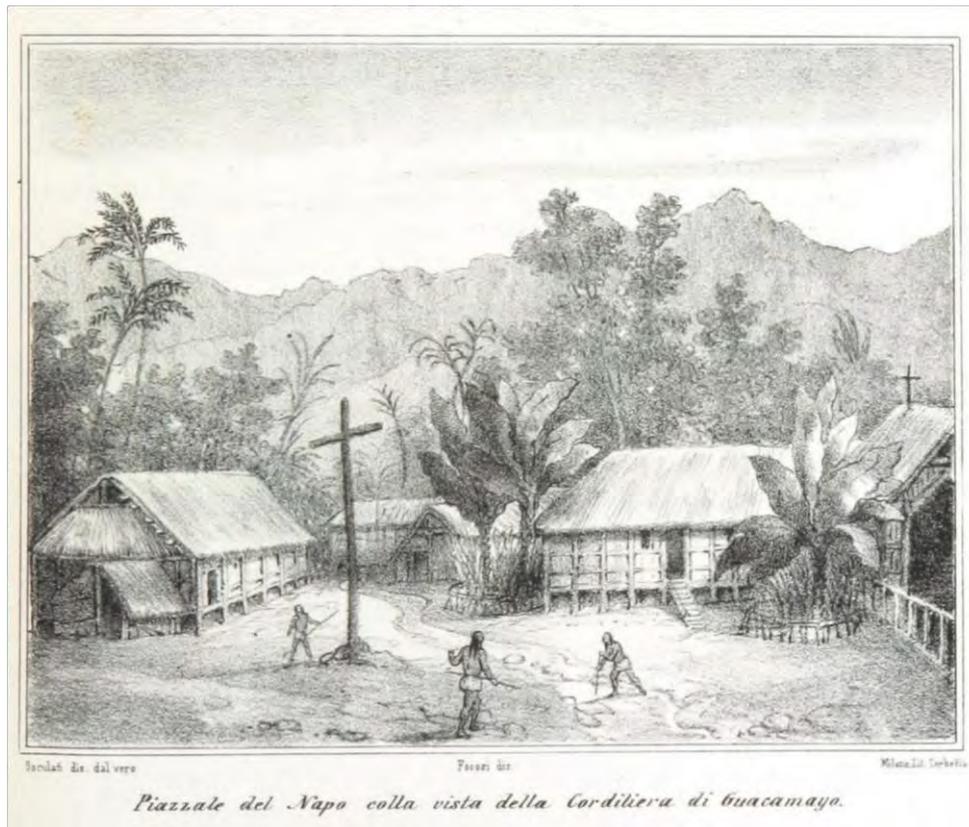


Figura 28. Parte alta del puerto de Napo en el Quixo. Ecuador, Cordillera del Guacamayo.



Osculati, Exploraciones de las regiones ecuatoriales a lo largo del Napo y del río de las Amazonas. 2003 (p. 314)

2.3. Antonio Raimondi:

En la obra de Giovanni Bonfiglio, el mensaje vigente, explica la vida del viajero Raimondi. Conocido investigador italiano (Milán, Italia; 19 de septiembre de 1824 - † San Pedro de Lloc, Pacasmayo, Perú, 26 de octubre de 1890), sus padres fueron Enrico Antonio Raimondi Mazza (1789- ¿?), pastelero de profesión y María Agata Rebeca dell'Acqua Vismara (1790-1864). Fue el penúltimo de ocho hermanos, tres mujeres y cinco varones (de los cuales uno falleció en la infancia y otros dos se ordenan sacerdotes). Antonio Raimondi fue un incansable investigador, naturalista, geógrafo, explorador, escritor y catedrático italiano nacionalizado peruano, que llegó al puerto del Callao en 1850, y se dedicó enteramente a la investigación de la naturaleza del país, para lo que se propuso recorrer el territorio peruano en

su integridad. Producto de sus viajes, acopió una gran cantidad de informaciones científicas de todo género: geográficas, naturalistas, meteorológicas, mineralógicas e históricas, logradas gracias a un incansable espíritu apasionado y abnegada dedicación que dio a conocer durante el tiempo transcurrido desde 1851 hasta 1871 y en adelante hasta su fallecimiento ocurrido en 1890.

Si bien Raimondi no siguió estudios formales, durante su juventud aprendió el oficio de naturalista. Al parecer en esa época el adiestramiento de naturalista no se hacía en la universidad sino más bien en el campo, y se complementaba con estudios de ciencias como la química y la botánica. Raimondi, formado entonces de modo autodidacta, estudió química y otras técnicas que debían redundar en el bagaje de los exploradores y naturalistas. También aprendió en su juventud el dibujo y la pintura a la acuarela, y con esas técnicas consiguió trazar la figura de numerosas plantas. También pudo hacer mediciones de temperatura, tomar posiciones geográficas con el uso de instrumentos, leer y elaborar mapas, y clasificar especies animales, botánicas y minerales según los principios de su época. Por otro lado, Raimondi estaba familiarizado con las obras más importantes de científicos naturalistas y viajeros, como también con los relatos de exploradores y descubridores, a partir de los cual pudo estudiar los itinerarios de mapas o descripciones en los viajes de Colón, Cook y Dumont d'Urville, e informes dejados por los exploradores y los fundadores de las ciencias naturales como Buffon, Darwin, La Condamine, Haenke, Ruiz y Pavón y Humboldt.

Sobre la base de toda esta formación, Raimondi decide viajar al Perú luego de hacer una detallada evaluación comparativa de la situación de las investigaciones naturalistas en América Latina. Estuvo buscando y analizando cuál de los países de Sudamérica había sido el menos estudiado y conocido, y descartó a Chile y Argentina porque ya habían sido explorados por otros naturalistas como Philippi, Gay, Domeyko y Pissi, y también porque estaban considerados fuera de la zona tórrida o tropical. Analizó también Bolivia, país que descartó

porque ya había sido explorada por el naturalista d'Orbigny. Respecto del Brasil, era muy sabido que había sido investigado por otros naturalistas, los que llevaron innumerables especímenes de flora y fauna a los principales museos de Europa. En los casos de Ecuador, Colombia, Venezuela y México, encontró que otras personalidades ya los habían estudiado, sobre todo Humboldt.

Si bien el Perú ya había sido estudiado por naturalistas como Ruiz y Pavón, Dumbey o Tschudi, aún quedaban amplios territorios por explorar, sobre todo en la cuenca amazónica peruana, que era una de las zonas menos conocidas en el mundo. A través de estas comparaciones, Raimondi concluyó que el Perú era el país de la zona sur de América que contaba con más diversidad y en el que todavía quedaban zonas por estudiar.

Raimondi arribó al Perú en 1850 y, a los pocos días de su llegada, Cayetano Heredia le encarga la clasificación del gabinete de Física e Historia Natural del Colegio de la Independencia y, por lo mismo, de sus colecciones de botánica, biología y mineralogía. Al año siguiente, el mismo Heredia le asignó la cátedra de Historia Natural y, con ello, se hizo cargo de los cursos de Zoología, Botánica Orgánica y Botánica de Clasificación. Pero el anhelo de Raimondi no era la enseñanza, sino la investigación de la naturaleza y los viajes de exploración. Para ello, entre 1851 y 1869, realizó cortas excursiones por los alrededores de Lima y viajes a sus cercanías: hacia el norte, visitó Chancay Huacho y, hacia el sur, llegó a Lurín y Chilca. En todas sus salidas, acopió materiales para formar nuevas colecciones de plantas, minerales, fósiles, y animales. Así, mientras se dedicaba a la docencia por necesidad económica, exploraba los territorios más cercanos, a la vez que preparaba su plan de viajes por el resto del país, su interés principal.

Su primer viaje lo realizó a la zona de Chanchamayo, cumpliendo con el anhelo de conocer regiones tropicales. En el verano de 1855, Raimondi viajó nuevamente a Chanchamayo, ahora acompañado de sus estudiantes, para observar lugares que no había

alcanzado a conocer previamente. En 1859, Raimondi por fin emprendió sus viajes de exploración para cubrir la integridad de todo el territorio peruano al modo de los grandes exploradores y naturalistas. Por esos años, sus planes había coincidido con los del gobierno peruano, que requería de mayores conocimientos sobre sus provincias de la sierra y la selva, las que contaban con territorios aún sin explorar y que requerían de la construcción de vías de acceso. Por ello, en 1858, el Congreso de la República votó a favor del otorgamiento de un subsidio para que el naturalista italiana pudiera llevar a cabo sus viajes al interior del país. Los realizó por más de diez años, centralmente entre 1859 y 1869, al fin de los cuales aún le quedaba por estudiar buena parte de la Amazonía. En este periodo, realizó cuatro recorridos de consideración. En el primero, entre 1859 y 1861, visitó el norte del país y la Amazonía adyacente. Constató, entonces, que debía establecer previamente al viaje un itinerario preciso y que ello requería de un nuevo mapa del Perú, de mayor exactitud, que pasados los años, trazó y publicó. Así, elaboró un plan de trabajo que definía tres grandes rutas: sur, centro y norte del país. En 1862, Raimondi inició su segundo viaje, pero durante el primer año contrajo la enfermedad de la verruga, que lo obligó a retornar a Lima por varios meses. Recién en agosto de 1863 pudo volver al sur y continuar su itinerario hasta 1866. Luego, el tercer viaje fue el más corto y de todos y duró solo cinco meses, en los que se dirigió a la selva central para encontrar la confluencia entre los ríos Mantaro y Apurímac. Finalmente, en el cuarto viaje, entre 1867 y 1869, recorrió parte del centro y luego el norte de la selva peruana, y consiguió navegar por el río Amazonas hasta llegar a la frontera con el Brasil. A lo largo de sus cuatro viajes, Raimondi prefirió hacer recorridos en forma zigzagueante, para poder así visitar, en una mayor proporción, los valles y poblados intermedios.

En sus diecinueve años de viajes por el Perú, Raimondi consiguió explorar la mayoría el territorio que se propuso, recopiló una grandiosa colección de especímenes de los tres reinos de la naturaleza y escribió una obra enciclopédica con los resultados de sus estudios y

exploraciones. El plan inicial constaba de 20 tomos, y pretendía dar cuenta del territorio peruano en su totalidad. Así, luego de que finalizó sus viajes en 1869, publicó su obra bajo el título de *El Perú* (1874-1880, Vol. 1-3), que contuvo la relación de sus viajes y una historia de los descubrimientos geográficos en el país, con numerosos y variados datos que le dieron un carácter enciclopédico. Ese mismo año, Raimondi contrajo matrimonio con una vecina ancashina, la señorita Adela Loli.

En 1877 Raimondi escribió el libro *Minerales del Perú*, su catálogo de las riquezas peruanas en ese reino de la naturaleza, que viajó con la muestra que él preparó y mandó para la Exposición Internacional de París de 1878. Su trabajo le mereció la medalla de oro por parte del jurado del evento. Luego, la guerra con Chile y la crisis posterior interrumpieron la publicación de los tomos de *El Perú*, los que debieron estar dedicados a la geología, la mineralogía, la meteorología, la botánica, la zoología y la etnología. En su lugar, trabajó y publicó el *Mapa del Perú* (París, 1888- 1902), un conjunto de fojas hechas a escala de 1:500.000, cada una independiente de la otra, de modo que al unirse formaban el mapa completo. Fue el primero en detalle del territorio nacional. Lamentablemente, por su publicación en París, Raimondi no llegó a verla impresa.

Por otro lado, los proyectos de Raimondi en el Perú siguieron resintiendo la bancarrota fiscal de la posguerra. No solo fue que el Estado peruano descontinuara el financiamiento de la redacción de los volúmenes de *El Perú* o dejara de pagar el sueldo como consultor geólogo. También abandonó el plan de construir un museo de Historia Natural donde se albergaran sus colecciones, . Raimondi trasladar las colecciones a su casa, ya que el ejército chileno no respetaba ninguna propiedad pública a su paso. Así trató de salvar las colecciones llevándolas, izando la bandera italiana, ya que es sabido que muchos de los extranjeros que se hallaban e esos turbulentos días de ocupación en Lima tendían a izar banderas de sus países de origen

para indicar su neutralidad en el conflicto y tratar también de alguna forma de proteger sus propiedades.

Desde 1879 hasta 1886, la oficina de redacción de *El Perú* quedó suspendida, y nuestro personaje tuvo que enfrentar penurias económicas para sobrevivir con su familia. A pesar de esto, continuó trabajando en la clasificación y análisis de sus colecciones, y siguió escribiendo y publicando informes científicos.

En octubre de 1883 concluye la ocupación chilena de Lima. Se inició el período de la Reconstrucción Nacional, pero una guerra civil, entre Cáceres e Iglesias, postergó la recuperación. En este contexto, Raimondi escribe una carta preguntando si seguía vigente su labor como consultor del gobierno y si continuaría el apoyo a la redacción de *El Perú*.

Finalmente, en 1884 el gobierno del general Iglesias expidió un decreto que nombraba a Raimondi nuevamente en el cargo de geólogo consultor del Estado con un sueldo de tres mil soles anuales, pero lamentablemente esa disposición no se llegó a hacer efectiva ya que Raimondi sólo recibió el sueldo del mes de mayo. Entre 1884 y 1885 Raimondi recibiría una parte de su sueldo que sería al mismo tiempo reducido a la mitad. Estas dificultades económicas por las que pasó Raimondi durante esos años removieron el interés de la opinión pública limeña, muchos de sus amigos y conocidos trataron de hacer esfuerzos para incentivar y reunir capitales privados para financiar la obra de Raimondi.

Hacia finales de 1886, bajo el gobierno de Andrés A. Cáceres, Raimondi recibió el apoyo del gobierno para proseguir con el trabajo de redacción de su obra. Por otro lado, es a partir de este mismo año que se comenzó a notar cierto deterioro en la salud de Raimondi. Durante 1889 Raimondi casi no podía trabajar, sufría de padecimientos morales por no haber podido completar su obra en su totalidad y también estaba el hecho de que aumentaban algunas crisis en el ámbito familiar, su esposa Adela sufría una enfermedad mental. Raimondi se encontraba deprimido, comenzó a padecer de un reumatismo que en ocasiones no le

permitía andar más de dos cuabras sin sufrir dolores. Al ver el estado en que se encontraba Raimondi, un amigo personal, el ingeniero Alessandro Arrigoni, quien lo acompañó desde el principio dejando atrás tierras italianas, lo conminó a dejar Lima, invitándolo a pasar una temporada en su casa, en San Pedro de Lloc. Es así que el 20 de junio de 1890 Raimondi se embarcó en el vapor Arequipa, llegando al puerto de Pacasmayo el 25 de junio.

Luego de padecer una larga agonía Antonio Raimondi fallece el 26 de octubre de 1890, sus restos fueron transportados a Lima y se le dio cristiana sepultura en un mausoleo en el cementerio Presbítero Maestro.

En la obra del investigador y naturalista y al igual que los dos italianos anteriores en la que se ha escrito ya variada información al respecto de la zona tórrida o selva amazónica, sobre la obra de Raimondi y a modo de resumen, se tratará de dar a conocer algunos pueblos de indios no nombrados por los anteriores exploradores como es el caso de los campas, como también algunas observaciones, descripciones e imágenes de paisajes de selva y sus acuarelas (ver anexos [9], [10], [11], [12], [13], [14], [15], [16], [17], [18], [19], [20]) o algunos dibujos de Antonio Raimondi y sus colaboradores más cercanos como fueron los franceses Dumontel y Garnier que participaron activamente en el desarrollo de la obra *El Perú* como también se verá algunos apuntes dejados en libretas de viaje (Ver anexo [7]), dándole importancia a las reproducciones de su material botánico en acuarela, creando así una idea más general de la imagen de la Amazonía formada por estos tres investigadores.

Sobre los salvajes llamados Antis o Campas, Raimondi (1866) refirió lo siguiente:

Estos salvajes conocidos con el nombre vulgar de chunchos o infieles, que se aplica en el Perú a todas las tribus de indios que viven en estado independiente en las montañas situadas al Este de la Cordillera, pertenecen a la nación de los Campas o Antis y se hallan diseminados en las montañas de Chanchamayo, Jauja Pangoa, Huanta y valle de Santa Ana del Cuzco. Rara vez aparecen en los valles de Paucartambo, que están

habitados por otras tribus, tales como los Huachipayris y Tuyeneries, que no son muy amigos de los Campas. (El Perú, tomo VII,1866)

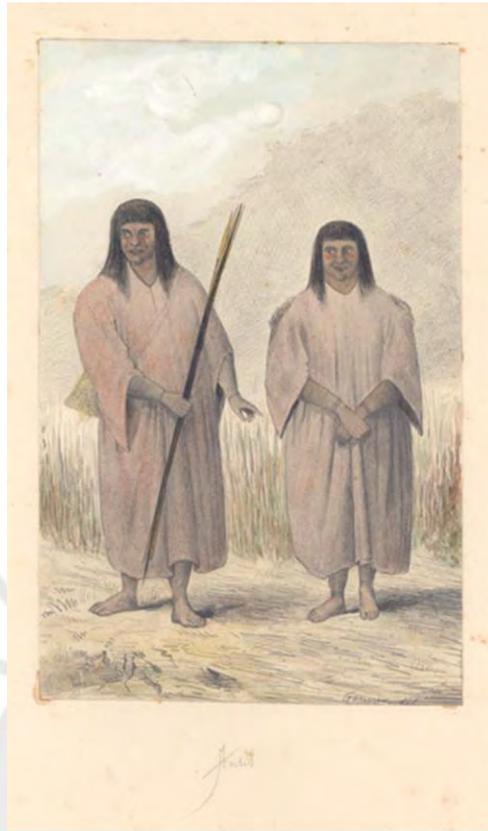
Al respecto de los valles de Paucartambo, se aprecia un grabado de la vista del río Carbón, tomada en la expedición del coronel Latorre ver anexo [8] H. Garnier, El Perú, tomo III, 1879 (p.453)

Podemos analizar desde la obra de Mons. Claudio Bravo Morán señaló sobre los Campas (1942). Los Campas son indios de estatura mediana, aunque se ve sin embargo algunos de estatura elevada: un indio que vive enfrente de la confluencia del Mantaro con el Apurímac tiene una estatura que pasa de 6 pies. Los rasgos de cara son muy pronunciados y tienen los siguientes caracteres:

- Pómulos salientes, nariz algo roma, ligeramente remangada, de manera que, vistos de frente, aparecen en parte los agujeros de la nariz que, a causa de su tabique algo espeso, son un poco laterales.
- Ojos expresivos, poco abiertos y algo oblicuos. En las mujeres observé algunas con ojos grandes.
- Labios gruesos, dientes blancos en las mujeres y amarillentos en los hombres, color que es debido a una corteza que mascan continuamente.
- Arcos orbitarios salientes, frente mediana, barba casi nula. Pelo negro liso desordenado que cae sobre el cuello y en algunos cortado por delante sobre la frente. Tez de la cara rojiza o aceitunada; en los niños tiernos, casi blanca.

- Los brazos, piernas y cuerpo están comúnmente cubiertos de manchas de color carne claro. Algunos individuos sin embargo no tienen ninguna mancha y cuando pregunté la causa de estas manchas tan generales, me dijeron que se producen en quienes se alimentan con cierta clase de pescados y de moluscos; que los que prescinden de esta clase de alimentos, no tienen manchas. En el Perú se da el nombre de overos a los individuos atacados de esta afección.
- Raras veces los campas son gordos y, en general, son muy bien proporcionados. El dedo pulgar de los pies está en ellos por lo general un poco apartado de los demás y goza de mucha movilidad; y en sus trabajos no es raro ver hacer uso de los pies como si se tratara de otra mano, pues agarran con ellos un pedazo de madera u otra cosa que están trabajando con las manos. También los he visto hacer uso de los pies para tomar con mucha destreza cualquiera cosa caída en el suelo.
- Los Campas o Andis no andan desnudos, sino que se hallan constantemente cubiertos con un ancho y largo saco formado de una tela de algodón tejida por las mujeres. Esta tela es bastante bien trabajada y tiene unas rayas de color rojizo café. Este saco les llega hasta los tobillos y cuando es nuevo está blanco; pero pronto se vuelve amarillento y también rojizo ensuciándose con el achiote con que se pintan la cara. La longitud del saco hasta los tobillos y su color claro, hacen que los salvajes o infieles pertenecientes a la tribu o nación de los Campas, sean fácilmente conocidos, porque las demás tribus usan sacos más cortos y de color oscuro.

Figura 29. *Antis o campas (muy probablemente ashánincas)*



Fuente: MALI, Museo de Arte de Lima. Donación Félix Denegri Luna, H. Garnier 1876

Después de los cuchillos, entre las cosas más indispensables que entran a la talega está un canuto que contiene una pasta colorada preparada con el achiote y de la que se sirven para pintarse la cara. Para esto, todos los días sacan una pequeña porción de esta pasta, la extienden en la palma de la mano izquierda mezclándola con un poco de saliva para hacerla más fluida y enseguida con el dedo índice de la mano derecha mojado de esta materia colorante se hacen unas rayas transversales sobre la cara que varían al capricho de cada cual (p.65).

Figura 30. *Abrigo de chunchos a orillas del Río Paucartambo, Cusco*



Fuente: Dibujo de H. Garnier, del equipo de dibujantes de Raimondi, 1876, MALI. Donación Félix Denegri Luna

Al referirse sobre los indios conibos Raimondi (1942) mencionó:

Los conibos tienen, sin embargo, algunos rasgos característicos y entre ellos, conservan la bárbara costumbre de aplastar la cabeza de sus niños con dos tablillas; de las que una se halla aplicada en la frente y otra por detrás; de manera que la frente huye y la cabeza se alarga mucho por atrás, que se asemeja mucho a los cráneos que se encuentran en algunas huacas o panteones antiguos de la sierra (p.92).

Los infieles Setebos, Shipibos y Conibos, tienen por lo común, principalmente los adultos, un cutis muy áspero y casi escamoso, lo que es debido a las continuas picaduras de los mosquitos y zancudos; y también a una especie de sarna muy general entre ellos.

Como hemos ya dicho estos infieles hacen sus invasiones entre los Remos y los Amahuacas, para robar los niños y las mujeres. Esta costumbre, es debida, a que todos los salvajes del Ucayali usan la poligamia y no poseyendo suficientes mujeres de su tribu, los más fuertes y valientes roban las de los más débiles (p.93)

Estas costumbres evidencian costumbres muy arraigadas que parte de su acervo cultural.

Figura 31. *Rostro de indio selvático*



Fuente: Libretas de apuntes de Raimondi, Archivo General de la Nación (AGN)

En rostro de los nativos cocamillas de la provincia de Chazuta, San Martín, Libreta N°57

Figura 32. *Dibujo de indio conibo, por Antonio Raimondi*

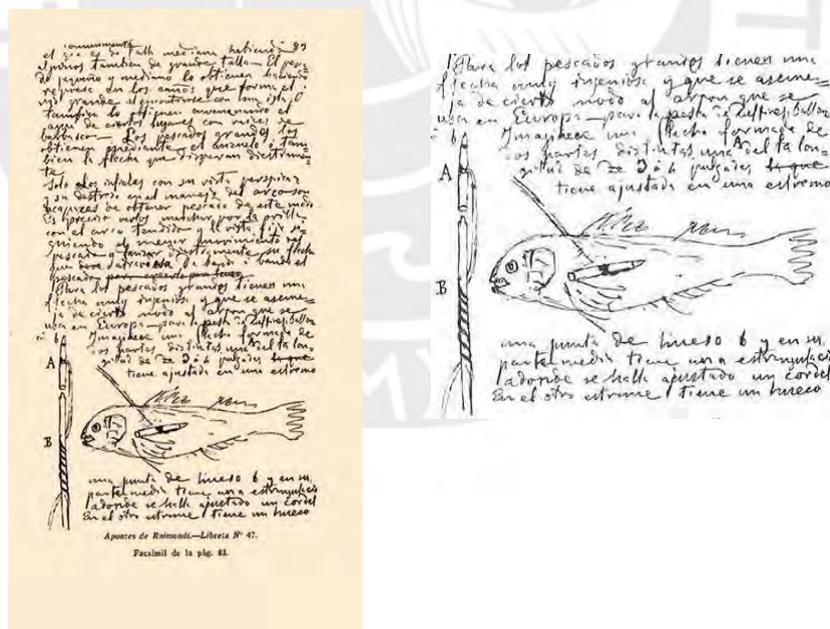


Fuente: Libretas de apuntes de Raimondi, AGN Libreta N°14

Sobre el hombre campa, Raimondi (1929) mencionó:

El hombre, en general, es ocioso, ocupándose tan sólo de la pesca o de la caza. La mujer, al contrario, es como una esclava y debe servir a su marido al menor signo. Así, la mujer se ocupa de los hijos a los que, cuando son tiernos, carga por delante por medio de una faja ancha y cosida en anillo. La mujer prepara la comida cocinando yuca, pescados o lo que trae el marido de la caza. También prepara la chicha y, hasta para tomarla, el marido no se mueve del lugar, ordenando por medio de un signo que la mujer le sirva esta bebida. Al tiempo de comer, nunca la mujer come con el marido; hasta que éste se haya saciado, la mujer queda a un lado. En todas las ocasiones que tuve de visitar algunas casas habitadas por estos infieles, tan luego que llegaba el marido, hacía algún signo a su mujer y ésta me traía piñas o me asaba alguna yuca, a lo cual yo correspondía dando a la mujer algunas agujas y al hombre unos anzuelos (p.67).

Figura 33. Apuntes de Raimondi



Fuente: Libreta de viaje de Raimondi número 47

Facsimil de la pág. .83. El Perú, itinerarios de viaje, 1929 Segundo Fascículo, cuaderno LXIII p. 68

En el análisis de estudio, observo que las ollas que usan los Campas son de barro común de todo tamaño y sólo tienen la particularidad de que, en su parte inferior o fondo, afectan una forma ligeramente cónica, de manera que es preciso sentarlas en la arena o en otro recipiente para que se mantengan derechas.

En referencia a la alimentación, Raimondi (1929) mencionó lo siguiente:

La comida principal de los Campas es la yuca sancochada y, a veces, asada que resulta así de calidad superior. El alimento animal más abundante es el pescado, que es comúnmente de talla mediana, aunque hay también algunos de gran talla. Obtienen el pescado pequeño y mediano haciendo represa en los caños que forma el río grande al encontrarse con una isla, o también envenenando el agua de ciertos lugares con raíces de Barbasco. (p.68)

Sobre sus hábitos alimenticios, Raimondi (1929) se expresó:

Además del pescado, los Campas cazan la vaca marina. A falta de ambos, entran al monte y cazan los pecarís o chanchos del monte, que en su lengua llaman Sintori, también cazan diversas clases de monos, el Aguti, y una gran variedad de aves. Es así como rara vez les falta carne. También son ávidos de ciertas larvas que se crían en los troncos viejos y que cocinan sobre las brasas envolviéndolas con hojas (p.69)

La bebida favorita de los Campas y, en general, de casi todos los salvajes, es la chicha preparada con yuca, a la que aquí dan el nombre de istia y es la misma que en el Ucayali llaman masato. El viajero se refiere al modo de preparación de esta asquerosa bebida es el mismo en casi todas las partes del Perú, y consiste, en machacar la yuca sancochada y enseguida masticar una parte hasta que sea empapada de saliva que la escupen entonces sobre las porciones restantes. Continuando esta operación, que practican las mujeres hasta haber mascado una cierta porción que juzgan necesario para servir de fermento,

recogen la pasta y la guardan en una olla por unos tres días para que se efectúe la fermentación alcohólica. Cuando, pasado este plazo, quieren hacer uso de dicha pasta para preparar la bebida, no tienen más que desleírla en agua y pasarla a través de una pequeña estera cuadrada que les sirve de colador.

Raimondi, explica que los salvajes, en general, son hombres de río y raras veces viven lejos de la orilla; sin embargo, en las montañas de Huanta hay casas distantes del río más de 2 leguas; y admira ver cómo con los pies desnudos marchan con tanta celeridad, sin lastimarse, por un terreno quebrado y lleno de piedras, de raíces y de espinas. Pero en donde se hallan en su elemento es navegando por los ríos, para lo cual usan pequeñas canoas formadas de un solo tronco de árbol excavado, o también pequeñas balsas que construyen con bastante perfección y elegancia. La madera que emplean en la construcción de las balsas es la que lleva el mismo nombre de Palo de Balsa y es suministrada por la *Ochroma piscatoria* y por una especie de *Helicteris* que abunda en todos estos bosques. Abatidos los árboles, les sacan la corteza y después, para formar la balsa, los clavan unos con otros con pequeñas estacas de Chonta trabajadas en punta y que les sirve de clavo.

Con esta clase de embarcaciones, recorren el río Apurímac hacia arriba hasta Simariba, donde llegan en 5 días, y por abajo, siguen el curso del río Tambo formado por la reunión del río Apurímac con el Perené. Cuando bajan, navegan en medio de la corriente; pero cuando suben, vienen por la orilla y a veces arrastran su embarcación sobre las piedras.

Sobre el idioma de esta tribu Raimondi (1929), mencionó lo siguiente:

El idioma de los Campas es muy suave al oído porque abunda en vocales y casi todas sus palabras terminan en i, en u, o en o; de manera que muchas de sus palabras se creerían de origen italiano. Esto sucede cuando se encuentran entre ellos después de

largo tiempo de ausencia, lo que he tenido ocasión de presenciar en mi entrada a las montañas de Huanta. Bajando por el Apurímac para conocer el punto de confluencia del río Mantaro, llegué a pasar la noche en una casa de infieles, frente a la misma desembocadura del Mantaro. Apenas llegamos, los indios Campas que me acompañaban buscaron al dueño de la casa a donde nos alojamos, pero no lo encontraron porque se había ido al monte para cazar unos cochinos silvestres (p.70)

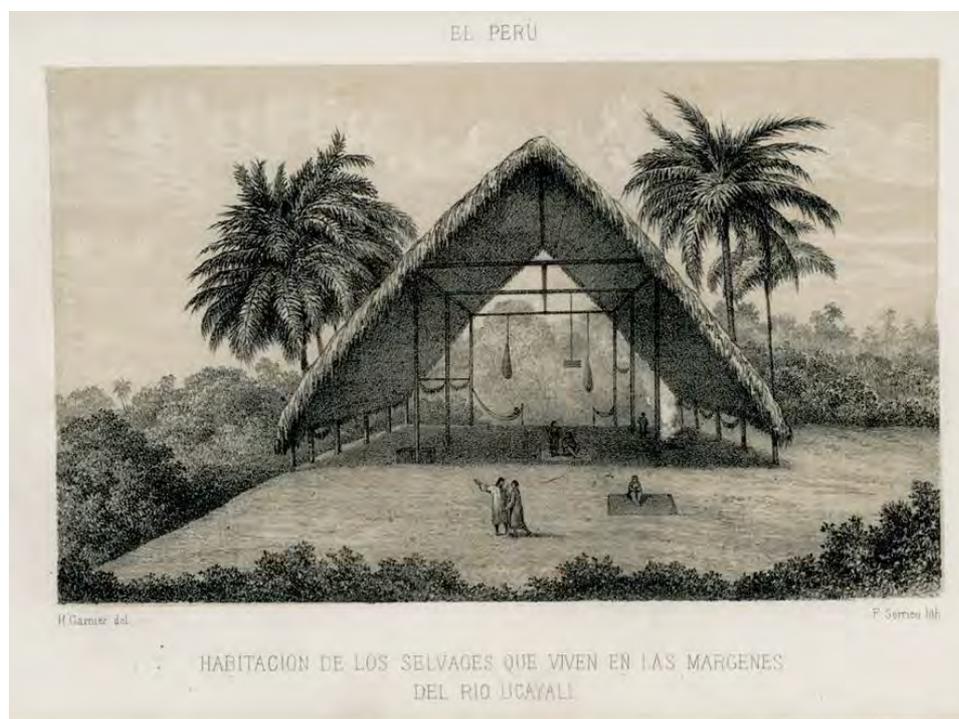
Figura 34. Vocabulario de la lengua de los pobladores de Huanta

VOCABULARIO DE LA LENGUA DE LOS SALVAJES CAMPAS DE LAS MONTAÑAS DE HUANTA

Ateles ater	Comaginalo	Canoa	Ituchi
Achiote	Pnehiti	Cuatro	Piti paqui (Piti pa- sani).
Arena	Impaniqui	Cinco	Tamavaseni
Arbol	Opana, Inchato	Cushna	Iquisagarinchi
Arco Iris	Yoque (Yoya)	Capucho	Saboguito
Arco	Piamini (Piaminchi)	Collar	Mahuiti (Oninquit)
Agua	Nia	Cabeza	Noguito.
Ave	Chimiri	Cejas	Notosionai
Allá va (botando una cosa)	Qua	Cuento	Naquira
Agua caliente	Saugati	Cogote	Nosano
Alceto Stellata	Chiripa	Comer	Nosicati
Anocheecer	Actaquia, Chitinita- nai.	Calor	Cachiringani
Algodón	Ampi (Mampi)	Cacao	Sarpiminiqui
Andar	Sami	Caña brava	Saburo
Aguja	Acusha	Caña dulce	Impoco
Adiós	Noataitave	Casa	Pancochi o Nohuan- co
Abeja	Piche	Camino	Abuechi
Amargo	Cachone	Cortar	Tulaqui
Ayer	Chape	Cerro	Otisi
Arbusto o árbol pe- queño	Inchapi	Colocasia esculenta	Chugo (en quechua) Chanalo
Brazalete	Maguitianchi	Corteza que sirve de soga	Huacapacha
Boea	Noaganti (Notsera)	Cecropia	Longos
Barba	Nospatuna	Cera del monte	Llapachaqui
Blanco	Quitiri	Caucho	Piqui
Brazo	Nonala	Cocinar	Nocovayotita, Nonco- taqui
Barriga	Nomotia, Nombose- cha	Cocer	Navovisitempata
Balsa	Sintibua	Corteza	Inchataqui
Bastón	Nogotipi	Cuchillo grande	Yuipanique
Bueno	Cametene	Colorado	Tiracari
Beber	Nobiquembata, Yo- biquimbalo	Cara	Nobolo
Blando	Tiraquisote	Carne	Yahuacha

Ilustraciones de paisajes de la selva, de la obra *El Perú*

Figura 35. Habitación de salvajes que viven en las márgenes del río Ucayali.



Fuente: *El Perú* de Antonio Raimondi. tomo III, 1879, por H. Garnier

Figura 36. Desembocadura del río Pachitea



Fuente: *El Perú*, tomo III, Autor de ilustración de paisaje / Filiación cultural: H. Garnier, en plano curso de los ríos Huilcamayo y parte del Ucayali por el Capitán de Fragata Francisco Carrasco,

1846

Figura 37. Grabado mostrando el tema de la navegación en el Pongo de Manseriche



Fuente: El Perú de Antonio Raimondi, Tomo II, Autor: Filiación cultural: A. Dumontel, 1876

Figura 38. Dibujo de establo o huerto en la selva



Fuente: H. de Garnier, 1876, MALI

Figura 39. *Proyecto de camino de penetración en la selva*



Fuente: H. Garnier, 1876, MALI. Donación de Félix Denegri Luna

Figura 40. *Acuarela de árbol de papaya de Alfred Dumontel*



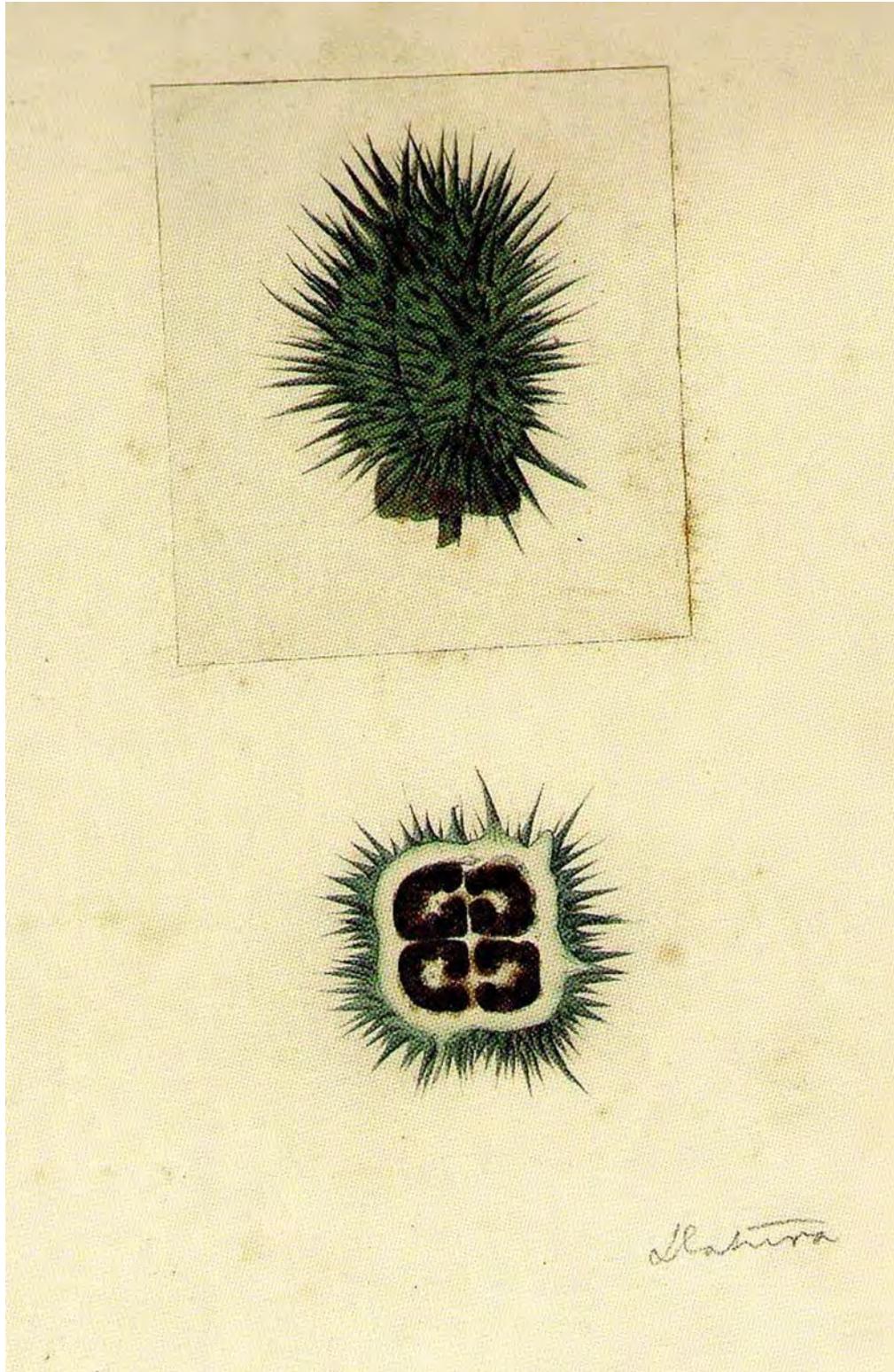
Fuente: Museo Raimondi

Figura 41. *Carica candica* (*Papaya*), acuarela de Raimondi



Museo Raimondi

Figura 42. *Datura stramonium*



Fuente: Chamico (Garnier) Museo Raimondi

Figura 43. *Desembocadura del río Tampu*



Fuente: El Perú, tomo III, Autor de ilustración de paisaje / Filiación cultural: H. Garnier, en plano curso de los ríos Huillcamayo y parte del Ucayali por el Capitán de Fragata Francisco Carrasco , 1846

Capítulo 3

El afán por coleccionar y la necesidad de conservar

Es parte de los viajeros para mostrar sus hallazgos de estudio e investigación para el mundo especializado o no especializado, es la importancia de su obra que conectan con sus visiones respectivas.

Gonzales A. y Baratas (2013) señalan los inconvenientes del coleccionismo de especies naturales:

El interés primordial de estas colecciones era impactar al observador; el espectáculo prima sobre el análisis, la pieza excepcional o vistosa se prefiere, por encima de su posible valor científico, a la conocida o común. El propio nombre que reciben estas colecciones, ‘gabinete de maravillas’, alude a este carácter sorprendente que perseguía el coleccionista. El descubrimiento de la naturaleza del Nuevo Mundo, a lo largo del siglo XVI, dio nuevos bríos a este gusto por los objetos exóticos o novedosos: las semillas de plantas desconocidas en Europa, las antigüedades de culturas prehistóricas o las plumas de ricos colores de algunas aves americanas estaban presentes en los gabinetes, erigidos en remedos del paraíso terrenal por descubrir que supuso América en el imaginario europeo (p.10).

De esta manera, el coleccionismo como mecanismo de acopiar información variada significó una forma de sistematizar las fuentes de primera mano para el conocimiento y difusión en la sociedad europea que, al mismo tiempo, tiene impacto en la construcción de imágenes de una determinada cultura.

Figura 44. Dell Historia Naturalle (1599), *Cabinet de Ferrante Imperator*



Imagen del gabinete de curiosidades de Ferrante Imperato. Delle Historia Naturelle... Napoli. 1599.

- Image of the curiosity cabinet of Ferrante Imperato. 1599. Delle Historia Naturelle...

Napoli. 1599. (p.88)

La cámara de las maravillas, cámara de tesoros y el gabinete de las curiosidades

Acopiar información y evidenciarla como una captura de poder siempre fue una estrategia central en el quehacer coleccionista, especialmente el religioso, si se tendía que toda obra humana era producto de la creación divina, merece custodia, y, por lo mismo, preservarlas era contar la historia de su gloria. Por lo mismo, la Iglesia Católica siempre fue la vanguardia de acumular y salvaguardar elementos y artefactos culturales de gran valor para referir los trabajos de los grandes hombres y sociedades del pasado a los de las futuras. En consecuencia, la Iglesia tiene un rol fundamental en el cuidado de diferentes colecciones y gabinetes como fuentes históricas.

También deben considerarse como parte de este acervo a las colecciones de privados. Por ejemplo, no muy distinto a los eclesiales debió ser el gabinete de curiosidades de Vicente Juan de Lastanosa (1607-1681), un noble aragonés que dedico una considerable área de su

palacio oscense a una rica colección de pinturas, armas, monedas y restos arqueológicos. Para los regímenes políticos de su tiempo, y para sus elites, los gabinetes, exhibidos permanentemente u ostentados para pocos y afortunados, funcionaron como medios de propaganda cultural.

Es decir, la forma de codificar el conocimiento cultural bajo la forma de colecciones y gabinetes da cuenta también de la progresiva estructuración de un espacio y circunstancias que se destinan para su exposición pública. De esta concepción se llega a la más ambiciosa de exposiciones permanentes e incluso itinerantes que contengan los repositorios de la más variada invención del ingenio humano y los especímenes de la fauna y la flora de las distintas naciones.

Figura 45. Grabado de Gaspar Fridericus Neickelius



Fuente: Museos y colecciones de
Historia Natural.

Investigación, educación y difusión Grabado de Gaspar Fridericus
Neickelius. Museographia oder
Anleitung zum rechten Begriff und

Del gabinete al museo

En estas circunstancias, el museo aparece como una transformación necesaria de los gabinetes y de las colecciones a fin de exponer lo exótico y el acopio de diferentes artefactos culturales de los diferentes viajes de los coleccionistas a los grandes públicos. El museo representará el hermano mayor del coleccionismo para la mirada del interesado en conocer lo diferente y lo extraño, y también funcionará como vitrina que promueve el comercio de los objetos más atractivos para generar asombro y que contribuyó en el imaginario del hombre.

Figura 47 Grabado de Ole Worm, Museum Wormianum.



Fuente: Museos y colecciones de
Historia Natural.

Investigación, educación y difusión. En . Gabinete de Ole Worm. Izquierda, grabado de Ole Worm.

Museum Wormianum. Seu

historia rerum rariorum, tam naturalium, quam artificialium, tam domesticarum,
quam exoticarum, quae Hafniae Danorum in aedibus authoris servantur. Lugduni
Batavorum. 1655. Derecha, reconstrucción del Museo Wormiano en el Geologisk

Museum, Statens Naturhistoriske Musuem, 2011. (p.14)

Figura 48. *Reconstrucción del Museo Wormiano en el Geologisk Museum.*



Fuente: Museos y colecciones de
Historia Natural.

Investigación, educación y difusión Gabinete de Ole Worm. Izquierda, gradado de Ole

Worm. Museum Wormianum. Seu

historia rerum rariorum, tam naturalium, quam artificialium, tam domesticarum,
quam exoticarum, quae Hafniae Danorum in aedibus authoris servantur. Lugduni

Batavorum. 1655. Derecha, reconstrucción del Museo Wormiano en el Geologisk

Museum, Statens Naturhistoriske Musuem, 2011. Statens Naturhistoriske Musuem, 2011.

(p.14)

3.1. Los viajeros del siglo XIX: similitudes y diferencias sobre la Amazonía. Giuseppe Castrucci

Fue un miembro de la Iglesia Católica, de la orden de los franciscanos, una congregación que tenía por objetivo la evangelización de todos infieles. Dentro de lógica y mentalidad del siglo XIX, ese era el estado de los pobladores originarios de la Amazonía, que practicaban creencias bárbaras y primitivas, y, por lo mismo, los franciscanos estaban obligados moralmente a convertirlos al cristianismo. Bajo estos principios, Castrucci se formó también como científico naturalista.

Por los estudios que hizo de la etnografía de los pueblos amazónicos, el sacerdote italiano debió cultivar una visión que Castrucci debió tener una visión interdisciplinaria de su trabajo, que le permitió contrastar continuamente la información de sus observaciones etnográficas con los desafíos que debía afrontar la empresa evangelizadora entre los indios de la selva peruana. Entendió, sobre todo, la diversidad cultural de los pueblos amazónicos por sus incansables viajes por territorios remotos de la selva. En ello jugó un rol central su vocación de naturalista por la aventura y la emoción, que fue común en su generación de científicos europeos decimonónicos. Por entonces, los Estados europeos no solo atravesaron por un proceso de consolidación de sus naciones, sino que, como muestra de su progreso en el campo científico, competían por acumular la información más sorprendente, que provoque curiosidad por pueblos remotos. En el caso de los pueblos amazónicos, la observación etnográfica perseguía justificar el accionar de estos científicamente, es decir, obtener, mediante un estudio sistemático, evidencias que explicaran las conductas primitivas de los nativos, las que debían luego presentarse y divulgarse entre públicos europeos.

También era la época del auge del darwinismo, es decir, de la aparición del evolucionismo biológico, cuyo mayor representante fue el inglés Charles Darwin, y que suponía que la forma actual de las especies naturales provenía de su evolución a partir de otras primitivas, en contra de la autoridad del relato bíblico de la creación, que suponía que Dios las había creado en su estado actual desde siempre. Esta radical diferencia provocó una creciente

tensión entre la ciencia naturalista darwinistas y la Iglesia Católica, la que enseñaba la creación del mundo según la Biblia, y luego desconfianza y abierta beligerancia entre naturalistas y religiosos. En este contexto, la condición doble de Castrucci, sacerdote y hombre de ciencia, despertó la atención de sus superiores franciscanos, quienes lo criticaban porque observaron poca persistencia en su labor de evangelización y que apostaba más por hacer estudio etnográficos.

En realidad, como etnógrafo, Castrucci perseguía un difícil equilibrio entre la crítica científica a las costumbres de los pueblos nativos y el comentario moralizante. Como observador, asume la actitud de un entomólogo para señalar enfermedades. Como observador civilizado y occidental, es poco tolerante con las costumbres diferentes, y diversas entre sí, de las etnias amazónicas, así como crítico de la barbarie generalizada entre sus comunidades. Pero ello no le impide efectuar rigurosos cuadros comparativos sobre su aspecto, su vestimenta y sus costumbres, que concitan admiración y asombro. En cuanto a sus descripciones de especies zoológicas, emplea un estilo medieval, adecuado para un hombre de ciudad que identifica los parajes remotos con una fauna fabulosa, a partir de su experiencia europea y urbana de la naturaleza. Se trata de descripciones que tienen a la exageración y enfatizan la monstruosidad de los animales. Así, tanto la etnografía de Castrucci como su zoología comparten esa aproximación necesariamente exotista a las especies amazónicas, en las que converge la superioridad de la mirada occidental y la alarma frente a los nativos bárbaros y las fieras salvajes, que consigue un registro científico involuntariamente atrayente para los europeos. Aunque con el aura orientalista, se trata de una crónica que hace visible un inventario de especies ignoradas, u primer paso para conocerlos y estudiarlos mejor. En cambio, la imagen de la especies botánicas en Castrucci se definen con claridad a partir de su uso y el valor, que redundan en su rápida internacionalización (como en el caso de la vainilla). En ambos caso, no obstante, Castrucci contribuyó a la exportación una imagen de la Amazonía, la hizo

cosmopolita y la internacionaliza. Su nuevo orientalismo ofreció a la Europa del siglo XIX una visión de la Amazonía equivalente a la que le dio Colón de América en el siglo XV.

En el relato de su viaje, Castrucci da cuenta también del territorio de la Amazonía, que es inhóspito y complejo, que dificulta su viaje en todo momento, pero en el que los pueblos forman permanentemente comunidad sin tener las comodidades de los occidentales. De ahí que, conforme avance el relato de viaje, se vaya modificando su percepción sobre los pueblos nativos. Es cierto que desconfían y aborrecen a todo hombre blanco, admite; pero aprecian, en cierto modo, respetan a los sacerdotes, no porque creen en su ministerio, sino porque están persuadidos que son incapaces de hacer mal a nadie, y que por lo regular son hombres de buenos sentimientos. Castrucci hace especial referencia a la bravura de los indios jíbaros, con fama de bárbaros indomables que no aceptan la autoridad de un cacique, y cuya leyenda se remontaba a sus primeros encuentros con los conquistadores españoles, quienes se horrorizaron ante su práctica de reducir las cabezas de sus enemigos. Además describe a los indios záparos, que junto con los jíbaros son considerados como los más violentos de la selva amazónica, y trata de los indios marubos (Marubbi), yaguas (Jaguas), moratos (Morrati), mayorunas (Majoruna), iquitos (Iquitos), y ticunas (Ticuna), considerados en su mayoría como pueblos salvajes, incivilizados e infieles.

3.2. Gaetano Osculati

Viajero y explorador naturalista, nace y crece en medio de un ambiente de nacionalismos regionales y de luchas intestinas por la formación del Estado-nación en la Península Itálica. Miembro de una familia de la acomodada burguesía lombarda y educado por la Orden de Clérigos Regulares de San Pablo, pretendió estudiar medicina pero su carácter de aventurero y a sus aptitudes de viajero terminaron orientándolo por la exploración naturalista, que resultaba compatible con el amor al conocimiento y a la naturaleza tal como lo entendía su formación clerical. Movidado por ello, y también por la carrera de honores que le abriría la

profesión científica, diseñó un completo recorrido por el mundo (en gran parte una circunnavegación) y participó de viajes tanto por la India como por Oceanía. Luego, ante inconvenientes de distinto orden para efectuar la circunnavegación, se propuso recorrer Sudamérica de extremo a extremo aprovechando el curso del río Amazona. Fue en esas circunstancias, en medio de la Amazonía ecuatoriana, que fue abandonado por una cuadrilla de indios cargueros con quienes había terminado enemistándose, sin ningún medio para volver a pueblos conocidos, pero su vocación aventurera y su curiosidad científica lo hicieron resistir y retroceder exitosamente parte del camino que había avanzado con sus guías nativos.

Prosiguió su viaje hasta la selva brasileña, luego de unos meses de descanso. Recorrió por semanas un espacio geográfico en el que, desde el punto de vista del clérigo europeo, urbano y burgués, solo existía el salvajismo puro y el acecho constante de una fauna de monstruos, No obstante, en el caso de las etnias que encontró en su camino resultaba más matizado: señalaba de pacíficos y trabajadores a los ticunas y a los yaguas, y de salvajes y supersticiosos a los mundurucús.

3.3. Antonio Raimondi

Incansable investigador, naturalista, geógrafo, explorador, escritor y catedrático italiano nacionalizado peruano, llegó al Perú en 1850, y se dedicó enteramente a investigación de la naturaleza del país y a recorrer su territorio. Producto de cuatro grandes viajes, entre 1851 y 1871, logró acopiar una gran cantidad de informaciones científicas de todo género: geográficas, botánicas, zoológicas meteorológicas, mineralógicas e históricas. Con el mismo espíritu apasionado y abnegada dedicación continuo trabajando en el Perú hasta su muerte en 1890.

Si bien Raimondi no siguió estudios formales, durante su juventud aprendió el oficio de naturalista. En esa época el adiestramiento de naturalista no se hacía en la universidad sino más bien en el campo. A los saberes científicos que adquirió añadió otros de carácter técnico,

indispensables para el trabajo de campo del naturalista, como el dibujo y la pintura a la acuarela,

Las motivaciones de los tres viajeros son semejantes: conocer pueblos ignotos y alejados, pero se sienten atraídos también por la Amazonía, profundizar su geografía, describir y explicar las condiciones de vida de los pueblos étnicos. Todos apuestan por el naturalismo como una ciencia más de campo que de narrativas teóricas. También apuestan por la aventura del viaje, tienen el valor para adentrarse en lo desconocido a pesar de la poca información que tienen. Los tres viajeros, asimismo, van entendiendo que tienen una misión civilizadora en medio de la selva primitiva, que en el caso de Castrucci y Osculati es convertirlos a la religión católica. Raimondi, en cambio, apuesta por la ciencia y aporta a su investigación las mayores competencias multidisciplinarias para acercarse a los pueblos amazónicos y, por lo mismo, para recolectar más información valiosa. No tiene formación universitaria, pero su educación autodidacta es permanente. En cambio, los dos primeros, a pesar de su formación institucional y su adquisición planificada de conocimientos y métodos de investigación, tienden a hacer énfasis en el hallazgo de lo desconocido y a exagerar las características de la naturaleza amazónica en función de valores occidentales. Hacen del relato de sus viajes una suma de episodios en los que el trabajo de campo sude el paso a fabulosas crónicas sobre especímenes exóticos que despiertan el interés por formar gabinetes con la flora y la fauna más raras.

De maneras distintas, los tres viajeros contribuyeron a dar mayor visibilidad al territorio y a la naturaleza de la selva amazónica, a estudiarlas y a difundir su imagen por el mundo. La perspectiva de las ciencias naturales y de la ecología actual sobre la Amazonía parten de las investigaciones de los tres viajeros naturalistas decimonónicos, que establecieron sus primeras representaciones científicas y modernas. En su convicción de situar a las ciencias naturales como base de todas las ciencias, anticiparon su posterior primacía como principio del conocimiento en general durante el siglo XIX.

3.4. Comparaciones sobre la representación artística de algunos naturales amazónicos

Se debe subrayar que, a inicios del siglo XIX, en el mundo occidental, el estudio de las culturas no europeas estuvieron basadas en valores eurocéntricos. Muchos investigadores elogiaban virtudes y condenaban costumbres en los pueblos “exóticos”. En el caso de Antonio Raimondi, su análisis de las sociedades indígenas opera a partir de criterios occidentales, y de la terminología aplicada por viajeros que lo anteceden, como es el caso de Castrucci y Osculati, y ahí su reiterado uso del término “salvaje” para nombrar a los pobladores de la selva amazónica.

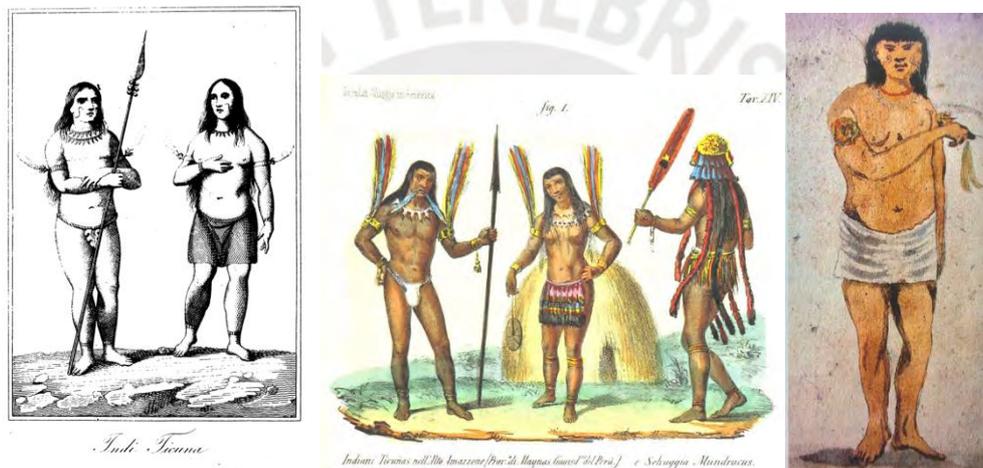


Figura 49

- Indios ticunas por Giuseppe Castrucci . Viaggio da Lima ad alcune tribù barbare del Perù e lungo il fiume delle Amazzoni. 1854 (pág., 64)
- Indios ticunas en el Alto Amazonas (provincia de Maynas, jurisdicción del Perú) y selvática mundurucús (Mundurukú) por Gaetano Osculati. (P.359). en, Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo e il fiume delle Amazzoni 1854
- Posible acuarela de indio tocuna (¿gicuna?) por Antonio Raimondi. La Torre R. (2012). (p.305) Estudio Introductorio de El Perú de A. Raimondi, (Tomo I), Parte Preliminar, Fondo editorial de la Universidad Tecnológica del Perú. Editorial San Marcos de Aníbal Paredes Galván



Figura 50

- Indio záparo por Giuseppe Castrucci (p.27,detalle) de la obra de 1854 *Viaggio da Lima ad alcune tribù barbare del Perú e lungo il fiume delle Amazzoni*. 1854
- Indio záparo por Gaetano Osculati en Osculati, *Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo e il fiume delle Amazzoni* 1854 (p. 357)
- Dibujo de indio conibo, por Antonio Raimondi, AGN, Libreta N°14

Ilustraciones que dan testimonio de la vida en un estado salvaje o primitivo

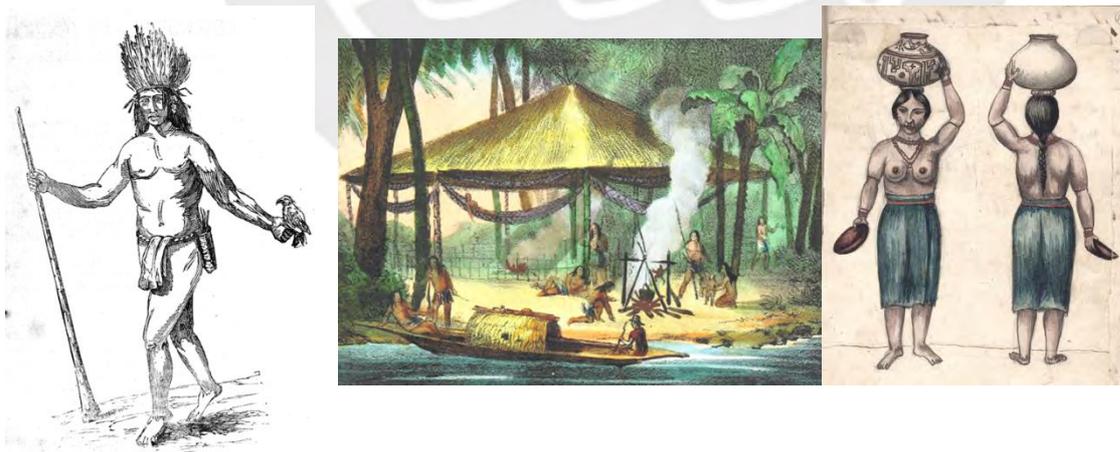


Figura 51

- Indio záparo por Castrucci, 1849 (p.32) en *Viaggio da Lima ad alcune tribù barbare del Perú e lungo il fiume delle Amazzoni*. 1854
- Maloca o choza de los salvajes záparos abijckiras a lo largo del Napo por Osculati, en *Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo e il fiume delle Amazzoni* 1854 (p. 357)
- Nativa de jeberos, Loreto. Libreta de viaje no. 16 (Detalle) por Antonio Raimondi. Libreta N°13 N°16

Conclusiones

1.- Desde la llegada de Cristóbal Colón a América, las representaciones del nuevo mundo por parte de viajeros europeos han tenido como patrón y modelo las imágenes exóticas de Asia que ofreció *El libro de las maravillas* o *El libro del millón*, más conocido los increíbles viajes de Marco Polo, el que reduce los retratos de mundos no europeos dentro de una mirada “orientalista”. El libro contribuyó al imaginario de las aventuras en tierras desconocidas e incentivó la investigación etnográfica.

2.-En la segunda mitad del siglo XVIII y posteriormente en el siglo XIX todas las expediciones científicas y la gran mayoría de viajeros fuera de Europa se organizaron bajo los principios de la historia natural, la recolección de especímenes de diversas especies y la creación de colecciones de flora, fauna y minerales. Se vieron muy influidas por investigadores y naturalistas como Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland, que introdujeron nuevas pautas para investigación científica de la naturaleza.

3.-Desde los viajeros de los siglos XVIII hasta los que escriben en el XIX, producen diarios de viajes y anotaciones enfocados en estudio de las selvas amazónicas, o zona tórrida, más

comúnmente señalada en muchos mapas como la *terra ultraincognita* posiblemente por las lecturas de los escritos de Humboldt. Además, de una década a otra su número aumenta, mientras progresa la expansión imperialista europea y el número de los viajeros que se adentran específicamente en el curso de río Amazonas. Influyen, también, las expectativas que las crónicas científicas relativas a América producen en los públicos europeos y la demanda de nuevas crónicas que ello provoca. Tal es el punto de que exploradores de otros continentes pasan a recorrer las “nuevas” regiones para investigarlas, como fue el caso de Gaetano Osculati.

4.- En parte, a los viajeros decimonónicos los impulsa el progreso de las ciencias para el engrandecimiento de sus respectivas naciones y el progreso de sus intereses. Al dirigir sus respectivas empresas naturalistas, Castrucci, Osculati y Raimondi no buscan ampliar las fronteras de la ciencia naturalista, sino que consiguen el reconocimiento de la comunidad científica europea y, sin proponérselo explícitamente, el fortalecimiento del mérito de sus respectivas naciones en cuanto focos del saber y del progreso europeo. De este modo, la competencia cultural redundaba en el engrandecimiento nacional.

5.-También Castrucci, Osculati y Raimondi comparten la curiosidad y la sed de conocimientos sobre los “secretos” de las selvas amazónicas, que proviene de su formación intelectual dentro del ámbito cultural Ilustración, que confía en la luz de la razón para esclarecer los problemas más oscuros a partir del método científico, en este caso, el del naturalismo: observar, inventariar, clasificar, etc. Asimismo, el ímpetu y el deseo de aventuras de los tres se funda en parte en las dinámicas nacionalistas del siglo XIX y su ambiente de agitación y rebelión, así como en el estímulo de la imaginación sobre la vida de los viajeros que fomenta la literatura de viajes, en especial la exotista.

7. En tanto viajeros independientes, Castrucci, Osculati y Raimondi enfrentaron una serie de desafíos, entre los que destacaban la asignación eficiente de los siempre escasos recursos económicos y la búsqueda del reconocimiento internacional para sus expediciones que, por

no contar con el auspicio estatal, corrían el riesgo de resultar intrascendentes para el interés público. En el caso de Osculati, emplea sus propias rentas por emprender su temerario recorrido por la Amazonía, y con ello lo exótico se convierte en razón para investigar y viajar al mismo tiempo.

8.- Los tres viajeros divulgaron sus conocimientos no solo a los científicos, sino al público en general a través de conferencias, ediciones y exposiciones. Los tres viajeros solo contribuyeron al estudio de la Amazonía, sino a su popularización; en suma, la hicieron más universal.

9.- Castrucci, Osculati y Raimondi emprendieron largos recorridos por la selva amazónica con el fin de conocer, describir, estudiar, dibujar, relatar y divulgar la realidad geográfica, botánica, etnológica, económica, social y política de esas tierras. Las ciencias naturales se desarrollaron con la incorporación al saber general de nuevas especies botánicas y zoológicas y también con el desarrollo de la geografía botánica. Se dio un impulso y una mejor comprensión de la diversidad cultural y de los pueblos nativos.

10. En Raimondi predomina un trabajo interdisciplinario y multidisciplinario. Solamente dominando lo diverso alcanzan a representar la complejidad de la Amazonía. Si bien tienen visiones muy reductoras sobre el salvajismo o el pacifismo de los pueblos originarios de la selva, sus registros escrupulosos desde las perspectivas de muchas disciplinas brindaron información útil para la ampliación de los campos de estudio de la historia y la antropología. un mecanismo de contribución al conocimiento de la Amazonía.

Referencias

- Barnes, M. (2016). Ruiz López, Hipólito (1754-1816) y José Antonio Pavón y Jiménez (1754-1840). En J. Pillsbury (Ed.), *Fuentes documentales para los estudios andinos 1530-1900* (Vol.3) , pp. 1777-1784. Fondo editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Belozerskaya, M. (2008). *La jirafa de los Medici y otros relatos sobre los animales exóticos y el poder*. Gedisa.
- Bonfiglio, G. (2004). *Antonio Raimondi: el mensaje vigente*. Fondo de Desarrollo Editorial de la Universidad de Lima.
- Burke, P. (2001). *Lo visto y no visto: el uso de la imagen como documento histórico*. Crítica.
- Castrillón, A. (1986). *El museo peruano: Utopía y realidad*. Industria Gráfica.
- Castrucci, G. (1849) *Viaje practicado desde el Callao hasta las misiones de las dos tribus de infieles Zaparos y Givaros, por el P. Fr. Manuel Castrucci de Vernazza de la orden de San Francisco de Asís*. Imprenta de J. Montoya.
- Castrucci, G. (1854). *Viaggio da Lima ad alcune tribù barbare del Perú e lungo il fiume delle Amazzoni*. Ponthenier.
- Cavero Egusquiza y Saavedra, R. (1941). *La Amazonía peruana*. Torres Aguirre.

- Chirif, A. y Mora, C. (1977). *Atlas de comunidades nativas*. Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (Sinamos).
- Cueto, M. (1989). *Excelencia científica en la periferia: actividades científicas e investigación biomédica en el Perú 1890-1950*. Grupo de Análisis para el Desarrollo (Grade).
- Cueto, M. (2016). *Obras científicas. Medicina, botánica e historia natural, fuentes documentales para los estudios andinos 1530-1900* (Vol. 1). Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- DeLeonardis, L. (2016). Darwin, Charles Robert (1809-1882). En J. Pillsbury (Ed.), *Fuentes documentales para los estudios andinos 1530-1900* (Vol. 2), pp. 1055-1063. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Dettelbach, M. (2016). Humboldt, Alexander Von (1769-1859). En J. Pillsbury (Ed.), *Fuentes documentales para los estudios andinos 1530-1900* (Vol. 2), Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú
- Durrel, G. y Durrel, L. (1982). *Guía del naturalista*. H. Blume.
- Eriza (1982). *La tierra y sus habitantes* (Vol. 1-3). Eriza.
- Eriza (1982). *América pintoresca. Descripción de viajes al nuevo continente a través de 392 grabados facsímiles de la obra América Pintoresca editada en el año de 1884*. Eriza.
- Femenías, B. (2016). Jorge Juan (1713-1773) y Antonio de Ulloa (1716-1795). En J. Pillsbury (Ed.), *Fuentes documentales para los estudios andinos 1530-1900* (Vol. 2). Fondo editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Figuroa, F. (1904). *Relación de las misiones de la compañía de Jesús en el país de los maynas*. Librería General de Victoriano Suárez.
- <https://archive.org/details/relacindelasmis01jesugooq>
- Gonzales A. y Baratas A. (2013). *Museo y colecciones de historia natural* (Vol. 9). Real Sociedad Española de Historia Natural.

- Humboldt, A. y Bonpland A. (1992). *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*. Monte Ávila.
- Humboldt, A. (1982) *Del Orinoco al Amazonas. Viaje a las regiones equinociales del nuevo continente*. Labor.
- Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI) (2017) *Censos Nacionales 2017: XII de Población, VII de Vivienda y III de Comunidades nativas y comunidades campesinas*. Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI).
- Izaguirre, B. (1925). *Historia de las misiones franciscanas, 1619-1921. Narración de los progresos de la geografía*. Librería e Imprenta Gil.
- Larrabure, C. (1905). *Colección de leyes, decretos y resoluciones. Otros documentos oficiales referentes al departamento de Loreto*. La Opinión Nacional.
- La Torre R. (2012). Estudio Introdutorio de El Perú de A. Raimondi, (Tomo I), Parte Preliminar, Fondo editorial de la Universidad Tecnológica del Perú. Editorial San Marcos de Aníbal Paredes Galván
- Mayor, P. y Bodmer, R. (2009). *Pueblos indígenas de la Amazonía Peruana*. Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía (CETA). <http://tesauros.mecd.es/tesauros/materias/1185397>
- Ministerio de Educación del Perú (2013). *Documento Nacional de Lenguas Originarias*. Lima: Ministerio de Educación.
- Migliori, A. (2013). La construcción del paisaje de la sierra del Perú en el siglo XIX (Perspectiva desde los viajeros) [Tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú].
- Núñez, E. (1989). *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú (Apuntes documentales con algunos desarrollos históricos biográficos)*. Concytec.
- Núñez, E. y Petersen G. (2002). *Alexander Von Humboldt en el Perú. Diario de viaje y otros escritos*. Banco Central de Reserva del Perú (BCRP).

- Núñez, E. (2009). Alejandro de Humboldt. El viaje memorable por el Perú. *Cuadernos literarios, cuadernos de viaje* 5 (8), 63-73.
- Osculati, G. (1844). Note d'un viaggio di G. O. nell'America Meridionale (Uruguay, Rio della Plata, Republica Argentina, Chili, Bolivia e Perú) negli anni 1834- 35-36. *Il Politecnico di Milano* Vol. 7.
- Osculati, G. (1850). *Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo e il fiume delle Amazzoni. Frammento di un viaggio fatto nelle due Americhe negli anni 1846-47-48.* Bernardoni.
- Osculati, G. (1854). *Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo e il fiume delle Amazzoni. Frammento di un viaggio fatto nelle due Americhe negli anni 1846-47-48.* (2a. Ed.). Fratelli Centenari e Comp.
- Osculati, G. (2003). *Exploraciones de las regiones ecuatoriales a lo largo del Napo y del río de las Amazonas.* Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía (CETA).
- Orsini, C. y Antonini, A. (2015). *Mudec. Museo delle culture. Oggetti d'incontro. Catalogo delle opere e guida al percorso.* 24 Ore Cultura.
- Ortiz, S. (2016). Alessandro Malaspina (1754-1810). En J. Pillsbury (Ed.) *Fuentes documentales para los estudios andinos 1530-1900* (Vol. 3). Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica
- Panofsky, E. (1979). *Estudios sobre iconología.* Alianza Editorial.
- Panofsky, E. (1980). Iconografía e Iconología: introducción al estudio del arte del Renacimiento. *El significado en las artes visuales* (pp. 45-75). Alianza Editorial.
- Patiño, V. (2002). *Historia y dispersión de los frutales nativos del neotrópico.* Centro Internacional de Agricultura Tropical (CIAT).
- Peña, I. (1939). *Las expediciones científicas que vinieron al Virreynato peruano* [Tesis doctoral Pontificia Universidad Católica del Perú].

- Porras R. (1957). *Los viajeros italianos en el Perú*. Ecos.
- Pratt, M. (2010). *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. Fondo de Cultura Económica.
- Programa de Formación de Maestros Bilingües de la Amazonía Peruana (Formabiap) (2000). *El ojo verde. Cosmovisiones amazónicas*. Asociación Interétnica de Desarrollo de la Selva Peruana (Aidesepe), Formabiap y Fundación Telefónica.
- Raimondi, A. (2003). *El Perú. Itinerarios de viaje*. Biblioteca Virtual Universal. <https://biblioteca.org.ar/libros/92588.pdf>
- Raimondi, A. (1874) El Perú. Parte Preliminar (Tomo I), Imprenta del Estado, Lima
- Raimondi, A. (1876) El Perú. Historia de la Geografía del Perú (Tomo II), Imprenta del Estado, Lima
- Raimondi, A. (1878) Minerales del Perú o catálogo razonado de una colección que representa los principales tipos minerales de la República, con muestras de huano y restos de aves que lo han producido, Imprenta del Estado, Lima
- Raimondi, A. (1888) Mapa del Perú, Grabado e Imp. Erhard Frères, París
- Raimondi, A. (1880) El Perú. Historia de la Geografía del Perú (Tomo III), Imprenta del Estado, Lima
- Raimondi, A. (1942) *Apuntes sobre la provincia litoral de Loreto*. El Oriente.
- Raimondi, A. (2010). *Flora perpetua: arte y ciencia botánica de Antonio Raimondi*. Ed. de Luis Felipe Villacorta Ostolaza. Asociación Educacional Antonio Raimondi.
- Riol, R. (2015). *La construcción del Cenepa como lugar indígena, una historia awajún y wampis de relación y defensa del territorio* [Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid].
- Ross, Ch. y Garnett, S. (1992). *Cocodrilos y caimanes*. Encuentro.

- Said, Edward W. (2003) *Orientalismo*, editorial Debolsillo. España
- Seba, A. (2001). *Cabinet of Natural Curiosities. The Complete Plate in Colour*. Taschen.
- Sturm, J. (1800) [Lamellicornia]. Felsecken Buchhandlung.
<https://archive.org/details/lamellicornia02stur/page/n111/mode/2up>
- Surralés, A. (2007) Los candoshi. En F. Santos Granero y F. Barclay (Eds.). *Guía etnográfica de la Alta Amazonía* (Vol. 4), pp. 243-380. Instituto Francés de Estudios Americanos (IFEA) y Smithsonian Tropical Research Institute.
- Turchi, M. (2014). *Agostino Codazzi. La medida de El Dorado: vida y empresas de emiliano-romaños en las Américas* [Tesis doctoral, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia e Instituto Geográfico Agustín Codazzi].
- Viola Recasens, A. La cara oculta de los Andes. Notas para una redefinición de la relación histórica entre sierra y selva. *Boletín Americanista*, (42-43), 7- 22.
- Von Hagen, V. (1957). *Grandes naturalistas en América. Sudamérica los llamaba: exploraciones de La Condamine, Humboldt, Darwin, Spruce*. Grijalbo.
- Zárate Botía, Carlos G. (2015). Ciudades pares en la frontera amazónica colonial y republicana. En A. Bolaños (Ed.). *Amazonas. Ruta Milenaria II. El curso de los ríos, los pueblos y sus territorios* (pp. 287-304). Copé

Anexos:

[1]

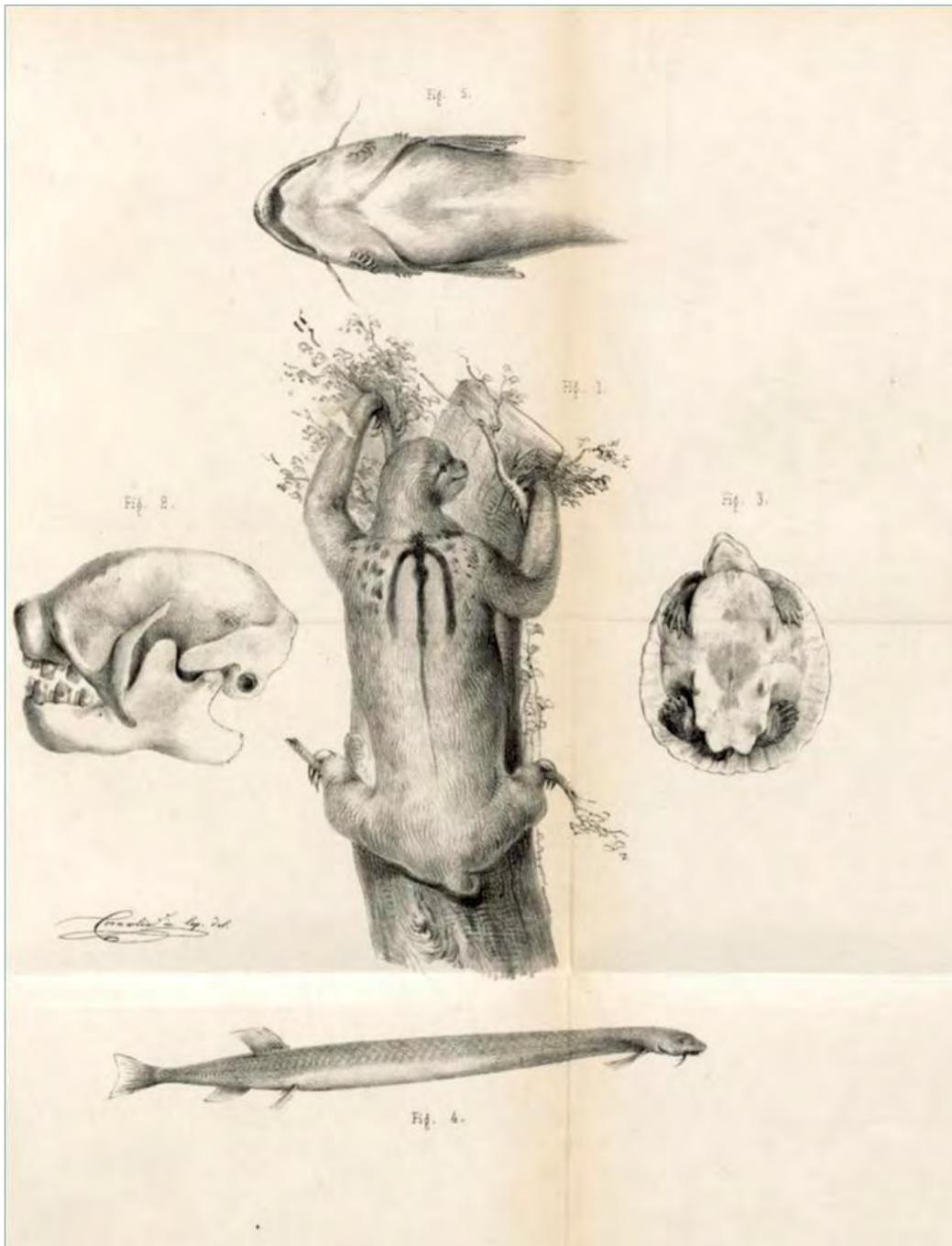


Figura 52. *Ilustraciones de especímenes llevados a Milán por G. Osculati y dibujados por Emilio Cornalia, director del museo de historia natural de Milán, 1866.*

(P.361) Osculati, Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo e il fiume delle Amazzoni 1854

[2]



Figura 53. *Curaka o jefe de la tribu de los anckuterer, encabellados y selvática de la tribu de los encabellados. Detalle.* (P.358) Osculati, Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo e il fiume delle Amazzoni 1854

[3]



Figura 54. *Indios ticunas en el Alto Amazonas (provincia de Maynas, jurisdicción del Perú) y selvática mundrucus (Munduruku)* (P.359). Osculati, Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo e il fiume delle Amazzoni 1854

[4]

Figura 55. *Espécimen de culebra anaconda, disecada y transportada posiblemente por Gaetano Osculati, actualmente en el Museo Cívico de Historia Natural de Milán*



Foto tomada in situ – Italia, 12 de mayo de 2016 / sección zoología, invertebrados, entomología, sala 11.

[5]

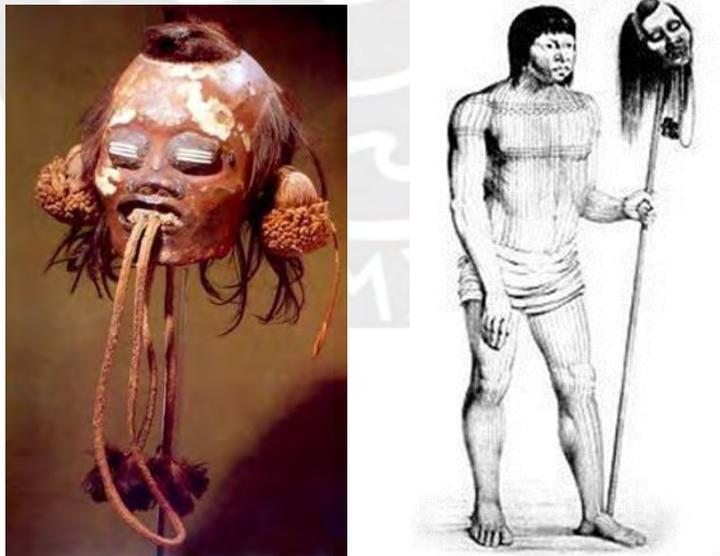
Figura 56. *Especímenes de felinos, disecados, posibles muestras donadas por Gaetano Osculati, actualmente en el Museo Cívico de Historia Natural de Milán*



Foto tomada *in situ*– Italia, 12 de mayo de 2016, sección zoología, invertebrados, entomología, sala 11.

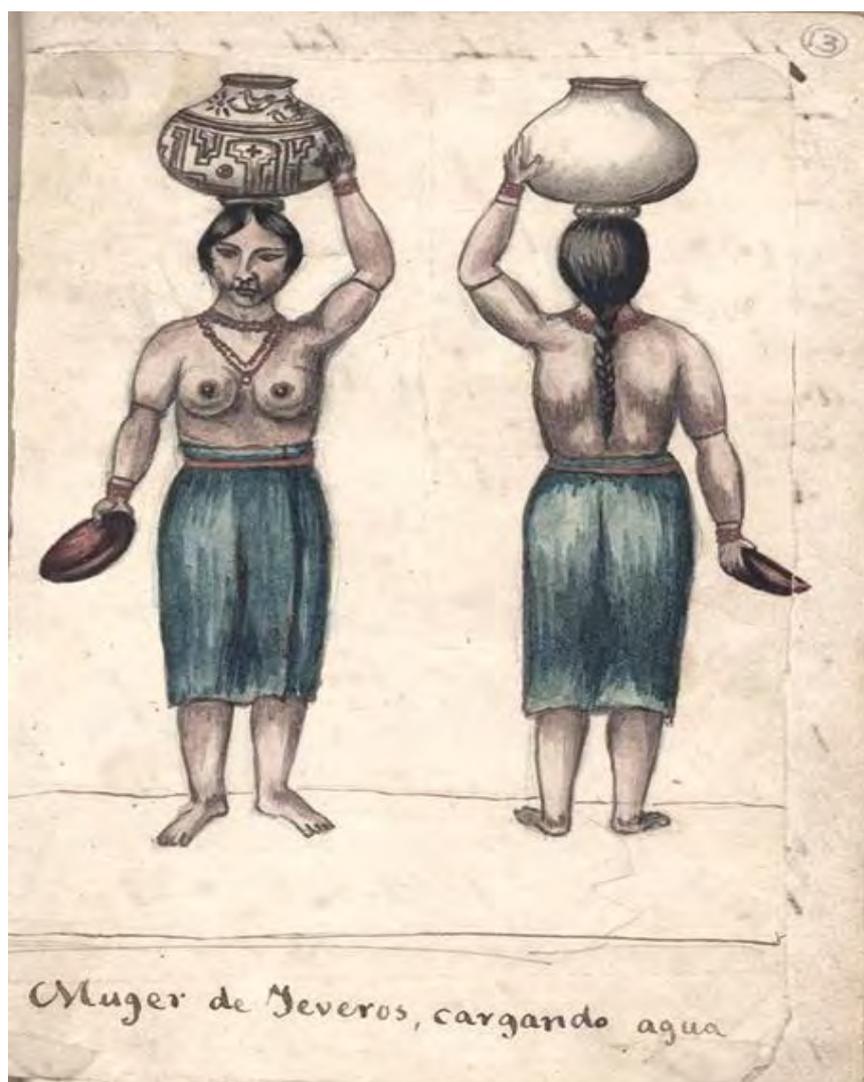
[6]

Figura 57. *Ejemplar de cabeza-trofeo decorada mundurucú, en la Colección de museo del Brasil. Indio mundurucú cazador de cabezas con cabeza de trofeo, 1817.*



Fuente: Johann Spix y Carl Martius. *Selvática mundurucú* por Gaetano Osculati

[7] **Figura 58.** *Acuarela de Mujer de Jeveros, Loreto. Libreta de viaje no. 16 por A. Raimondi*

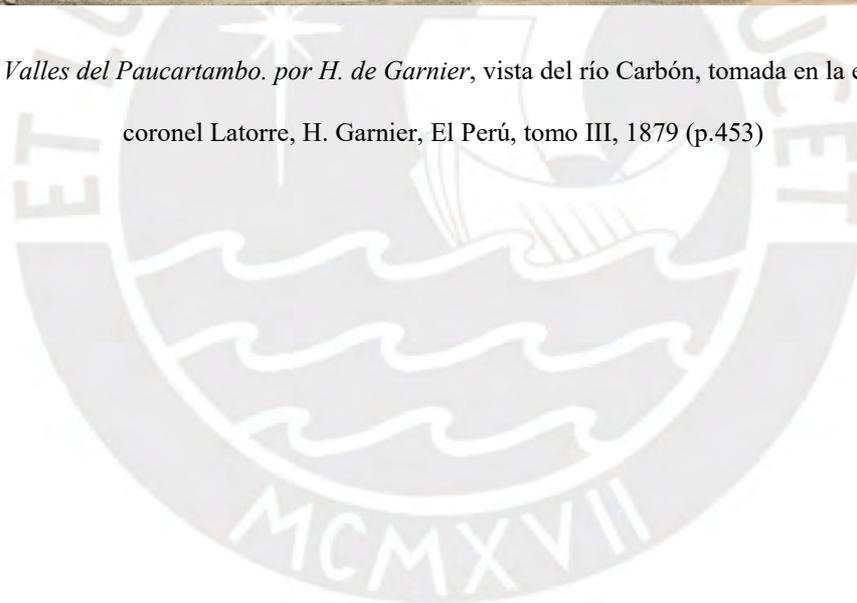


Fuente: Archivo General de la Nación. Libreta N°13/N°16

[8]



Figura 59. *Valles del Paucartambo. por H. de Garnier, vista del río Carbón, tomada en la expedición del coronel Latorre, H. Garnier, El Perú, tomo III, 1879 (p.453)*



[9]



Figura 60. *Construcción de un poblado en la selva*

Fuente: dibujo de H. de Garnier, colección MALI

[10]



Figura 61. *Oso hormiguero (Tamandua mexicana punensis) por A. Dumontel AGN AR-D69*

[11]



Figura 62. *Dibujo de una zarigüeya efectuado por A. Dumontel, Acuarelas, AGN AR-D75*

[12]. a y b



Acuarelas AGN AR-D84

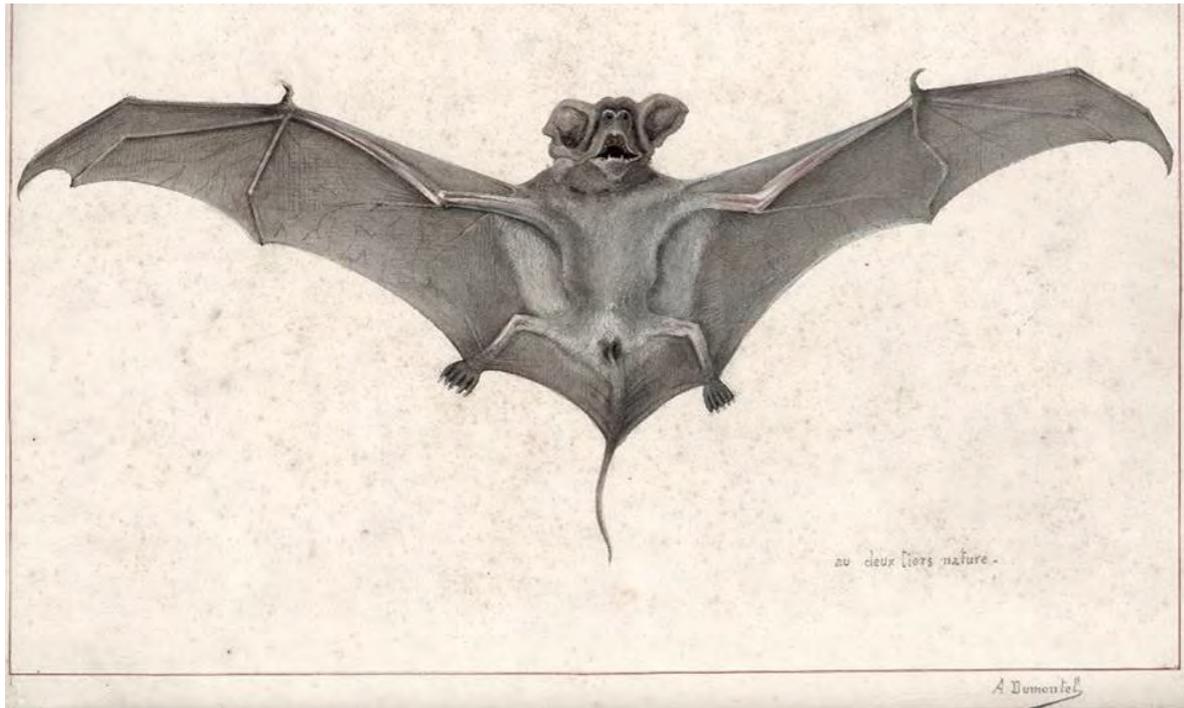


Figura 62, a y b. Murciélago por Alfred Dumontel, 1875. AGN AR-D80



Figura 62, c y d. Murciélago por Alfred Dumontel, 1875 AGN AR-D84

c- Detalle (bocetos)

d- Detalle (bocetos)

Fuente: Archivo General de la Nación.

[13]

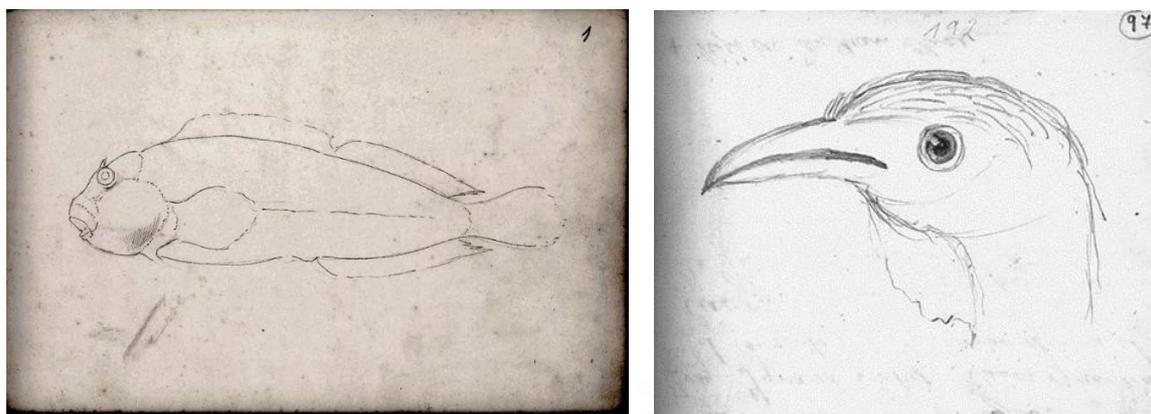


Figura 63. Dibujo de pez AGN y dibujo de ave, libreta número 9, por A. Raimondi

Algunas ilustraciones en Botánica:

Especies bioindicadoras de la región Amazónica de la colección de acuarelas botánicas del Museo Antonio Raimondi de Lima

Código	Nombre científico	Familia	Nombre vulgar
059	<i>Annona muricata</i> Lineo	ANNONACEAE	Guanábana
002	<i>Heliconia chartacea</i> Lamark	MUSACEAE	Platanillo
003	<i>Heliconia acuminata</i> Rich	MUSACEAE	Platanillo
009	<i>Phragmipedium pearcei</i> (Reich) Rauh y Seng	ORCHIDACEAE	Orquídea
014	<i>Persea americana</i> Miller	LAURACEAE	Palto
005	<i>Warszewiczia coccinea</i> (vahl) Rotz	RUBIACEAE	Banderila o Pucalisa
048	Indeterminada	PALMAE	

[14]



Figura 64. 059 - *Annona muricata* Lineo, ANNONACEAE, Guanábana

Museo Raimondi

[15]



Figura 65. 002 *Heliconia chartacea* Lamark, MUSACEAE, Platanillo

[16]



Figura 66. 009 - *Phragmipedium pearcei* (Reich) / ORCHIDACEAE / Orquídea

[17]



Figura 67. 009 - *Phragmipedium pearcei* (Reich) / ORCHIDACEAE / Orquídea

Museo Raimondi

[18]



Figura 68. 014 - *Persea americana* Miller / LAURACEAE / Palto / Planta cultivada comestible. Selva alta y Selva baja, Témpera. Museo Raimondi

[19]



Figura 69.005 - *Warszewiczia coccinea* / RUBIACEAE / Banderilla o Puca lisa

Museo Raimondi

[20]



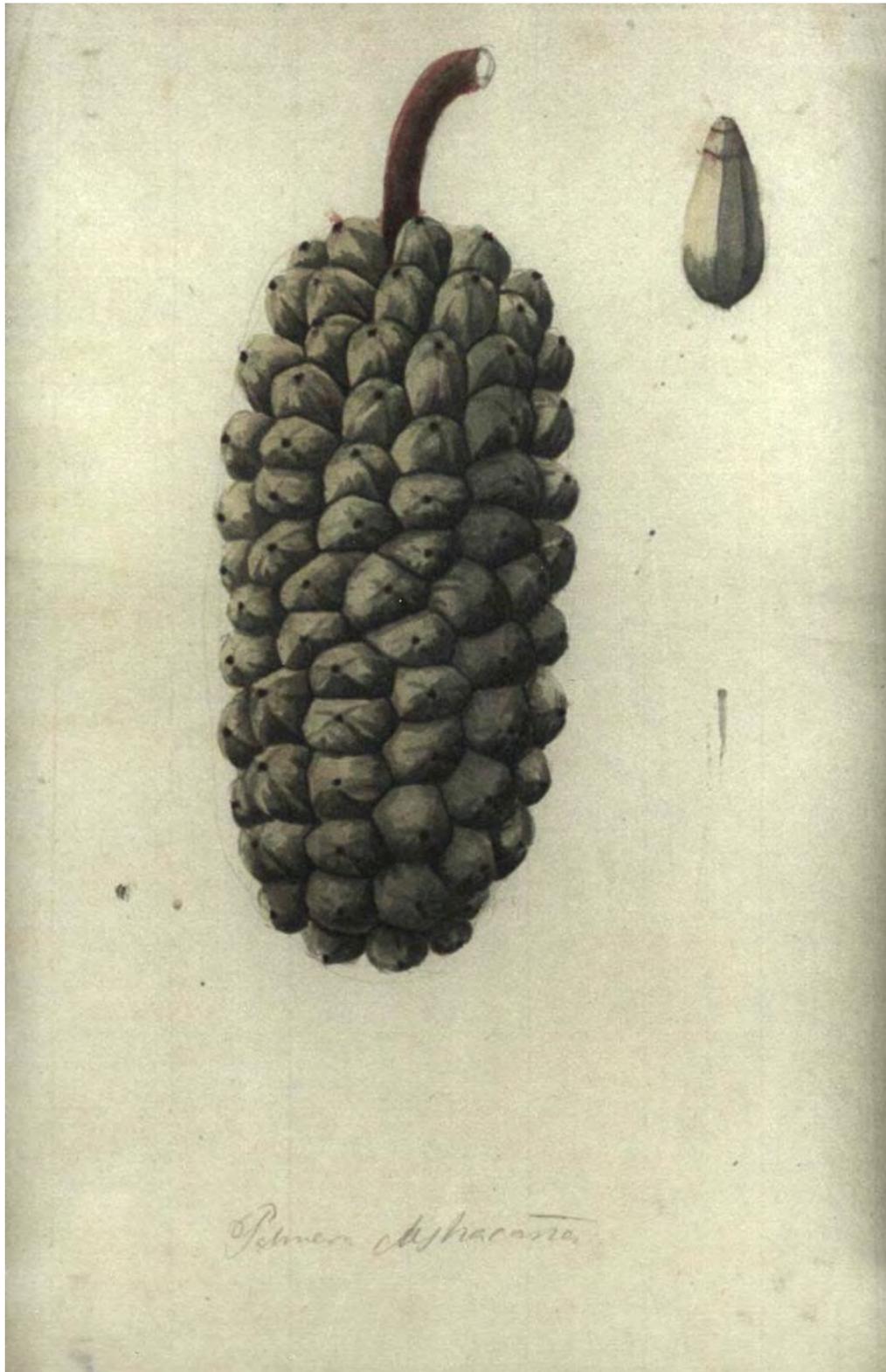


Figura 70. 048 – Indeterminada / familia PALMAE / fruto de palmera, Museo Raimondi.